ASESINATO EN EL OBSERVATORIO

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE



OLIVIA ROSE

ASESINATO EN EL OBSERVATORIO

UN MISTERIO DE LADY ELIZABETH HAWTHORNE

OLIVIA ROSE

Copyright © 2025 Olivia Rose

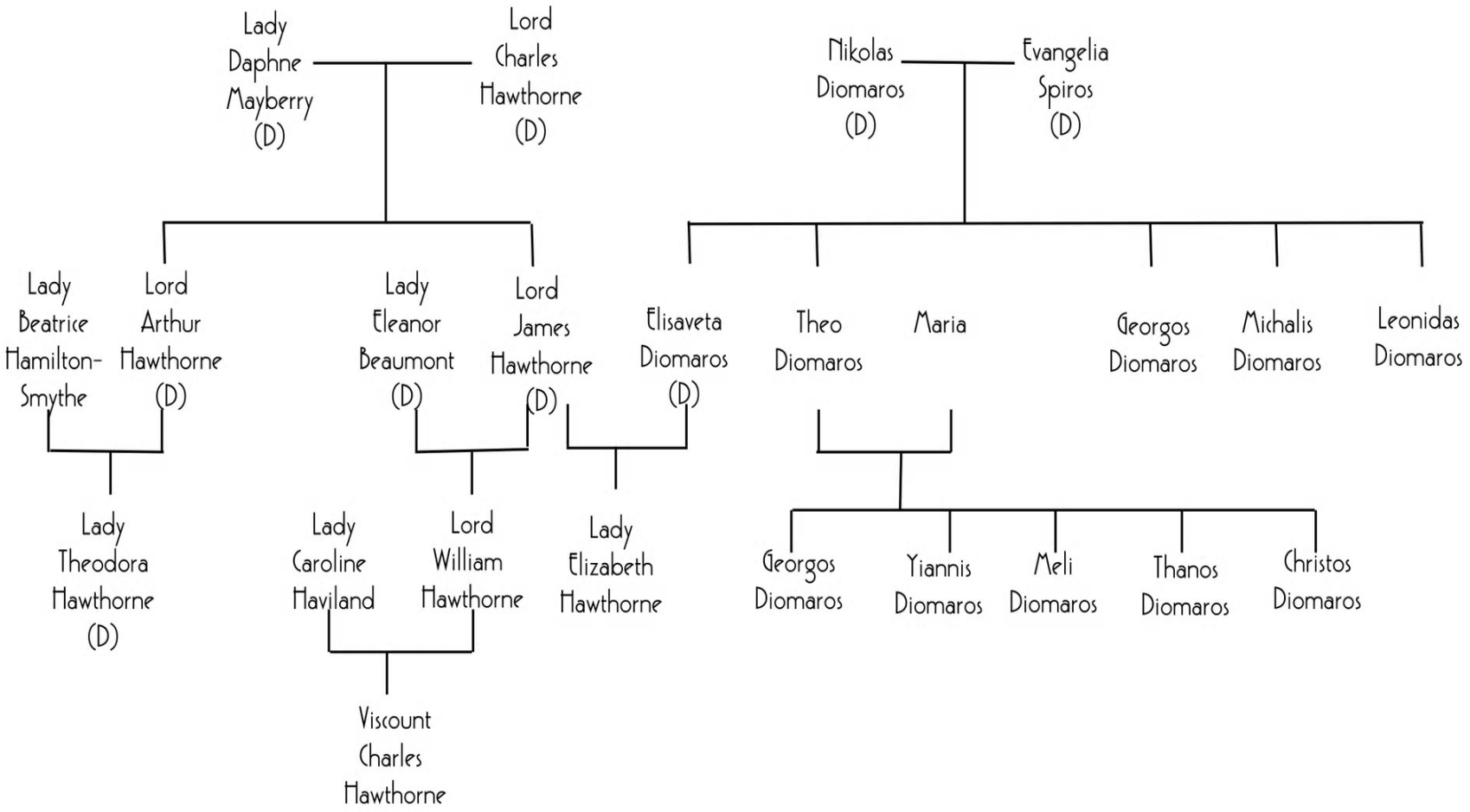
Prima edizione

Tutti i diritti riservati. Nessuna parte di questo libro può essere riprodotta, memorizzata o trasmessa in qualsiasi forma o con qualsiasi mezzo, elettronico o meccanico, inclusi fotocopia, registrazione o altro, senza il permesso scritto dell’autrice, salvo brevi citazioni per recensioni o articoli critici.

Questo romanzo è un'opera di fantasia. Nomi, personaggi, luoghi e situazioni sono frutto dell'immaginazione dell'autrice o usati in modo fittizio. Ogni somiglianza con persone reali, vive o decedute, è puramente casuale.

Autrice: Olivia Rose

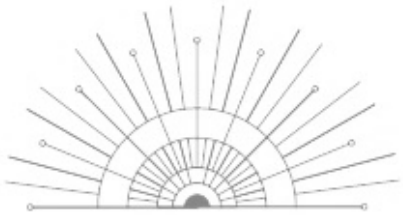
Lady Elizabeth Hawthorne - Family Tree



Índice

Capítulo Uno
Capítulo Dos
Capítulo Tres
Capítulo Cuatro
Capítulo Cinco
Capítulo Seis
Capítulo Siete
Capítulo Ocho
Capítulo Nueve
Capítulo Diez
Capítulo Once
Capítulo Doce
Capítulo Trece
Capítulo Catorce
Capítulo Quince
Capítulo Dieciséis

Capítulo Diecisiete
Capítulo Dieciocho
Capítulo Diecinueve
Capítulo Veinte
Epílogo
Dedicatoria
También de Olivia Rose
Sobre la autora



Capítulo Uno

ELIZABETH OBSERVABA EL PAISAJE de Cornualles difuminarse tras la ventanilla de su vagón, cada kilómetro acercándola más a Truro y a la isla Ingleby. Había conseguido su plaza en la exclusiva reunión de Lord Ingleby a través de una subasta benéfica en el baile de invierno de Lady Middleton. La perspectiva de contemplar el histórico paso del cometa Aletheia desde el observatorio privado de los Ingleby había provocado una encarnizada puja entre la élite londinense, después de todo, el fenómeno celestial no volvería a verse durante cinco siglos más.

El cometa se había convertido en el tema de conversación de la sociedad londinense. Mientras los astrónomos alababan su importancia científica, los círculos espiritistas murmuraban sobre antiguas profecías y presagios cósmicos. Elizabeth había perdido la cuenta de las sesiones de espiritismo que se celebraban por todo Mayfair, donde los médiums afirmaban poder canalizar mensajes de los cielos. Incluso *The Daily Telegraph* había publicado un artículo sobre la creciente fascinación por la astrología entre las clases altas, aunque Elizabeth prefería la certeza matemática de los cálculos astronómicos a las predicciones místicas. La propia Iglesia estaba dividida: algunos clérigos lo proclamaban como una señal divina de esperanza, mientras otros advertían que anunciaba el fin de los tiempos. Estas creencias opuestas dejaban al descubierto el espíritu

de la Gran Bretaña de posguerra: el desesperado aferramiento a las viejas certezas frente a la marcha hacia la verdad científica.

El paisaje cambió desde la expansión urbana de Londres a colinas ondulantes, y ahora a escarpadas vistas costeras. El ritmo del tren se alteró al aproximarse a la estación, el constante traqueteo cediendo paso a un ritmo más suave. Elizabeth dejó a un lado su última novela de misterio de Edgar Wallace, *The Clue of the New Pin*, marcando su lugar con una cinta de seda. Metió la novela en su bolso de cuero y sacó su espejo de bolsillo. Su cloche azul pálido reposaba sobre su melena corta color negro azabache. Un rápido retoque de su pintalabios rosa y devolvió el espejo a su bolso, cuyo broche de plata se cerró con un satisfactorio chasquido. Levantándose de su asiento, se puso su abrigo de primavera —una creación ligera de Liberty's en gris paloma— antes de ponerse los guantes.

Elizabeth recogió su bolso y se dirigió al pasillo mientras el tren entraba suavemente en la estación. Apareció un revisor —sus botones de latón captando la luz contra el sarga azul marino impecable.

—¿Puedo ayudarla con su equipaje, señora? —El revisor se tocó la gorra.

—Gracias. Un baúl de cuero canela con esquinas de latón —respondió Elizabeth, poniéndole dos chelines en la palma de la mano —. Con las iniciales EH en dorado.

El revisor asintió.

—Me aseguraré de que el mozo de la estación lo tenga listo para usted en el andén, señora.

Elizabeth bajó al andén, saboreando la oportunidad de estirar las piernas después del largo viaje desde Londres. Los aromas entrelazados del humo del carbón y la sal marina se filtraban por los arcos de hierro de la estación, mientras el constante tictac del reloj de la estación marcaba las cuatro y cuarto. Racimos de flores costeras rosadas y campiones marinos blancos se derramaban de las cestas a lo largo de los muros de pizarra gris, su resistencia costera perfectamente adaptada al clima marítimo de Cornualles.

El andén bullía de actividad mientras los mozos empujaban carritos cargados y los pasajeros de los vagones de segunda y tercera clase recogían sus pertenencias. Por encima de todo resonaban los precisos anuncios del jefe de estación sobre la próxima salida hacia Falmouth.

Observó cómo la multitud se dispersaba a medida que los pasajeros salían por las salidas de la estación. Una figura familiar llamó su atención: Cybil Hughes, elegante con un traje de viaje azul marino, sus ondas color miel impecablemente arregladas bajo un sombrero cloche.

Elizabeth había coincidido por primera vez con Cybil Hughes en la exposición del Museo Británico sobre los descubrimientos egipcios de su difunto padre. Cuando un escarabajo de valor incalculable desapareció y las sospechas recayeron sobre el primo de Elizabeth, ella recurrió a la red internacional de contactos de la periodista para descubrir la verdad.

—Señorita Hughes —el rostro de Elizabeth se iluminó—. Qué singular encontrarla aquí, en Truro.

—¡Lady Elizabeth! —Cybil inclinó la cabeza—. Qué placer tan inesperado.

—Mozo, señora —se acercó un hombre uniformado, llevando el baúl de Elizabeth—. ¿Dónde debo llevarlo?

—El chófer de Lord Ingleby me está esperando —respondió Elizabeth, estirándose para mirar por encima de la multitud que se dispersaba.

—El Daimler granate, señora, justo allí —el mozo señaló hacia la entrada donde un hombre fornido de mediana edad estaba de pie junto al reluciente automóvil.

Elizabeth hizo una pausa, observando el contraste entre el impecable vehículo y su conductor. Su ropa, aunque bastante pulcra, hablaba más de trabajo práctico que del servicio pulido que esperaría de un chófer al servicio de Lord Ingleby.

La mirada de Cybil se movió entre el hombre y el automóvil, arqueando una ceja.

—¿Usted también se dirige a la isla Ingleby, Lady Elizabeth?

—Efectivamente. No me perdería tal espectáculo por nada del mundo —Elizabeth ofreció a Cybil una cálida sonrisa—. Y, por favor, llámeme Elizabeth.

—Nunca lo había visto tan concurrido, señora. El lugar está abarrotado de gente que viene a ver este cometa —dijo el mozo, ajustándose la gorra—. No queda ni una cama libre en toda Cornualles, si me permite decirlo.

—Me lo puedo imaginar, para una ocasión tan trascendental.

—Y no hay mejor vista que desde la propia isla Ingleby —el mozo asintió con conocimiento—. Eso es algo extraordinario, conseguir una invitación allí.

—¿Conoce a la familia Ingleby? —el tono de Cybil llevaba el más mínimo atisbo de indagación.

—Se mantienen apartados estos días —el mozo dudó—. Desde que...

—¿...el escándalo con el señor Barrington? —la pregunta de Cybil quedó suspendida en el aire como un cebo en un anzuelo.

La expresión del mozo se ensombreció mientras se ocupaba del baúl de Elizabeth.

—La casa de los Ingleby está bastante alejada —dijo—. Pero no se preocupe, señora, Ned la llevará bien. Conoce esos caminos mejor que nadie.

Elizabeth y Cybil se acercaron al Daimler. Ned las reconoció con un breve asentimiento, luego abrió las puertas sin ceremonias.

Elizabeth se acomodó en el automóvil, ajustando los pliegues de su vestido de seda azul pálido contra los asientos de cuero.

Cybil se deslizó a su lado mientras Ned se encargaba del equipaje, intercambiando unas palabras en voz baja con el mozo. Minutos después, tomó su lugar tras el volante, guiando el Daimler lejos de la estación y hacia la sinuosa carretera que las llevaría a Ingleby Rock.

La estación se desvaneció en la distancia antes de que Cybil rompiera el silencio.

—El asesinato de Reggie Black causó bastante revuelo en la redacción —sus afilados ojos marrones se fijaron en Elizabeth—. Aunque fuera un campeón en la pista, fuera de ella era todo un

sinvergüenza. Sus deudas de juego y conexiones criminales le crearon más enemigos que amigos.

—Sí —Elizabeth sostuvo la mirada de Cybil—. Aunque convencer al Inspector Jefe Wainwright de la inocencia de Alfie Tanner fue todo un desafío.

Elizabeth se apoyó contra el asiento de cuero mientras el Daimler se aferraba a la curva costera, permitiéndole vislumbrar las olas golpeando las rocas abajo.

—Eso he oído. ¿Y qué hay del joven Tanner ahora?

Elizabeth se volvió desde la ventana.

—Ha regresado a Hawthorne Hall por el momento. Estoy segura de que su padre agradecerá la ayuda de Alfie con la finca mientras se recupera de su accidente.

La expresión de Cybil se agudizó.

—¿Y qué hay de Bellini? ¿Ha habido noticias de él o de su paradero?

Los pensamientos de Elizabeth volvieron al alfiler de solapa plateado y la nota de Bellini. Aunque la nota había sido breve e inocua en la superficie, el mensaje había sido claro: él sabía dónde estaba ella y lo que había hecho... y podía alcanzarla en cualquier momento que quisiera.

—Ni rastro —Elizabeth se ocupó ajustando el pliegue de su falda. Aunque confiaba en Cybil, hablar de un hombre peligroso como Bellini con cualquiera parecía imprudente—. Es casi como si nunca hubiera existido.

—Eso no me sorprende —la boca de Cybil se torció—. Dudo que haya una institución en el país donde Bellini no tenga amigos en las altas esferas a los que podría recurrir para pedir ayuda.

Elizabeth reprimió un escalofrío ante la idea del alcance de Bellini. Su poder, como una telaraña, se extendía mucho más allá de los bajos fondos criminales de Londres.

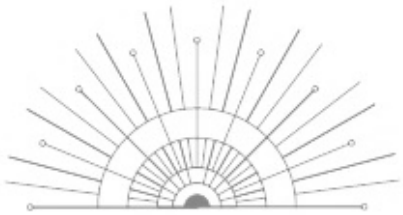
—Debo confesar que me sorprende que Lord Ingleby haya invitado a la prensa —Elizabeth buscó terreno más seguro—. Después de cómo los periódicos lo destrozaron durante el escándalo Barrington, habría pensado que serían las últimas personas que querría allí. Sin ofender.

—No me ofende, se lo aseguro —los dedos de Cybil tamborilearon contra su bolso, sus ojos fijos en el paisaje que pasaba—. Llevaba meses insistiendo a mi editor para que me dejara cubrirlo, pero rechazó la idea, alegando que no era el tipo de cosa que interesaba a nuestros lectores. Entonces Astor telefoneó para decir que había conseguido una invitación y exigió cobertura en primera plana. Harrison, mi editor, rápidamente dispuso enviar a ese pomposo de Herbert Palmer, un hombre que no ha escrito su propio artículo en años, solo se apropia del trabajo de todos los demás —la mandíbula de Cybil se tensó—. A pesar de que soy el doble de buena periodista que la mayoría de los hombres, siguen tratándome como si solo sirviera para hacer té y atender llamadas telefónicas. Al parecer, el periodismo de verdad sigue siendo una ocupación masculina.

Elizabeth lo entendía perfectamente. ¿Cuántas veces había soportado sonrisas condescendientes en conferencias académicas, con profesores sugiriendo que sus talentos podrían aplicarse mejor a la gestión doméstica que a los estudios académicos?

—Así que le presenté un ultimátum a Harrison —la boca de Cybil se curvó en una sonrisa satisfecha—. O me asignaba la cobertura de la historia, o presentaría mi dimisión. Él sabe perfectamente que la mitad de las primeras páginas de *The Times* llevan mis palabras detrás, aunque aparezca otro nombre impreso.

Elizabeth percibió el acero bajo el tono casual de Cybil. ¿Habría algo más detrás de la determinación de la señorita Hughes por visitar la isla Ingleby que solo el cometa?



Capítulo Dos

EL PUEBLO DE ST Agnes se perdía en la distancia, cada giro de las ruedas llevándoles más adentro del crudo paisaje de Cornwall. Ned guiaba el Daimler pasando por casitas azotadas por el tiempo donde redes decoloradas por la sal colgaban flácidas entre postes de madera. El paisaje se abría ante ellos, revelando minas de estaño abandonadas dispersas por las colinas, sus estructuras esqueléticas recortando siluetas dentadas contra el pálido cielo de abril.

El camino se estrechaba, encajonado por muros de granito cubiertos de liquen amarillo. La naturaleza había reclamado estos viejos límites: marañas de zarzas se derramaban por encima de los muros, mientras parches de clavelinas rosadas encontraban asiento en el antiguo mortero.

Ingleby Rock dominaba su promontorio, elevándose sobre los viejos setos que bordeaban su camino. Las ruedas crujían sobre piedras dispersas mientras el camino se deterioraba, cada metro presentando nuevos desafíos que ponían a prueba la habilidad de Ned al volante.

Un profundo bache atrapó la rueda del Daimler, lanzando a Elizabeth contra la correa de cuero. Ella y Cybil se empujaron mutuamente mientras el automóvil se balanceaba y rebotaba sobre la superficie irregular.

—Con su fortuna, pensarías que Lord Ingleby podría gastar unas cuantas libras en reparar el camino —murmuró Cybil a Elizabeth.

—Lord Ingleby prefiere disuadir a los visitantes casuales. —La afirmación cayó entre ellas como una piedra. Elizabeth casi podía ver los engranajes girando en la mente de Cybil.

—¿Y por qué sería eso? —preguntó Cybil.

—A nadie le gusta que la gente meta las narices donde no le llaman —rumió Ned, con los ojos fijos en el camino.

La ceja de Cybil se arqueó mientras se recostaba contra la tapicería, con un brillo calculador en los ojos.

Más allá de la última curva, la mansión georgiana tomó forma ante ellos. La hiedra sin recortar trepaba por el ala este, mientras las malas hierbas asomaban a través de la grava del camino curvo. Un grupo de ventanas resplandecía con luz en el ala este de la casa, pero el ala oeste permanecía oscura, sus filas de ventanas vacías y con las contraventanas cerradas. Los jardines mostraban signos de grandeza pasada: urnas de mármol aún bordeaban las terrazas, aunque sus bordes se habían desmoronado, y los setos que alguna vez fueron precisos habían crecido silvestres y deformados.

Ned se detuvo ante la entrada principal, donde faroles de latón pulido flanqueaban la pesada puerta de roble. Hojas muertas se arremolinaban en la cuenca seca de la fuente vacía, con el querubín de su centro al que le faltaba un brazo.

—No es exactamente el bastión de riqueza y privilegio que esperaba —murmuró Cybil, observando las urnas desmoronadas.

—Ciertamente. —Elizabeth estudió la extensa casa y sus terrenos. Las inversiones de los Ingleby se extendían desde ranchos de ganado argentinos hasta plantaciones de té en la India. Sin embargo, dondequiera que mirara, signos de abandono se colaban por los bordes. El contraste con la residencia londinense de los Ingleby, famosa por sus jardines cuidados y su batallón de sirvientes, hacía que el estado salvaje de Ingleby Rock resultara aún más desconcertante.

Una brisa cargada de sal atrapó la falda de Elizabeth cuando bajó del automóvil. Cybil la siguió, envolviendo sus brazos firmemente

alrededor de sí misma, con el viento silbando a su alrededor mientras subían los escalones delanteros.

Apareció una mujer con un pulcro vestido negro, su cabello gris recogido en un moño práctico. Al igual que Ned, se comportaba con el porte de alguien más acostumbrado a tareas manuales que al servicio refinado que una vez se esperaba en una casa perteneciente a una familia del rango de los Ingleby. —Lady Elizabeth, señorita Hughes, bienvenidas a Ingleby Rock. Soy Martha. —Detrás de ellas, Ned ya estaba descargando sus maletas del automóvil.

Elizabeth y Cybil siguieron a Martha al vestíbulo de entrada. Una araña de cristal suspendida del alto techo iluminaba el suelo de roble pulido y exponía vigas de madera oscura. La gran escalera de roble dominaba el espacio, sus barandillas talladas con motivos marítimos que hablaban de la historia corsaria de la familia. Ancestros de rostro severo observaban desde sus marcos con bordes dorados, mientras antiguos tapices suavizaban la atmósfera austera.

En lo alto de las escaleras, Martha giró a la derecha, donde una hilera de apliques eléctricos de pared resplandecía. El corredor izquierdo se extendía en sombras. Elizabeth captó el ceño fruncido de Cybil mientras sus ojos iban de derecha a izquierda y viceversa.

Martha les mostró sus habitaciones, una frente a la otra en el rellano. —Ned subirá vuestras maletas. Las bebidas se servirán en la sala de estar a las siete, con la cena a las siete y media. —Hizo una pequeña reverencia y se retiró por el pasillo, su vestido negro fundiéndose con las sombras.

—Gainsborough, como diría Alice —comentó Cybil, observando el Gainsborough que colgaba al final del pasillo.

—Quizás deberíamos estar atentas a conejos blancos con relojes de bolsillo. —Elizabeth empujó su puerta—. ¿A las siete?

—A las siete. —Cybil se detuvo en su puerta, para luego desaparecer en su habitación.

Una vez dentro, Elizabeth cerró la puerta suavemente, su atención captada por el inesperado lujo que la rodeaba. Las prístinas paredes color crema, acentuadas en azul pálido, y la imponente cama con dosel con su fina ropa de cama bordada, creaban un contraste

chocante con el abandono que había presenciado al acercarse a la casa.

Se acercó a la mesita de noche donde rosas rosadas y lirios blancos derramaban su color contra las pálidas paredes, su dulce perfume llenando el aire. Su presencia la desconcertaba; tal cuidado con las comodidades interiores mientras los terrenos exteriores yacían descuidados y salvajes.

La puerta del baño privado estaba entreabierta, revelando brillantes accesorios plateados y una magnífica bañera independiente que no desentonaría en los mejores hogares de Londres. Otra peculiaridad de Ingleby Rock: áreas de inesperado esplendor en medio del deterioro general.

Un golpe en la puerta interrumpió sus pensamientos. —Adelante —llamó. Ned entró con esfuerzo, sus dedos callosos aferrados a las asas de cuero de su maleta.

—Gracias, Ned. —Elizabeth esperó hasta que él se hubiera marchado antes de abrir su baúl. Sacó el vestido de noche rosa concha para la cena, dejando su maleta preparada para el cruce de mañana a la Isla Ingleby. El charmeuse de seda atrapó la luz mientras lo sacudía, revelando varias arrugas que se habían asentado durante el viaje. Apretó los labios, examinando la tela con ojo crítico. Las arrugas serían imposibles de ignorar bajo el implacable resplandor de la luz eléctrica.

El cordón de la campanilla colgaba junto a la chimenea, su retorcido cordón de seda terminado en una pesada borla. Tiró de él dos veces, luego esperó. Los minutos pasaron sin respuesta. Un segundo tirón más firme no produjo nada.

Respirando hondo, recogió su vestido y bajó las escaleras, una libertad que normalmente nunca se tomaría en la casa de otra persona.

Se detuvo ante la puerta de la cocina mientras las voces se filtraban por la rendija.

—Nunca he visto a su señoría reunir a tanta gente aquí a la vez. —El tono áspero de Ned se dejaba oír.

—Calla. —La voz de Martha era tajante—. No nos corresponde cuestionar los deseos de su señoría.

—Ya verás, nada bueno saldrá de esto...

—¿No sería mejor que te ocuparas de ese barco, si vas a llevar a la gente a través del Paso mañana? —Una silla raspó contra las losas del suelo.

Elizabeth retrocedió de un salto cuando la puerta de la cocina se abrió más, revelando a Martha y Ned. —Oh, pido disculpas por bajar a las dependencias del servicio, pero parece que el cordón de la campanilla de mi habitación está estropeado. Me preguntaba si una de las doncellas tendría tiempo para planchar mi vestido de noche.

Los ojos de Martha pasaron a Ned antes de volver a Elizabeth. —Las campanillas no han funcionado durante meses, milady.

—Será mejor que me ocupe de ese barco. —Ned inclinó la cabeza y pasó junto a Elizabeth.

Sonó una campanilla y la mirada de Martha saltó hacia el tablero de madera donde un único indicador de latón temblaba. Sus hombros se tensaron. —Si me deja el vestido, milady, lo tendré listo antes de la cena.

—¿Está todo bien? —Elizabeth estudió el rostro de Martha mientras la ama de llaves entrecerró la puerta, colocándose en el hueco.

—Todo está en orden, milady. Ha pasado bastante tiempo desde que tuvimos una casa tan llena... —Martha se interrumpió y extendió las manos para tomar el vestido—. Tendré esto planchado y devuelto antes de la cena.

—Podría plancharlo yo misma, si estás demasiado ocupada...

—No hay necesidad de molestarse, milady. —El tono de Martha, aunque deferente, no dejaba lugar a debate mientras tomaba el vestido de Elizabeth—. Tengo todo bajo control aquí.

Elizabeth reconoció el despido en el tono de Martha y regresó arriba, sus pensamientos girando en torno a las rarezas de Ingleby Rock. Una casa tan grandiosa debería haber bullido con al menos una docena de sirvientes, sin embargo, solo había encontrado a Martha y Ned. Y estaba el asunto de las campanillas de servicio: Martha había afirmado que estaban rotas, pero un claro timbre había sonado en la cocina momentos después.

Luego estaban las amargas quejas de Ned sobre extraños en Ingleby Rock, silenciadas por el agudo recordatorio de Martha de que no era su lugar cuestionar las decisiones de su señoría.

Nada de esto concordaba con lo que había oído sobre la reputación de Lord y Lady Ingleby por su extravagancia en Londres.

Se detuvo en lo alto de las escaleras, observando la peculiar división del rellano. A su derecha, apliques eléctricos brillaban contra las paredes paneladas de roble, mientras el pasillo izquierdo se desvanecía en la oscuridad. Tal extravagancia calculada en un ala mientras la otra yacía abandonada; otro misterio más en una casa que parecía construida sobre ellos.

El cielo índigo más allá de las ventanas del rellano marcaba la llegada de la noche. Elizabeth regresó a su habitación.

Se sentó en el taburete de terciopelo, estudiando su reflejo en el espejo tríptico. Extendió la mano a través del tocador desconocido, añadiendo un toque de colorete a las mejillas. Un clip Art Déco plateado, con su intrincado diseño de plumas de pavo real entrelazadas, brillaba bajo la luz eléctrica mientras lo deslizaba en sus mechones negros como la tinta.

Su mano se detuvo, con el pintalabios a un centímetro de sus labios al oír un golpe en la puerta. —Adelante.

Martha entró, con el vestido de noche de seda charmeuse rosa concha de Elizabeth colgado en su brazo. Lo colgó en la puerta del armario, ajustando la caída de la tela.

Elizabeth se levantó del tocador para admirar el vestido. —Martha, has hecho maravillas. Parece como nuevo.

Martha inclinó la barbilla.

—Qué aroma tan delicioso. —Elizabeth respiró el rico y sabroso aroma que se filtraba por la puerta—. Vuestra cocinera debe ser muy hábil.

—No tenemos cocinera, milady. Su señoría es bastante... particular sobre quién entra y sale. —Los labios de Martha se apretaron, como si se hubiera contenido.

La ceja de Elizabeth se arqueó. ¿Sin cocinera en una casa de este tamaño? Incluso las fincas campestres modestas mantenían una cocinera.

—¿Será todo entonces, milady? —Las manos de Martha se retorcieron en su delantal mientras sus ojos se dirigían al reloj de la repisa.

—Sí, gracias.

Martha hizo una reverencia inestable y retrocedió saliendo de la habitación, cerrando la puerta tras ella. Elizabeth esperó un momento, luego la entreabrió lo suficiente como para seguir la partida del ama de llaves por el pasillo.

Martha se apresuró a lo largo del rellano, con los hombros tensos. Se congeló a medio paso, inclinando la cabeza hacia un lado como si fuera consciente de estar siendo observada. Dudó un instante antes de dirigirse a lo alto de la escalera y comenzar a bajar.

Elizabeth cerró la puerta con un chasquido deliberado, sus instintos gritando que algo no andaba bien. Contó en voz baja, luego la entreabrió, colocándose en las sombras.

Un destello de movimiento captó su atención. Martha había regresado, apareciendo en lo alto de las escaleras. Su mirada se dirigió hacia la habitación de Elizabeth antes de apresurarse por el oscuro rellano, manteniéndose cerca de la pared. En una de las puertas de los dormitorios, miró por encima del hombro, luego dio dos rápidos golpes en la madera antes de girar el pomo. Una cuña de luz dorada se derramó por el rellano antes de que Martha desapareciera dentro, cerrándose la puerta con un susurro.

Elizabeth abrió su puerta un poco más, asomando primero la cabeza. El rellano se extendía vacío ante ella. Se deslizó al pasillo, colocando cada pie con precisión donde las tablas pulidas se encontraban con la alfombra persa. La antigua madera amenazaba con traicionarla al menor paso en falso. Elizabeth presionó su oreja contra el panel de madera junto a la misteriosa puerta, la superficie fría contra su piel.

La voz de Martha se filtraba. —... solo necesitamos pasar las próximas horas...

Elizabeth contuvo la respiración mientras seguía una respuesta amortiguada. La voz estaba demasiado distorsionada para identificarla, el tono flotando en ese espacio ambiguo entre masculino y femenino.

—Nadie sospechará. —El susurro de Martha contenía una nota de seguridad.

Otro murmullo inaudible, este más urgente. Elizabeth se acercó más, la textura del panel áspera contra su mejilla, pero la identidad del interlocutor permanecía frustradamente fuera de su alcance.

—Todo habrá acabado pronto y nadie se enterará de nada. —Las palabras del ama de llaves llevaban un tono de finalidad.

El raspar de las patas de la silla contra el suelo hizo que el corazón de Elizabeth saltara a su garganta. La voz de Martha se volvió más aguda; se dirigía hacia la puerta. Elizabeth giró, escaneando el rellano en busca de una ruta de escape. Su propia habitación estaba demasiado lejos y no había nichos ni sombras convenientes para ocultarse.

Parpadeó ante el juego de brillos y penumbras mientras su mente recorría sus menguantes opciones. Su atención se fijó en las escaleras: perfecto. Un encuentro casual parecería más natural que cualquier excusa elaborada.

Descendió varios escalones a toda velocidad, se giró y volvió a subir, alcanzando el rellano cuando apareció Martha.

—¡Lady Elizabeth! —Martha se sobresaltó, perdiendo la compostura por un momento.

—Yo... —La mente de Elizabeth trabajaba a toda velocidad—. Parece que he extraviado un pendiente. Pensé que quizás se me habría caído cuando bajé antes.

La mirada de Martha se posó en las orejas de Elizabeth, donde brillaban un par de pendientes de diamantes. Su ceja tembló.

—Oh, no estos. —La mano de Elizabeth se movió rápidamente a su oreja—. Otro par... de perlas colgantes.

Los labios de Martha se crisparon, con el más leve indicio de duda cruzando sus facciones.

El reloj de caja alta de caoba en el vestíbulo de abajo dio las siete menos cuarto.

—Cielos, ¿ya es esa hora? —Elizabeth se dirigió hacia su habitación—. Odiaría hacer esperar a Lord Ingleby y a los demás.

Regresó a su dormitorio, con la mirada de Martha ardiendo entre sus omóplatos. Cerró la puerta y apoyó su espalda contra ella,

respirando profundamente para calmarse, con el tañido del reloj aún resonando en sus oídos.

Las palabras susurradas de Martha se retorcían en sus pensamientos mientras se alejaba de la puerta. *Solo necesitamos pasar las próximas horas. Nadie sospechará.* ¿Qué exactamente no querían el ama de llaves y su misterioso acompañante que nadie sospechara? Y más importante aún, ¿qué terminaría pronto?

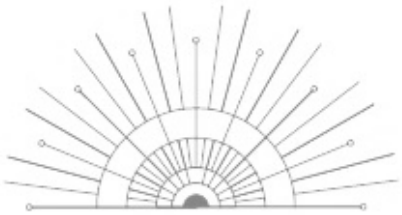
Se colocó detrás del biombo japonés en la esquina de su habitación, desabrochando su vestido de tarde antes de alcanzar el vestido de noche rosa concha.

La seda charmeuse susurró contra su piel mientras se metía en el vestido. Sus pensamientos saltaban entre la cocinera ausente, el personal esquelético y la reunión furtiva de Martha mientras aseguraba los delicados ganchos. Todo en Ingleby Rock tocaba una nota discordante, como un piano muy necesitado de afinación.

Sacó los zapatos plateados con tira en T de su envoltorio de papel de seda, estabilizándose contra el poste de la cama mientras se los ponía. El chal rosa concha, un laberinto de patrones geométricos decorados con cuentas de cristal, se asentó sobre sus hombros. Un bolso de noche plateado, con su cierre Art Déco a juego con las delicadas hebillas de sus zapatos, descansaba sobre el tocador.

Girándose hacia el espejo, perfiló un arco perfecto con su pintalabios rosa antes de dar un paso atrás para evaluar el efecto. Las cuentas de cristal de su chal brillaban bajo la luz eléctrica mientras estudiaba su reflejo, con las palabras de Martha aún resonando en su mente.

Ingleby Rock, al parecer, guardaba más secretos que plata.



Capítulo Tres

ELIZABETH CRUZÓ EL RELLANO hacia la puerta de Cybil, cada paso marcando el tiempo con las preguntas que se multiplicaban en su mente. El peculiar comportamiento de Martha le inquietaba en sus pensamientos: esa conversación susurrada, aquellas palabras que no tenían sentido: *Nadie sospechará*. Pero, ¿sospechar qué? Y más preocupante aún, ¿con quién había estado hablando Martha en aquella habitación a oscuras?

El agudo golpe de sus nudillos contra la puerta de Cybil perforó el silencio antinatural que envolvía Ingleby Rock. —¡Un momento! —exclamó desde dentro. Segundos después, la puerta se abrió para revelar a Cybil envuelta en gasa color champán, con el corpiño de cuentas de cristal resplandeciendo bajo la luz eléctrica mientras los pliegues de su falda brillaban como oro líquido.

La mirada de Elizabeth recorrió el elegante vestido. —Estás preciosa. Ese vestido te queda simplemente espectacular.

—Gracias. —Cybil se detuvo en el umbral mientras aseguraba el clip de su pendiente colgante—. Afortunadamente para mí, mi casera es toda una costurera. —Le dio un último ajuste al pendiente—. Nunca creerías que lo confeccionó a partir de un patrón, ¿verdad?

—Realmente tienes suerte. —Elizabeth estudió el bordado de cuentas que adornaba el corpiño—. Tiene un toque de lo más delicado.

Cybil cerró su puerta con un suave chasquido. Comenzaron a avanzar por el rellano donde retratos enmarcados en dorado de los antepasados Ingleby cubrían las paredes: comerciantes con ricos abrigos de brocado, sus miradas calculadoras fijas en horizontes distantes donde barcos mercantes armados surcaban mares turbulentos.

—Interesante elección de arte. —La mirada de Cybil recorrió el retrato del comerciante, deteniéndose en las troneras del barco visibles en el fondo—. Una se pregunta si Lord Ingleby es consciente de lo que estos cuadros revelan sobre el ascenso de su familia.

Elizabeth estudió la mirada calculadora del comerciante. —Ciertamente, pero supongo que incluso la piratería con licencia es más aceptable que ser nuevo rico en ciertos círculos.

—Y hablando de nuestro anfitrión... —Cybil miró alrededor del desierto rellano—. Para ser una casa tan grandiosa, está extrañamente silenciosa, ¿no crees? Aparte de Martha, no he visto a nadie desde que llegamos: ni personal, ni invitados. Es como si fuéramos las únicas aquí.

Elizabeth vaciló, con los susurros de Martha y el furtivo encuentro en el oscuro pasillo aún frescos en su mente.

Pero algo la retuvo de compartir estas rarezas con Cybil, al menos por ahora. —Quizás los otros invitados se unirán a nosotras mañana.

Continuaron a lo largo del rellano. En lo alto de las escaleras, Cybil se detuvo, mirando hacia las sombras que reclamaban el extremo más alejado. —Bastante extraño, ¿no crees? La mitad de la casa resplandeciendo con luz eléctrica mientras el resto... —Señaló hacia la oscuridad—. Una se pregunta si las finanzas de su señoría podrían estar tan limitadas como sus arreglos de iluminación.

Elizabeth siguió su mirada. El contraste entre las secciones iluminadas y oscurecidas del rellano parecía deliberado, como si alguien hubiera trazado una línea invisible entre lo que los invitados deberían y no deberían ver. Las palabras de Martha de antes resonaron en sus pensamientos: *Su señoría es bastante... particular sobre quién entra y sale.*

Cybil golpeó con los dedos la barandilla, sus anillos haciendo un suave clic contra la madera pulida. —Como anfitriones, los Ingleby

no se han esforzado precisamente en dar la bienvenida a sus invitados, ¿verdad?

La gran escalera se extendía ante ellas. Cybil dudó a mitad de paso, lanzando una mirada de soslayo a Elizabeth. —¿Conoces en absoluto a la hermana de Lord Ingleby, Lady Edith?

—No personalmente, no, aunque la prima de mi cuñada, Henrietta Haviland, asistió al mismo internado. —Elizabeth sonrió al recordar a Caroline compartiendo las cartas de Henrietta—. Henrietta siempre decía que Lady Edith era maravillosamente divertida. Llena de travesuras y aventuras, del tipo que llevaba a la directora a la desesperación. Una vez cambió el azúcar por sal en el servicio privado de té de la directora, justo antes de que llegara el comité de damas para su inspección anual.

—¿De verdad? —Cybil arqueó una ceja—. Eso me sorprende.

—¿Por qué? —Elizabeth frunció el ceño—. ¿Has oído algo diferente sobre su carácter?

—No, en absoluto. —Cybil jugaba con su colgante mientras descendían—. Aunque hace que su repentino retiro de la sociedad londinense hace casi un año resulte bastante desconcertante, ¿no crees? Ingleby Rock parece una elección improbable para alguien de su... naturaleza social.

—Quizás simplemente quería un cambio. La sociedad londinense puede resultar bastante asfixiante a veces.

—¿O quizás sigue escondiéndose del escándalo de su compromiso roto con el Capitán Bennett?

Cruzaron el vestíbulo de entrada bajo la severa mirada de los antepasados Ingleby cuando la puerta del salón se abrió de golpe, haciendo que Cybil se sobresaltara.

—Ah, Lady Elizabeth, señorita Hughes, supongo. —Un hombre alto y delgado de unos treinta años llenaba el umbral, su cabello oscuro cuidadosamente peinado hacia atrás desde sus pálidas y demacradas facciones—. Adelante, por favor —dijo, indicándoles que entraran al salón con la cortesía de quien está obligado por compromiso social más que por auténtica calidez.

Las arañas de cristal proyectaban su brillo por toda la habitación, mientras un fuego ardía en la imponente chimenea de mármol. Las

pesadas cortinas de brocado en oro y rojo intenso enmarcaban los ventanales donde el crepúsculo presionaba contra el cristal. El gran piano en la esquina permanecía silencioso, quizás un recordatorio de tiempos más sociables.

—Creo que no conocéis a mi hermana. —Lord Ingleby señaló a una joven sentada junto a la ventana, su gesto portaba un toque de posesividad—. Lady Edith.

Edith se levantó, su vestido de seda gris susurrando contra los cojines de terciopelo. Su cabello castaño estaba recogido hacia atrás de sus pálidas y delicadas facciones, y aunque su atuendo hablaba de riqueza en su corte y calidad, el alto escote y las mangas largas sugerían un deseo de fundirse con el fondo en lugar de llamar la atención. En su garganta, un impresionante broche de oro captaba la luz, su intrincado diseño sugería tanto arte como extravagancia.

—Creo que asististe al mismo internado que la prima de mi cuñada, Henrietta Haviland.

Una breve sonrisa iluminó el rostro de Edith antes de desaparecer como una vela apagada. —Sí... sí, así fue. —Su voz se apagó, y el silencio se extendió incómodamente.

—Ese broche es realmente extraordinario. —Elizabeth se acercó para admirar la pieza.

Los dedos de Edith tocaron el prendedor, su mirada suavizándose al posarse en su hermano. —Mi hermano lo mandó hacer de una pepita encontrada en *Aurora del Oro*.

Elizabeth inclinó la cabeza. —¿*Aurora del Oro*?

—Una pequeña mina de oro mía... en Brasil. —El pecho de Ingleby se hinchó—. Y ese broche fue confeccionado con un trozo de oro casi tan grande como mi puño. —Levantó su mano cerrada.

Elizabeth cruzó la mirada con Cybil, un sutil intercambio que sugería que ninguna de las dos creía del todo la historia de la pepita del tamaño de un puño.

—Y por supuesto, el Capitán Arthur Bennett. —La voz de Ingleby resonó por la habitación hasta donde una figura alta estaba de pie junto a la chimenea. Los anchos hombros y el porte militar del Capitán lo señalaban como soldado, su cabello oscuro cuidadosamente peinado hacia atrás y su mandíbula cuadrada le

conferían un aire de severa autoridad—. En casa de permiso antes de regresar a su regimiento en la India. Es un... —Ingleby se aclaró la garganta—. ...amigo de la familia.

Edith palideció ante las palabras de su hermano, sus ojos encontrándose brevemente con los de Bennett antes de buscar refugio en el rugiente hogar.

—Lady Elizabeth, señorita Hughes. Un placer. —Bennett inclinó la cabeza al reconocer a cada mujer con la eficiencia medida de una inspección militar.

—Capitán Bennett. —Cybil dio un paso adelante—. ¿Algún parentesco con Aldrich Bennett, miembro del Parlamento?

—Mi hermano mayor.

—Su discurso en el Parlamento la semana pasada apoyando el sufragio femenino causó bastante revuelo. *The Times* estaba particularmente interesado en su postura sobre la extensión del derecho al voto a mujeres menores de treinta años.

—Aldrich siempre ha sido bastante progresista en sus opiniones —dijo Bennett, con los nudillos blanqueándose alrededor de su copa—. Para gran disgusto de mi difunto padre.

Mientras Cybil y Bennett discutían el cambiante rostro de la sociedad de posguerra, Elizabeth intentaba ignorar esa voz persistente en el fondo de su mente que se negaba a ser silenciada. Sus pensamientos volvieron al momento en que Lord Ingleby presentó a Bennett como un amigo de la familia: la súbita palidez de Edith, la mandíbula tensa de Bennett, la cuidadosa elección de palabras de Ingleby.

Tres reacciones separadas que formaban un intrigante rompecabezas.

Una tos discreta atrajo la atención de Elizabeth hacia un hombre que se movía al borde del grupo. Su cabello canoso estaba meticulosamente arreglado, y unas gafas rectangulares enmarcaban su rostro mientras se balanceaba de un pie a otro.

—Ah, sí. —Ingleby apuró su copa—. Y este es el señor Clarke, representando... —Agitó su mano con desdén.

—A la Real Sociedad Astronómica. —El tono preciso de Ernest Clarke llevaba el más leve rastro de acento galés—. Me han

encargado autenticar las predicciones matemáticas para la tra...

—¿Vamos? —Los ojos de Ingleby rodaron hacia el techo mientras pasaba bruscamente junto a Clarke hacia la puerta, muriendo la palabra *trayectoria* en los labios del académico. Elizabeth captó el apagado rubor que subió por el cuello de Clarke antes de que compusiera sus facciones.

—Pobre señor Clarke. —Cybil bajó la voz mientras se dirigían al comedor—. Parece que nuestro anfitrión podría dar una clase magistral sobre cómo hacer sentir incómoda a la gente.

—Ciertamente. Pero sospecho que ese es precisamente el objetivo, particularmente con aquellos que considera por debajo de su posición social.

—Entonces será mejor que cuide mis modales esta noche. Ser mujer y estar empleada parece situarme en lo más bajo de su escala social.

Lord Ingleby ocupó su lugar en la cabecera de la mesa con autoridad practicada, ajustándose los puños de la camisa mientras examinaba a sus invitados.

Edith se acomodó en su sitio a la izquierda de su hermano.

Ingleby señaló la silla a su derecha. —Lady Elizabeth, si es tan amable.

—Perdóneme, Lord Ingleby, pero esperaba poder sentarme junto al señor Clarke. Estoy bastante interesada en saber más sobre el Cometa Aletheia. —Después de presenciar el calculado desprecio de Lord Ingleby hacia Clarke en el salón, Elizabeth no tenía intención de dejar que el académico soportara otro desaire.

Como periodista que había dejado su huella en la prensa londinense dominada por hombres, Cybil era más que capaz de manejar a alguien como Thomas Ingleby. —Estoy segura de que a la señorita Hughes no le importaría tomar mi lugar. Sus conocimientos sobre el evento serían invaluables para su artículo.

Ernest dirigió a Elizabeth una mirada de silenciosa gratitud, el color subiendo a sus mejillas mientras la boca de Lord Ingleby se tensaba. La mirada del anfitrión se deslizó hacia Cybil. —Como desee.

Elizabeth se acomodó en su asiento junto a Ernest. La atención de Lord Ingleby se fijó en su hermana, la tensión arrugando sus facciones mientras sus cuidadosos arreglos se desmoronaban.

Sus dedos se contrajeron alrededor del tallo de la copa de vino. —¿Confío en que todos están ahora *satisfecho*s con sus disposiciones de asientos?

Cybil inclinó la cabeza, una sonrisa tirando de las comisuras de su boca mientras encontraba la mirada de Elizabeth. —En efecto, milord. Estoy particularmente interesada en escuchar sus opiniones sobre el reciente discurso del señor Aldrich Bennett al Parlamento respecto al sufragio femenino.

Lord Ingleby bajó su copa de vino, su mirada posándose en Cybil. —Si está buscando material provocativo para su periódico, señorita Hughes, me temo que tanto yo como Ingleby Rock resultaremos decepcionantemente aburridos.

—Seguramente el cambiante panorama social nos afecta a todos, Lord Ingleby. —El tono de Cybil seguía siendo ligero, aunque Elizabeth notó el acero bajo sus palabras.

—Dudo que las ideas radicales de mi hermano agradarían a las visiones más *tradicional*es de Lord Ingleby —la boca de Bennett se curvó en una media sonrisa.

Los ojos de Edith se movieron entre Cybil y el Capitán Bennett, sus dedos preocupándose con la servilleta en su regazo mientras seguía su fácil intercambio.

—¿El Profesor Whitaker no cena con nosotros esta noche? —Elizabeth miró alrededor de la mesa, notando solo los seis servicios.

Los dedos de Edith temblaron cuando alcanzó su copa. El cristal se tambaleó, luego se inclinó, derramando agua sobre el impoluto damasco. Martha se movió rápidamente desde su puesto cerca del aparador, servilleta en mano, secando la mancha que se extendía. Enderezó la copa, sus dedos presionando brevemente sobre los de Edith, arrancándole una frágil sonrisa antes de retroceder. El gesto fue tan fugaz que Elizabeth casi dudó haberlo visto; tal intimidad entre sirvienta y señora raramente se mostraba, especialmente en compañía.

—No, yo... —Lord Ingleby se contuvo, con la boca tensándose en las comisuras—. Pensamos que era mejor que permaneciera en la isla. —Agarró la jarra de vino y rellenó el contenido apenas tocado en su copa.

—El Cometa Aletheia asegurará que el nombre de Whitaker pase a la historia. —La mirada de Cybil permaneció fija en Lord Ingleby—. Imagino que está decidido a asegurarse de que todo esté perfecto para su llegada.

—Whitaker no sabría distinguir un paralaje de una parábola —murmuró Ernest, ajustándose las gafas.

—¿Perdón? —Elizabeth se volvió hacia él, insegura de si había oído correctamente.

—Ah. —Sus labios se crisparon en una sonrisa poco convincente—. Simplemente estaba expresando lo mucho que espero con ansias el evento de mañana.

La conversación avanzó con dificultad a pesar de los mejores intentos de Cybil por involucrar a los invitados en discusiones sobre los temas del día. El claro consomé dio paso al salmón pochado, luego al faisán asado. Menciones de política, sociedad o literatura se encontraron con respuestas forzadas. Cuando la conversación volvió al cometa, los comentarios mordaces de Lord Ingleby silenciaron a Ernest a mitad de frase.

Los labios de Martha se tensaron mientras Edith empujaba cada plato sin probar en interminables círculos. Al otro lado de la mesa, el Capitán Bennett ofrecía ocasionales comentarios sobre asuntos actuales, pero su mirada seguía volviendo a Edith.

Elizabeth observó a Edith, buscando cualquier rastro de la chica vivaz de las cartas de Henrietta. ¿Dónde estaba la joven que había provocado tales travesuras en el internado? Cuando los ojos de Bennett volvieron a posarse en Edith una vez más, Elizabeth supo que no era la única en notar el cambio.

Martha recogió los platos del postre, cada tintineo de porcelana magnificado en el silencio.

—Si me disculpáis. —La silla de Edith raspó contra el suelo de madera mientras se levantaba, sus dedos dirigiéndose a su sien—.

He desarrollado un dolor de cabeza terrible y espero que no me consideren terriblemente grosera si me retiro.

Bennett y Ernest saltaron a sus pies mientras murmullos de simpatía recorrían la mesa. —Por supuesto que no, Lady Edith —le aseguró Elizabeth.

Los labios de Lord Ingleby se adelgazaron mientras vaciaba su copa en un rápido movimiento. Sin pausa, agarró la jarra y repuso su vino, luego ofreció el recipiente de cristal a Bennett.

—Gracias, no. —La cabeza de Bennett se inclinó en un educado rechazo—. Tengo correspondencia que atender, así que si me disculpáis, yo también debo retirarme.

Elizabeth cruzó la mirada con Cybil al otro lado de la mesa. Un ligero asentimiento pasó entre ellas, confirmando su deseo compartido de escapar del comedor.

—Debo confesar que estoy bastante agotada después de un viaje tan largo. Estoy segura de que la señorita Hughes estará de acuerdo. —La sonrisa de Elizabeth contenía la justa medida de disculpa mientras se dirigía a Lord Ingleby.

—Así es —Cybil se levantó de su asiento—. Aunque debo decir que ha sido una velada de lo más *esclarecedora*.

La boca de Ernest se abrió y cerró, su mirada saltando entre Elizabeth y Cybil. —E imagino que el señor Clarke querrá tiempo para revisar sus cálculos antes de la observación de mañana.

—Ah, sí. Los cálculos... —Ernest tiró de su cuello, el alivio visible en la relajación de sus hombros—. Gracias por recordármelo, Lady Elizabeth. —Dio un brusco asentimiento antes de batirse en retirada.

—Una noche temprana nos servirá bien a todos para la observación de mañana. —Elizabeth se encontró con la mirada vacía de Ingleby—. Estoy bastante ansiosa por presenciar un fenómeno tan raro, especialmente con expertos como el señor Clarke y el Profesor Whitaker a mano.

—Expertos... ¿es así como les llamarías? —Una sonrisa cruel torció su boca mientras su mirada se posaba en la silla vacía de Ernest—. Un escribiente —murmuró, más a su copa de vino que a sus invitadas restantes—. Nada más que un... —Su voz se apagó

mientras sus ojos se vidriaban, cualquier vitriolo que pretendiera dirigir a Whitaker disolviéndose en un murmullo ininteligible.

—¿Un qué? No le he entendido bien, Lord Ingleby. —El desafío de Cybil quedó suspendido en el aire.

—Nada —espetó Ingleby, sus puños cerrándose a sus costados mientras luchaba por ponerse de pie—. Quizás una noche temprana nos beneficie a todos. —Ofreció una rígida reverencia, apoyándose contra los muebles mientras se dirigía hacia la puerta.

—Una velada de lo más peculiar. —Cybil mantuvo su voz baja mientras subían la escalera—. Aunque sospecho que el vino simplemente aflojó la ya afilada lengua de Lord Ingleby.

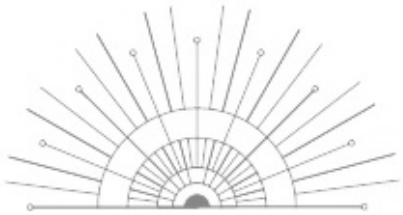
—Su crueldad hacia el señor Clarke fue particularmente señalada. —Elizabeth recordó el anterior desprecio de su anfitrión hacia el académico—. El pobre hombre parecía listo para huir de la mesa más de una vez.

—¿Y qué hay de Lady Edith? —Cybil se detuvo en lo alto de las escaleras—. Apenas tocó su comida y apenas pronunció palabra. ¿Y notaste cómo el Capitán Bennett no podía quitarle los ojos de encima? Parece que nuestro capitán aún guarda sentimientos por Lady Edith.

—Sí, eso fue bastante revelador. —Elizabeth bajó la voz—. Y no puedo evitar pensar que algo no está del todo bien en toda la configuración aquí. —Su mirada se dirigió hacia el ala oscurecida mientras continuaban por el rellano—. Pasillos medio iluminados, una peculiar ausencia de personal, y un anfitrión que parece complacerse en hacer que sus invitados se sientan lo más incómodos posible.

—Estoy de acuerdo. Lord Ingleby claramente no nos quiere aquí, ¿entonces por qué organizar esta reunión? —Llegaron a sus habitaciones, una frente a la otra al final del pasillo.

—¿Por qué, ciertamente? —Elizabeth se detuvo, con la mano apoyada en el pomo de su puerta—. Dado todo lo que hemos presenciado desde nuestra llegada, más bien creo que el espectáculo celestial de mañana podría resultar el evento menos extraordinario de nuestra estancia.



Capítulo Cuatro

EL VIENTO HABÍA ATORMENTADO Ingleby Rock durante toda la noche, su persistente asalto golpeando los muros de granito y haciendo traquetear los cristales. La espuma salada del mar de abajo salpicaba las ventanas, mientras las ramas de hiedra arañaban la piedra. Elizabeth se retorcía en la cama con dosel mientras el tiempo avanzaba lentamente, marcado por el constante golpeteo del reloj francés de repisa.

Una cacofonía de gritos agudos perforaba la oscuridad, subiendo y bajando en ráfagas inquietas. Distantes, aunque cercanos, tiraban de los bordes de la vigilia, desterrando cualquier esperanza de sueño.

Ahora, con la mañana siendo aún una promesa en el horizonte, ya estaba levantada y vestida.

Elizabeth alisó la falda plisada de crepé de China de su vestido color glicina antes de sentarse en el tocador, donde los espejos trípticos reflejaban su rostro pálido desde tres ángulos.

Un toque de colorete en las mejillas devolvió la vida a su tez descolorida, seguido de una cuidadosa pasada de pintalabios rosa.

En Hawthorne House, Meli seguiría profundamente dormida, con sus conjuntos preparados para la Exposición del Imperio Británico de mañana. Su prima había pasado el último mes examinando artículos

de periódico sobre el Palacio de Ingeniería de Wembley, pero era el Pabellón Indio el que había capturado su imaginación.

La carta del tío Theo, entregada justo antes de que Elizabeth partiera hacia la estación ayer por la mañana, pesaba en su mente. La familiar caligrafía desgarbada había revelado el último plan de la tía Maria: si Meli deseaba permanecer en Inglaterra, debía encontrar empleo. Aunque su tío comprendía el deseo de independencia de Meli, su esposa seguía empeñada en mantener a su única hija cerca de casa y, más importante aún, cerca de potenciales y adecuados pretendientes.

Las restricciones familiares irritaban —incluso ahora, cuando el mundo giraba hacia adelante con tal vertiginosa velocidad, la sociedad seguía considerando el matrimonio como la única ambición aceptable para una mujer.

Elizabeth negó con la cabeza ante tal absurdo mientras deslizaba los pies en sus zapatos azul marino con correa en T y se acercaba al espejo de cuerpo entero. Sus esfuerzos anteriores con el colorete y el pintalabios habían conseguido su propósito —no quedaba rastro de su noche de insomnio.

Se detuvo frente a la habitación de Cybil, con su rebeca de cachemira color crema sobre el brazo. Cuando solo la recibió el silencio, continuó por el pasillo y bajó las escaleras.

La ausencia de sirvientes llamó inmediatamente la atención de Elizabeth. Ni doncellas con sus plumeros, ni lacayos en sus puestos —una casa de este tamaño debería estar llena de actividad.

Se dirigió hacia la cocina. A través de la puerta entreabierta, vio a Martha vertiendo un líquido transparente de una pequeña botella a una cuchara. —¡Lady Elizabeth! —Martha retrocedió bruscamente, la botella se le escapó de los dedos y se hizo añicos contra las losas.

—Por favor, perdóneme... no pretendía asustarla —Elizabeth se movió para ayudar con los cristales rotos, mientras el olor penetrante de anís se elevaba del derrame.

—No, mi señora —Martha se posicionó entre Elizabeth y el cristal roto—. La cocina no es lugar para usted.

—Pensé en preparar un té. Ese viento espantoso me mantuvo despierta casi toda la noche y había un sonido extraño de

lamentos...

—Serían los gatos, mi señora. Ahora, si regresa al comedor, le llevaré su té...

—¡Martha, la leche! —Elizabeth se abalanzó hacia la cocina. Un fino chorro blanco rebosaba por el borde de la cacerola, silbando al contacto con la placa de hierro.

Martha agarró el borde de su delantal, envolviéndose la mano mientras retiraba la cacerola del fuego.

—La dejaré en paz, Martha —Elizabeth se volvió para irse.

—Si espera en el comedor, mi señora, le llevaré su té.

—No, por favor, no se moleste.

—No es molestia alguna, mi señora.

—No, de verdad, creo que daré un paseo por los jardines.

—Como desee, mi señora.

Dejando a Martha restaurar el orden en la cocina, Elizabeth se puso su rebeca de cachemira mientras se aventuraba en la mañana primaveral.

Divisó a Ernest Clarke, con su desgastada chaqueta de tweed arrugada, encorvado sobre su cuaderno. Se ajustó las gafas rectangulares, entrecerrando los ojos hacia el cielo irregular.

—Buenos días, señor Clarke —llamó Elizabeth.

Ernest se sobresaltó, su lápiz trazando una línea a través de sus notas. —Lady Elizabeth.

Las páginas del cuaderno revoloteaban con la brisa, revelando cálculos complejos y diagramas esbozados apresuradamente. —Parecen bastante complejos.

—Solo estoy trazando la trayectoria de Aletheia. Pero si esta nubosidad persiste, nos resultará difícil seguir su trayectoria mañana por la noche —Ernest hizo una pausa, con un atisbo de auto-reproche cruzando sus facciones—. Aunque los antiguos griegos se las arreglaron con nada más que tablillas de piedra e instrumentos de bronce.

Una ráfaga de viento azotó la rebeca de Elizabeth, y ella se la ciñó con fuerza. —El descubrimiento de estos gráficos en Delfos tenía a los eruditos atenienses bastante alterados, según el tío Leo.

—¿El tío Leo?

—Mi tío, Leonidas Diomaros, es el Éforo General de Antigüedades en Atenas —Elizabeth captó la expresión desconcertada de Ernest y añadió con una cálida sonrisa—: Mi madre era griega; su familia ha sido guardiana de los tesoros de Grecia durante generaciones.

—Entonces apreciará el significado de estos cálculos —los ojos de Ernest se iluminaron mientras señalaba su cuaderno—. La precisión matemática de los antiguos astrónomos a menudo es pasada por alto por los eruditos modernos que... —Se interrumpió, ajustándose las gafas—. Bueno, estoy seguro de que Whitaker nos ilustrará a todos sobre sus hallazgos mañana por la noche.

—¿Conoce al profesor? —Elizabeth notó la ligera tensión alrededor de la boca de Ernest.

—Nos cruzamos como estudiantes en Cambridge —el lápiz de Ernest golpeaba contra su cuaderno con fuerza creciente—. Aunque estos días parece más interesado en conseguir mecenas que en realizar investigaciones reales.

—Tengo entendido que se ha hecho un nombre en círculos astronómicos.

—Sí, bueno —la mandíbula de Ernest se tensó—. Algunos preferimos dejar que nuestro trabajo hable por sí mismo en lugar de confiar en... otros métodos de promoción.

Elizabeth notó la amargura que se colaba en su voz. Entendía demasiado bien cómo ciertos círculos académicos a menudo valoraban las conexiones por encima del mérito. Con demasiada frecuencia había visto cómo se pasaban por alto mentes brillantes mientras florecían trabajos mediocres, simplemente porque venían de los círculos adecuados.

Inclinó la cabeza, estudiando el perfil de Ernest. —¿Colaborará con el profesor Whitaker en las observaciones de mañana por la noche?

—Difícilmente —la risa de Ernest no tenía humor—. El profesor no es de los que comparten el protagonismo. Prefiere quedarse con toda la gloria para sí mismo —se levantó abruptamente, cerrando su cuaderno de golpe—. Ahora, si me disculpa, necesito verificar algunos cálculos.

Elizabeth asintió. —Debería regresar a la casa. Lord Ingleby fue muy específico sobre nuestra hora de partida.

Ernest marchó a través del césped, con los hombros rígidos y el puño libre cerrado contra su costado.

Apenas había dado dos pasos cuando un extraño maullido la detuvo en seco.

Un gato anaranjado se agachaba entre la hierba alta, con la cola moviéndose mientras acechaba una presa invisible. Entonces volvió a sonar —ese mismo extraño maullido que la había despertado por la noche. Elizabeth observó cómo el gato saltaba, emergiendo con nada más que una hoja seca entre los dientes. Sonrió, imaginando la mirada de desdén de Mafdet ante tal comportamiento indigno. La abisinia se conducía con toda la dignidad de la diosa egipcia cuyo nombre llevaba, considerando tales actividades por debajo de su estatus.

Dejando al gato con su cacería matutina, Elizabeth regresó a la casa. En el comedor, el capitán Bennett y Cybil Hughes estaban enfrascados en una conversación. Lord Ingleby se desplomaba en el extremo de la mesa, con los huevos cuajándose mientras sostenía una taza de café negro.

—Aquí estás —Cybil dejó su taza y alcanzó la tetera—. Llamé a tu puerta antes, pero cuando no respondiste, supuse que seguías durmiendo. No es de extrañar; ese infernal aullido me mantuvo en vela media noche —sirvió té en la taza de Elizabeth mientras se sentaba junto a Cybil.

Los dedos de Ingleby se tensaron contra su taza. —Una de las muchas delicias de la vida rural, señorita Hughes.

Ned apareció al codo de Ingleby con la cafetera. —Disculpe, mi señor, pero tendremos que vigilar la marea. Es mejor cruzar antes del mediodía.

—Sí, por supuesto —Ingleby arqueó las cejas, su frente arrugándose mientras sostenía la mirada de Ned—. Confío en que Martha tenga todo bajo control.

Ned le sostuvo la mirada. —Está atendiendo a Lady Edith ahora, señor.

Elizabeth captó la curiosa interacción entre amo y sirviente —la pregunta de Ingleby cargada de significado, la respuesta medida de Ned.

El intercambio fue breve, irrelevante para cualquier otro, pero se asentó inquietantemente en el fondo de su mente.

—¿Confío en que Lady Edith se encuentra mejor? —los hombros de Bennett se tensaron mientras alcanzaba el azucarero, su mano suspendida un momento demasiado largo antes de dejar caer un tercer terrón en su té ya endulzado—. Fue desafortunado que tuviera que retirarse tan temprano.

—Sí —Ingleby extendió su taza, y Ned la llenó con café fresco—. Solo otra de sus jaquecas.

—¿Las sufre a menudo? —la taza de té de Bennett permaneció suspendida a medio camino de sus labios.

—El ánimo de mi hermana ha estado bastante delicado últimamente —Ingleby se levantó de su silla—. La soledad en Ingleby Rock conviene a su... constitución —se alisó la chaqueta—. Empaquen lo que necesiten. Nos encontraremos en el embarcadero en treinta minutos —sin mirar atrás, salió de la habitación.

Elizabeth dejó su taza mientras ella y Cybil se levantaban de la mesa. El capitán Bennett sostuvo la puerta mientras salían al vestíbulo de entrada.

Cruzaron hacia la escalera, con Bennett siguiéndolas de cerca.

—Capitán Bennett —Cybil mantuvo la voz baja—, perdone mi franqueza, pero tengo entendido que usted y Lady Edith estuvieron comprometidos.

El paso de Bennett vaciló. —En efecto —se aclaró la garganta—. Sí, estuvimos prometidos. Terminó mientras yo estaba en la India... supongo que la vida allí no es para todos. El calor, el aislamiento, los interminables monzones... —su mirada cayó al suelo.

—Me intriga, capitán Bennett —dijo Cybil—. ¿Cómo se pasa de un compromiso roto a conseguir una invitación para la reunión bastante selecta de Lord Ingleby?

Los dedos de Bennett rozaron su cuello. —Sé que mi presencia aquí podría parecer... inapropiada, dado todo, pero la oportunidad de presenciar el Cometa Alethia era demasiado significativa para ignorarla. Cuando escuché que Lady Middleton subastaba una invitación... —dejó que las palabras se desvanecieran.

—Me preguntaba quién había ganado la otra invitación de la subasta de Lady Middleton —dijo Elizabeth.

Subieron la escalera juntos, deteniéndose cuando Bennett se deslizó en su habitación.

—Estoy de acuerdo; los sentimientos del capitán Bennett por Lady Edith parecen bastante evidentes. Pero si ella los correspondía es otra cuestión. Quizás, sin embargo, ella terminó las cosas por razones prácticas. Como bien dijo el capitán, la vida en la India no es para todos.

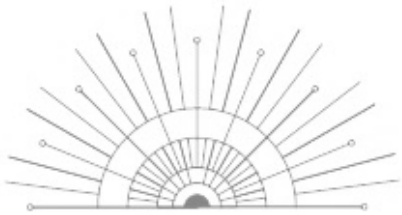
—Tonterías —Cybil mantuvo la voz baja.

Los labios de Elizabeth se curvaron con diversión. —Me temo que su instinto periodístico encuentra intriga donde no existe, señorita Hughes.

—Los instintos de una periodista —Cybil se tocó la nariz— rara vez se equivocan. Si Lady Edith terminó su compromiso, ¿por qué su presencia la perturba tanto?

Elizabeth negó con la cabeza, divertida por la determinación de Cybil de encontrar conspiraciones en todo. —Deberíamos recoger nuestras cosas. Ned fue bastante claro sobre la marea.

—Recuerda mis palabras —la mano de Cybil descansaba sobre el pomo de la puerta—. Hay más en este compromiso roto que un simple caso de pies fríos sobre la India.



Capítulo Cinco

EL ESTRECHO CANAL ENTRE el continente y la Isla Ingleby hacía honor a su nombre —Paso del Diablo— con cada oleada amenazando con estrellar su pequeña embarcación contra las rocas que acechaban bajo el agua revuelta. Los dedos de Elizabeth se hundían en la regala de madera mientras la barca se balanceaba y cabeceaba, cada ola amenazando con hacerla perder el equilibrio. El motor de la embarcación luchaba contra la corriente, y el rocío salado golpeaba su rostro, las gélidas gotas punzando su piel. Un viento amargo azotaba desde el Atlántico, atravesando su abrigo y haciendo castañetear sus dientes.

Otra ola golpeó, elevando la barca en un ángulo antinatural antes de estrellarla de nuevo. El agua salada escoció los labios de Elizabeth, intensa como la salmuera, mientras las maderas crujían contra la fuerza de la marea.

Ernest Clarke vomitó por la borda, olvidando su habitual meticulosidad. Cybil se aferraba a la regala, con los nudillos blancos contra la madera desgastada. Una fuerte ráfaga envió un rizo suelto azotando su mejilla desde debajo de su sombrero cloche. Lo atrapó con una mano enguantada, volviendo a colocarlo en su sitio.

Solo Edith permanecía inmóvil, con las manos dobladas en su regazo, su rostro inescrutable mientras miraba hacia el horizonte.

—Tengan cuidado —gritó Ned por encima del hombro, su voz compitiendo con el ritmo irregular del motor mientras ajustaba el rumbo.

Bennett se apuntaló contra otra ola, con la atención fija en Edith. Ella miraba más allá de la proa, aparentemente intocada por el caos a su alrededor. En la popa, su hermano cambiaba su peso, tamborileando con los dedos sobre su muslo mientras la isla se acercaba.

Los dedos de Elizabeth se hundieron más en la regala al rodear el promontorio, su respiración aliviándose cuando finalmente la isla apareció a la vista a través de la bruma marina. Ni siquiera su travesía por el Valle de los Reyes, rebotando sobre un camello beligerante, había puesto a prueba su estómago tanto como el Paso del Diablo.

Ned redujo la potencia del motor al entrar en aguas más tranquilas, la proa de la barca cortando la espuma. El embarcadero de madera sobresalía de la costa, sus tablones decolorados y maltratados. Más allá, Elizabeth vislumbró senderos escarpados que atravesaban densas matas de tojo y zarzas, desapareciendo en la maraña salvaje de vegetación que reclamaba la isla.

La barca chocó contra el embarcadero. Mientras Ned aseguraba la cuerda, Ernest Clarke trepó al muelle primero, su alivio al llegar a tierra firme evidente en la caída de sus hombros. Bennett le siguió rápidamente, extendiendo su mano hacia Edith. Ella mantuvo la mirada baja hasta que Thomas se situó junto a él, aceptando la ayuda de su hermano en su lugar. Un músculo saltó en la mejilla de Bennett mientras retiraba la mano, volviéndose para ayudar a Elizabeth y Cybil a desembarcar.

Elizabeth volvió a colocarse el sombrero mientras avanzaban por el embarcadero.

—Eso ha sido bastante... vigorizante.

—Puedes decirlo otra vez —Cybil se ciñó más el abrigo, ajustando su cinturón. Bajó la voz, sus palabras casi perdidas en la brisa—. Y todo por una estrella fugaz.

La desestimación del Cometa Aletheia por parte de Cybil como nada más que una estrella fugaz pareció incongruente,

especialmente para alguien que había movido cielo y tierra para asegurarse el encargo.

Al final del embarcadero, un camino de piedra áspera se extendía ante ellos, serpenteando entre árboles dispersos cuyas ramas se retorcían en permanente rendición al viento constante. Las zarzas y el tojo habían reclamado gran parte del terreno, sus zarcillos invadiendo el sendero.

Ned se adelantó con dos cestas de mimbre, navegando con facilidad por el camino cubierto de maleza mientras el resto del grupo avanzaba con cuidado entre la vegetación espinosa. El sendero se abrió en un claro donde Ingleby Lodge se asentaba en el paisaje —cada adición arquitectónica revelando la creciente fortuna de la familia a lo largo de generaciones.

La casa de madera llevaba su historia en capas: una estructura que en su día fue modesta, ahora flanqueada por alas victorianas con su delicada celosía y tablas decorativas talladas. Los vientos cargados de sal habían erosionado la madera hasta un gris plateado, mientras que parches de liquen verde se extendían por los elementos decorativos. El resultado final hablaba menos de una planificación cuidadosa y más de un edificio que había crecido como la vegetación salvaje que lo rodeaba: natural pero indómito.

Ned abrió la puerta principal para revelar un generoso vestíbulo, sus proporciones más grandiosas de lo que sugería el exterior de la casa. Una escalera imponente dominaba el espacio, elevándose en una elegante curva hacia el primer piso, mientras que varillas de latón sujetaban en su lugar una alfombra de color vino.

—Llevaré esto a la cocina, señor —dijo Ned, ajustando su agarre en las cestas.

—Sí, sí —Lord Ingleby se volvió para dirigirse al grupo mientras se quitaban los abrigos—. Somos bastante informales aquí. Martha no nos acompañará en la isla, así que naturalmente mi hermana se encargará de las comidas principales. Pero confío en que a ustedes, señoras, no les importará hacer su parte —su mirada se posó brevemente en Elizabeth y Cybil.

—Todo un privilegio, ciertamente, ser confiadas con el sagrado deber de alimentar a los indefensos —dijo Cybil, sus palabras

entonadas solo para los oídos de Elizabeth.

—En cuanto a los arreglos para dormir, Lady Elizabeth, usted y la señorita Hughes compartirán habitación. Bennett, tú toma la habitación de enfrente; compartirás con Clarke.

Clarke cambió su peso de un pie a otro.

—Podría tomar el sofá. O quizás el observatorio. Dudo que vaya a dormir mucho, de todas formas.

—No lo permitiré —Bennett hizo un gesto hacia las escaleras—. No tiene sentido que te congeles ahí fuera cuando hay una cama libre aquí.

—Gracias —Clarke hizo una pausa, asentando su peso—. Hablando del observatorio... ¿está Whitaker ya allí?

—Supongo que sí. Ahí es donde se alojan —los dedos de Ingleby tamborilearon contra la barandilla—. Porque contrariamente a lo que algunos creen, no estoy dirigiendo un hotel.

—¿Se alojan? —la atención de Clarke se dirigió bruscamente a Ingleby.

—Algún ayudante —Ingleby se limpió la manga, su atención ya divagando.

—¿Sabe usted...?

—Por el amor de Dios, hombre —una vena palpitaba en la sien de Ingleby—. ¿De verdad cree que tengo tiempo o inclinación para hacer un seguimiento de tales cosas?

Los hombros de Clarke se encogieron ante el desprecio de Ingleby. Los dedos de Elizabeth se curvaron en su palma, su mandíbula tensándose ante la crueldad casual del privilegio heredado.

—Señor Clarke —Elizabeth dio un paso adelante—. ¿Me acompañaría al observatorio más tarde? Me fascina la trayectoria orbital del Cometa Aletheia, y me encantaría saber más sobre su inusual distancia al perihelio.

Clarke se enderezó, con los ojos brillantes.

—Estaría encantado, Lady Elizabeth.

—¿Nos encontramos en media hora? —Elizabeth miró a Clarke—. Eso debería dar tiempo a todos para instalarse.

La postura de Clarke se enderezó, con una sonrisa tirando de las comisuras de su boca.

—Lady Edith —Elizabeth se volvió—. ¿Podría mostrarnos nuestra habitación?

Edith les guió escaleras arriba hasta el rellano, y luego a lo largo hasta una puerta cerca del final. Dentro, dos camas con armazón de hierro y ropa de cama almidonada se situaban contra paredes opuestas de la modesta habitación.

—Me temo que no es tan grandiosa como a la que está acostumbrada, Lady Elizabeth. No visitamos la isla con tanta frecuencia como antes.

Cybil cruzó hacia la ventana, su mirada atraída por la silueta cupulada que coronaba el punto más alto de la isla.

—Su abuelo construyó ese observatorio para el Cometa Halley, ¿no es así? Todo un logro para un observatorio privado. La Real Sociedad todavía hace referencia a algunas de sus observaciones.

—Ha hecho sus investigaciones, señorita Hughes.

—En efecto, considero mi deber estar bien informada.

—¿Y qué hay de su hermano? —preguntó Elizabeth—. ¿Ha heredado la pasión de su abuelo por las estrellas?

—¿Thomas? —El orgullo de Edith desapareció—. Él prefiere inversiones que brillen más tangiblemente que la luz de las estrellas.

Permaneció en la puerta, sus dedos preocupándose con su medallón.

—Por favor... intenten no juzgar a mi hermano con demasiada dureza. El asunto Barrington... le ha pasado factura —su atención se desvió brevemente hacia la ventana antes de volver a ellas—. Ahora, las dejaré para que se instalen —antes de que cualquiera de las dos mujeres pudiera responder, se escabulló por la puerta, cerrándola suavemente tras ella.

—Imagino que Lady Edith y su cuñada pasan bastante tiempo suavizando sus... tropiezos sociales —Cybil se quitó el sombrero.

—¿Crees que Edith está utilizando el escándalo Barrington como excusa? —Elizabeth recordó el alboroto cuando Edgar Barrington, gerente del banco privado de Ingleby, supuestamente había malversado fondos de clientes y huido a Sudamérica—. El escándalo arrojó bastante sombra de sospecha sobre la implicación de Ingleby en el asunto.

—Oh, Lord Ingleby siempre cae de pie —un toque de acero se infiltró en la voz de Cybil—. Su reputación se recuperó lo suficientemente rápido, y su fortuna permanece bastante intacta. A diferencia de los Barrington, que lo perdieron absolutamente todo.

—¿Estás familiarizada con la familia?

—Entrevisté a la señora Barrington cuando la historia salió a la luz —Cybil se ocupó con sus alfileres de sombrero, evitando la mirada de Elizabeth.

—¿Y qué fue de ella después de la desaparición del señor Barrington?

—Por lo que sé, vive con su hermana en Chislet, una pequeña parroquia en Kent. Su cuñado es el vicario allí —los dedos de Cybil se detuvieron—. La salud de la señora Barrington ha sufrido terriblemente. Los acreedores continúan acosándola, aunque no le queda ni un céntimo a su nombre.

—Pobre mujer.

—En efecto, pero ¿no es siempre así? —un filo agudo se infiltró en la voz de Cybil—. Las fechorías de los hombres tan a menudo dejan a las mujeres cargando con el peso.

Elizabeth colocó su ropa en el armario, considerando las palabras de Cybil. Para una periodista que afirmaba solo un conocimiento superficial de los Barrington, parecía notablemente versada en sus asuntos privados.

—He visto espacios más generosos en un compartimento de equipaje ferroviario —dijo Cybil, mirando el estrecho armario—. Menos mal que solo estamos aquí por dos noches. Y hablando de tiempo, ¿no deberías darte prisa? No querrás hacer esperar al señor Clarke.

Elizabeth consultó su reloj.

—Cielos, será mejor que me apresure. Estoy segura de que el señor Clarke está ansioso por explorar el observatorio, aunque quizás menos entusiasmado por encontrarse con el profesor Whitaker.

—¿No se caen bien?

—Tengo la impresión de que el señor Clarke cree que el éxito de Whitaker proviene más de sus conexiones que de su mérito

académico —Elizabeth se abrochó los pequeños botones de sus guantes—. ¿Te gustaría acompañarnos?

—No, gracias. Tengo trabajo que hacer —Cybil colocó su estuche de cuero sobre la cama—. Ya sabes cómo es... el trabajo de una mujer nunca termina.

—Ciertamente. Entonces, no te entretendré más —Elizabeth cruzó la habitación, deteniéndose para comprobar su aspecto en el espejo antes de bajar a encontrarse con Clarke.

Lo encontró esperando junto a la puerta principal, con su atención fijada en un pequeño libro encuadernado en cuero. Lo guardó en su bolsillo en el momento en que la vio.

—Espero no haberle hecho esperar, señor Clarke.

—He llegado temprano —sus manos se entrelazaron detrás de su espalda—. La perspectiva de visitar el famoso observatorio de la Isla Ingleby resultó demasiado tentadora para resistirse.

—¿Vamos?

—Después de usted —Clarke dio un paso adelante para abrir la puerta.

Juntos partieron, siguiendo el estrecho sendero que serpenteaba hacia arriba a través de la vegetación indómita. Las zarzas se enganchaban en sus faldas mientras los pastos endurecidos por el mar azotaban contra sus tobillos.

—He estudiado el Cometa Aletheia durante años —Clarke se estabilizó en el terreno irregular—. Y no puedo evitar preguntarme si Whitaker podría haber pasado por alto ciertas... variables en sus cálculos.

Elizabeth lo había notado antes: la manera en que Clarke se negaba a dar a Whitaker su título adecuado, un pequeño desafío que quizás revelaba mucho más de lo pretendido.

—¿Qué clase de variables?

—Detalles menores. Ajustes minúsculos que podrían resultar... significativos.

A través de huecos en los árboles doblados por el viento, Elizabeth vislumbró el observatorio —sus paredes de madera elevándose desde los cimientos rocosos.

—Y estos cálculos suyos —se estabilizó en la pendiente pronunciada—, ¿cómo se comparan con el trabajo del profesor?

—No presumiría de saberlo —Clarke ajustó sus gafas mientras abordaban otro tramo difícil del camino—. Aunque sus notas de investigación podrían resultar esclarecedoras.

—Los antiguos griegos tenían algunas teorías fascinantes sobre los cuerpos celestes —sus cálculos de trayectorias orbitales y sus métodos de seguimiento a través del zodíaco, ¿no cree?

—En efecto —la voz de Clarke se volvió distante, sus pensamientos claramente en otra parte mientras se acercaban al observatorio.

Hizo una pausa antes de golpear dos veces en la puerta del observatorio.

—¡Adelante! —llamó una voz masculina desde el interior. El pecho de Clarke se expandió, su figura llenando el umbral mientras se erguía a toda su altura.

Elizabeth lo siguió a un mundo de latón y caoba. Cartas marcadas con cálculos adornaban las paredes y cubrían las superficies disponibles, mientras un magnífico telescopio reclamaba el corazón de la habitación. Volúmenes encuadernados en cuero llenaban las estanterías circundantes, y un espectroscopio y una cámara de placa de vidrio reposaban sobre una mesa lateral.

El equipo brillaba con novedad, cada accesorio de latón pulido hasta un brillo de espejo. Elizabeth frunció el ceño, recordando las palabras de Edith sobre el desdén de su hermano por las actividades académicas, su preferencia por inversiones que brillen más tangiblemente que la luz de las estrellas. ¿Por qué invertiría en equipos tan caros para un observatorio que la familia había prácticamente abandonado?

—Clarkie, viejo amigo —el profesor Whitaker levantó la vista de su escritorio, su sonrisa tan artificial como su bienvenida. Al levantarse, añadió—: Finalmente te han dejado salir de ese polvoriento armario de escobas, ¿eh?

Los dedos de Clarke se cerraron ante el diminutivo, forzando el nombre a través de los dientes apretados.

—Whitaker.

—Debo decir... —Whitaker se llevó la mano a la barbilla, sus ojos recorriendo a Clarke—. Más bien esperaba al propio Chambers para tal ocasión. No a uno de sus *subordinados*.

Clarke cambió su peso, su mano dirigiéndose a ajustar su cuello.

—El profesor Chambers enfermó. Y con todos los demás ya en camino hacia...

—Ah, ¿un último recurso, entonces? —las cejas de Whitaker se elevaron—. Aunque no es la primera vez, ¿verdad, Clarkie?

Elizabeth observó el intercambio con creciente disgusto. A pesar de sus modales pulidos y su encanto fácil, Whitaker era tanto un acosador como Ingleby; simplemente elegía herir con dardos envueltos en terciopelo en lugar de fuerza bruta.

—¿Y quién podría ser esta? —Whitaker se volvió, obsequiando a Elizabeth con su sonrisa más encantadora—. Si hubiera sabido que la Real Sociedad Astronómica empleaba asistentes tan encantadoras, me habría ocupado de asistir a sus aburridas reuniones con mucha más frecuencia.

—Me temo que está equivocado. No estoy con la Sociedad —la sonrisa de Elizabeth igualó la suya, un reflejo perfecto de insinceridad educada—. Aunque, debo confesar, encuentro los métodos griegos de seguimiento celeste bastante fascinantes; sus cálculos eran notablemente precisos para las herramientas primitivas a su disposición, ¿no cree? —ofreció su mano—. Lady Elizabeth Hawthorne.

Los labios de Clarke se arquearon hacia arriba mientras el encanto de Whitaker se deslizaba por un momento.

—Cerebro además de belleza —Whitaker se recuperó con suavidad, aunque su sonrisa había perdido su confianza anterior—. Qué intrigante.

—Incluso en esta época, profesor, se sorprendería de lo a menudo que la gente subestima ambos —el tono de Elizabeth se mantuvo agradable, pero su significado no podría haber sido más claro.

La expresión de Whitaker se endureció, sus ojos estrechándose.

—Necesitaré acceso a tus notas de investigación, Whitaker, si serías tan amable de entregármelas —dijo Clarke, su tono preciso llevando el peso de su recién descubierta autoridad.

—¿Mis notas? —Whitaker se tensó—. Me temo que son bastante privadas en esta etapa. La verificación de la Real Sociedad puede esperar hasta después del evento.

—Me temo que no es así como funciona —Clarke se irguió—. La Sociedad insiste en acceso completo a todos los cálculos y metodologías.

—La Sociedad puede esperar lo que quiera —Whitaker volvió a su escritorio—. Recibirán mis hallazgos completos cuando esté listo.

—Quizás no fui claro —Clarke metió la mano en su chaqueta, produciendo un sobre con el sello de la Real Sociedad Astronómica —. El profesor Chambers fue muy específico sobre los requisitos de la Sociedad.

Elizabeth observó la cara de Whitaker mientras leía la carta, el color desapareciendo de sus rasgos.

—Yo, como representante del profesor Chambers, debo verificar todos los cálculos antes de que respalden cualquier hallazgo referente al Cometa Aletheia —la voz de Clarke llevaba una nota de triunfo—. Sé que el protocolo y el papeleo no son exactamente tus puntos fuertes, pero estoy seguro de que comprendes la necesidad de rigor científico en tales asuntos.

Una puerta se abrió de golpe, golpeando la pared con un ruido sordo. Una mujer entró arrastrando los pies, luchando por sujetar una avalancha de papeles. Sus gafas de montura metálica se deslizaron por su nariz mientras el cabello oscuro escapaba de su severo moño.

—Magnus, he traído los...

Sus palabras murieron al ver a Clarke. Los papeles se deslizaron, esparciéndose por el suelo mientras su rostro se iluminaba.

—¿Ernest?

El rostro de Clarke se suavizó, la rígida postura de sus hombros desvaneciéndose.

—¿Helen?

—Ah, Helen, justo a tiempo. Clarkie aquí quiere examinar los cálculos para Aletheia.

El rostro de Helen palideció mientras se agachaba sobre los papeles dispersos, sus dedos recogiendo las hojas.

—Todavía estoy trabajando en los cálculos orbitales preliminares... no he tenido tiempo de terminarlos aún.

Clarke se arrodilló, recogiendo los papeles junto a ella.

—Bueno, te sugiero que encuentres el tiempo —la sonrisa de Whitaker desapareció—. No queremos hacer esperar a Clarkie, ¿verdad? No cuando está aquí en un papel tan importante.

Los labios de Clarke se afinaron mientras se ponía de pie antes de extender su mano a Helen.

—Mañana por la mañana estará bien —la mirada de Clarke permaneció en Helen incluso mientras se dirigía a Whitaker.

—¿Estás seguro? —las palabras de Whitaker se deslizaron como seda sobre acero—. Porque no querríamos causarte molestias.

—No es molestia, te lo aseguro —su mandíbula se tensó al enfrentarse a Whitaker.

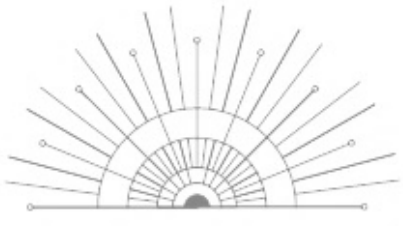
—Un placer volver a verla, señorita Rice —Clarke se volvió hacia Elizabeth—. ¿Volvemos?

Clarke atravesó la puerta del observatorio antes de que ella pudiera responder, tomando el escarpado sendero con pasos rápidos y precisos. Elizabeth mantuvo el paso detrás de él, notando la tensión en sus hombros, sus dedos cerrándose y abriéndose a sus costados.

Ella sabía de la antipatía de Clarke hacia Whitaker, la había atribuido a celos profesionales —después de todo, el ascenso de Whitaker a través del mundo académico había sido nada menos que meteórico. Pero habiéndolos visto juntos, observando a Whitaker empuñar el apodo de Clarke como un arma perfectamente afilada, entendió que su resentimiento corría mucho más profundo que una simple rivalidad académica.

¿Y qué hay de Helen?

¿Quién era, y cuál era su conexión con Clarke y Whitaker?



Capítulo Seis

LA PÁLIDA LUZ MATUTINA se filtraba a través de las cortinas de muselina que colgaban en la ventana del dormitorio, agitándose con la corriente que se colaba por las rendijas del marco.

Al otro lado de la habitación, Cybil dormía profundamente en su cama, con su vestido de carbón del día anterior irremediablemente arrugado. Recortes de prensa salpicaban su colcha, varios habían caído al suelo durante la noche. Su cuaderno yacía abierto a su lado, con páginas densamente cubiertas con su distintiva taquigrafía. Cualquiera que fuese la historia en la que había estado trabajando la había mantenido garabateando con su lápiz mucho después de que Elizabeth se hubiera rendido al sueño.

Más allá de la ventana, el cielo despejado se extendía sobre la Isla Ingleby: condiciones perfectas para la tan esperada observación del cometa del profesor Whitaker. Los pensamientos de Elizabeth se dirigieron al intercambio en el observatorio y a los rostros tensos en la cena de anoche. ¿Sería posible que el Cometa Aletheia, un fenómeno que ocurre una vez cada medio siglo, pudiera hacer que sus compañeros de hospedaje dejaran de lado sus rencillas personales por una noche?

Elizabeth había estado tan ansiosa por asistir a la exclusiva reunión de la Isla Ingleby que había superado las ofertas de otros tres en la subasta de Lady Middleton. Ahora, rodeada de rivalidades

que llevaban mucho tiempo gestándose y rencores amargos, cuestionaba la sabiduría de sus acciones. El espectáculo del Cometa Aletheia empezaba a parecer un pobre intercambio por tener que soportar tal discordia.

Elizabeth se deslizó de debajo de las mantas, permaneciendo el antiguo armazón de la cama misericordiosamente silencioso. Cruzando hacia el lavabo, presionó un paño húmedo contra su cara, lavando cualquier resto de sueño mientras Cybil continuaba durmiendo sin ser perturbada.

Del armario, seleccionó un vestido color melocotón de cintura baja antes de colocarse detrás del biombo de caoba. El crepé de China caía en pliegues precisos hasta media pantorrilla mientras ella abrochaba los botones asimétricos de su cadera. Con un último tirón a sus mangas de tres cuartos, salió de detrás del biombo.

En el tocador, Elizabeth se aplicó colorete en los pómulos y pasó un tono rosa suave por sus labios. Unas pocas pasadas rápidas con su cepillo de respaldo plateado domaron sus oscuros mechones en su lugar.

Cybil se movió en sueños, su cuaderno deslizándose de la cama al suelo. Se despertó de golpe, con su pelo castaño miel cayendo sobre su rostro.

—¿Qué hora es? —Sus dedos apartaron los mechones rebeldes mientras entrecerraba los ojos contra la luz matinal.

—Buenos días, bella durmiente, son las ocho y cuarto —dijo Elizabeth observando el reflejo de Cybil en el espejo del tocador.

Los ojos de Cybil se abrieron de par en par.

—¡Cielos! ¿Ya es esa hora? —Se frotó el kohl manchado bajo sus ojos, sólo consiguiendo empeorar las oscuras marcas.

—¿A qué hora te acostaste finalmente?

—Debió de ser pasadas las dos —Cybil presionó las yemas de sus dedos contra sus sienes—. No lo recuerdo realmente... cuando me enfrasqué en algo, parece que pierdo la noción del tiempo.

—No me había dado cuenta de que estuvieras tan interesada en el cometa. A estas alturas, debes saber más sobre él que el profesor Whitaker, dada toda tu investigación.

Las manos de Cybil se quedaron quietas por una fracción de segundo.

—Nada particularmente esclarecedor, me temo —Bajó la mirada, jugueteando con la esquina de la colcha—. Quería preguntarte sobre tu visita al observatorio con el señor Clarke ayer, pero entre ayudar a Lady Edith con los preparativos de la cena y una cosa y otra, apenas pudimos cruzar dos palabras.

Elizabeth le contó a Cybil sobre el trato de Whitaker hacia Clarke y cómo lo había menospreciado en cada oportunidad.

—Difícilmente sorprendente por lo que he oído sobre él —Cybil balanceó sus piernas sobre el borde de la cama—. Se comporta como un encantador profesor cuando necesita algo, y luego se vuelve absolutamente despiadado una vez que lo tiene. Pregúntale a cualquier mujer de la sociedad londinense... todas tienen una historia que contar —Se inclinó para recoger sus papeles dispersos del suelo.

Elizabeth se arrodilló para ayudar. Titulares sobre el banco de Ingleby llamaron su atención: artículo tras artículo detallando el robo de Barrington y su posterior huida a Sudamérica. En una fotografía, una figura menuda con una pulcra raya al lado miraba desde detrás de su escritorio, la viva imagen de un hombre discreto. Un recorte más reciente mostraba a acreedores enfadados exigiendo justicia y restitución a la señora Barrington. Sus ojos se cruzaron con los de Cybil.

Cybil arrebató los papeles de las manos de Elizabeth.

—Siempre me gusta hacer algo de investigación de fondo cuando escribo un artículo —Pero sus dedos se tensaron ligeramente sobre las páginas antes de meterlas en su estuche de cuero—. Debería ponerme en marcha... hacerme presentable antes de comenzar a trabajar.

—Te dejo entonces —dijo Elizabeth, enderezándose—. De todos modos, había planeado explorar la isla —Se dirigió hacia la puerta, su mente dando vueltas a su conversación anterior sobre la señora Barrington mientras bajaba las escaleras. Cybil parecía saber demasiado sobre las circunstancias de la mujer para alguien que

afirmaba no conocerla. ¿Exactamente qué, o quién, estaba investigando Cybil?

La primera parada de Elizabeth fue la cocina, con la esperanza de que Martha hubiese empaquetado algunos bollos con las otras provisiones. A través del pequeño panel de cristal en la puerta de la cocina, vislumbró a Edith en la mesa de trabajo. Cacerolas de cobre deslustradas colgaban de sus ganchos, y la alacena galesa mostraba la porcelana familiar. Elizabeth estaba a punto de entrar cuando notó que el profesor Whitaker se acercaba sigilosamente por detrás de Edith, bajando su cabeza hacia su hombro. Las manos de Edith se quedaron inmóviles sobre la tetera; sus labios se apretaron en una fina línea.

—Solías dar la bienvenida a mi atención, Edith —Los labios de Whitaker rozaron su oreja—. No podías tener suficiente, según recuerdo.

Edith se apartó bruscamente, su cadera golpeando la mesa de trabajo, enviando la tetera traqueteando en su bandeja. Sus ojos se dirigieron a la puerta.

—Por favor, profesor Whitaker. Alguien podría...

—Vamos —Él atrapó su muñeca cuando ella intentaba deslizarse entre él y la alacena—. No hay necesidad de tal formalidad. No entre viejos amigos.

—Nunca fuimos amigos —El acero hilvanó la voz de Edith mientras trataba de liberar su brazo.

Sus dedos se apretaron.

—No es así como lo recuerdo... esas tardes de verano pasadas...

—Eso fue un error —La mano libre de Edith agarró el borde de la mesa de trabajo—. Uno que lamento amargamente.

—Tu capitán Bennett, tan apropiado, tan correcto. ¿Qué diría si supiera la verdad sobre...

El chasquido de su palma contra su mejilla rasgó el aire.

Elizabeth saltó hacia atrás cuando la puerta de la cocina se abrió de golpe. Edith pasó apresuradamente, con su respiración llegando en rápidas, entrecortadas bocanadas.

Una vez que Edith desapareció de vista, Elizabeth volvió al panel de cristal. Dentro, Whitaker permanecía inmóvil, una mano

presionada contra su mejilla enrojecida. Por un momento, su cuidadosamente elaborada fachada se deslizó, reemplazada por una máscara de furia cruda, antes de darse la vuelta y huir por la puerta trasera.

Elizabeth se quedó mirando tras él, tratando de conciliar las implicaciones de lo que acababa de descubrir. Esta información ciertamente arrojaba nueva luz sobre el compromiso roto de Edith con el capitán Bennett. ¿Era Whitaker la razón? Cybil había mencionado la reputación del profesor de ser despiadado, particularmente cuando se trataba del sexo más débil, pero presenciar su transformación de encantador profesor a algo completamente más siniestro le provocó un escalofrío.

¿Cuántas caras llevaba este hombre?

Necesitaba aire fresco, algo de tiempo para ordenar sus pensamientos.

Afuera, vagó por los estrechos senderos que serpenteaban alrededor de la espina dorsal de la isla, con tojo salvaje y zarzas invadiendo el camino.

Se detuvo en un descanso natural entre la maleza, contemplando la vista del Paso del Diablo. El agua se extendía como cristal entre la isla y el continente, engañosamente tranquila. Pero según Ned, estas aguas podían transformarse en momentos, sus corrientes ocultas y rocas sumergidas un desafío incluso para los marineros más experimentados.

A través de un grupo de árboles retorcidos, las desgastadas paredes de madera del observatorio se elevaban contra el cielo, su cúpula de cobre apagada a verdigris por décadas de aire salado.

Un destello de movimiento llamó su atención hacia donde Clarke estaba medio oculto detrás de un matorral, su mirada fija en el edificio de arriba. Se sobresaltó ante su acercamiento.

—Lady Elizabeth —Su mano se dirigió a ajustar sus gafas—. Yo... le debo una disculpa por mi comportamiento de ayer. Mis acciones y la forma en que me marché tan abruptamente... —Se interrumpió, con el color subiendo a sus mejillas—. Whitaker parece tener una habilidad para sacar lo peor de mí. No es algo de lo que esté

orgulloso, pero cuando él está cerca... —Los dedos de Clarke se apretaron—. Me encuentro incapaz de mantener la compostura.

—El profesor Whitaker parece tener una manera de inquietar a la gente.

Un músculo trabajó en la mandíbula de Clarke.

—Está siendo diplomática, Lady Elizabeth.

—Supongo que usted y el profesor se conocían bien.

—Sí, o al menos eso pensaba yo en aquel momento. Estudiamos juntos en Cambridge. El hijo de un trabajador con beca y el popular Magnus Whitaker... una amistad tan improbable —La mandíbula de Clarke se tensó—. Yo pasaba mis noches enterrado en teorías matemáticas mientras él asistía a fiestas. Fui lo suficientemente tonto como para creer que valoraba mi compañía hasta que descubrí que meramente quería acceder a mi trabajo.

—Se aprovechó de su confianza.

Clarke asintió tensamente.

—La gota que colmó el vaso fue cuando copió uno de mis ensayos —palabra por palabra en algunos pasajes— y lo presentó como trabajo propio. Cuando lo denuncié, lo negó todo —Los dedos de Clarke se curvaron en sus palmas—. Era mi palabra contra la suya. ¿El encantador Magnus Whitaker o el chico becado? Puede adivinar qué versión creyeron. Mientras él construía su reputación, yo pasé años tratando de quitarme de encima los rumores de ser un tramposo. Cada vez que solicitaba un puesto, de alguna manera esos rumores salían a la superficie. Y ahora aquí está, a punto de afirmar que ha predicho el regreso de Aletheia —La voz de Clarke bajó—. Me había estado preguntando cuánto de ello era realmente su trabajo... hasta ayer.

—Cuando vio a la señorita Rice.

—En el clavo, Lady Elizabeth —Asintió brevemente—. Helen trabajó junto a mí en el Observatorio Real. Su precisión matemática era excepcional. Pero los académicos... —Se interrumpió, ajustando sus gafas—. Los académicos superiores consideraron que una mujer no podía comprender posiblemente la teoría astronómica avanzada. Así que, cuando el profesor Lambert reclamó su investigación sobre composición estelar como trabajo propio, ella no vino al día

siguiente. Fui a su alojamiento, pero se había ido sin dejar una dirección y no la he visto desde entonces... hasta ayer.

—Y ahora Whitaker...

—¿Ha encontrado el trabajo de otra persona para explotar? —La amargura en la voz de Clarke revelaba sus años de frustración reprimida.

—¿Lo denunciará?

—¿Y quién me creería? Sería Cambridge de nuevo: mi palabra contra la suya.

—Seguramente, la señorita Rice corroboraría su historia.

—No entiende cómo opera Whitaker. A estas alturas la habrá convencido de que su contribución fue insignificante. Que el verdadero avance fue suyo.

La imagen de Edith atrapada contra el mostrador de la cocina destelló en la mente de Elizabeth: la postura depredadora de Whitaker, la forma en que sus dedos se habían clavado en su muñeca, el terror en sus ojos antes de que la furia lo superara. Las palabras de Cybil adquirieron un nuevo significado: *Pregúntale a cualquier mujer de la sociedad londinense, todas tienen una historia que contar.*

—¿Qué piensa hacer?

—Necesito ver los cálculos originales, no cualquier versión higienizada que presentará a la Real Sociedad Astronómica —Su mirada de ojos entrecerrados se fijó en el observatorio—. Reconocería la metodología de Helen al instante. Con esa evidencia, podría exponer a Whitaker y asegurar que Helen reciba el reconocimiento que merece.

—Quizás podría ser de ayuda.

—Gracias, Lady Elizabeth, pero no, no puedo arriesgarme a involucrarla —La expresión de Clarke cambió, formándose un cálculo detrás de sus ojos.

—Como desee. ¿Se unirá a nosotros para la cena esta noche?

—¿Qué? Oh. Sí —Clarke parpadeó, como si se arrancara de un pensamiento profundo—. Y mis disculpas por mi ausencia anoche. Ver a Helen de nuevo después de ese encuentro con Whitaker... Estoy seguro de que lo entiende.

—Por supuesto.

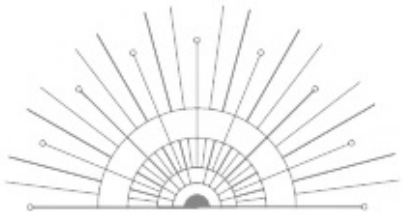
—Bueno, si me disculpa —Inclinó la cabeza y tomó el camino hacia la costa.

Observó su figura alejándose hasta que desapareció de vista. Con suerte, la cena de esta noche resultaría más animada que la reunión de anoche, que tuvo toda la alegría de un velatorio victoriano.

Elizabeth tomó el sendero del acantilado a través de los árboles, su mente dando vueltas a las revelaciones de la mañana.

Entre la investigación de Cybil, la confrontación de Edith en la cocina, las revelaciones de Clarke y la oportuna aparición de Helen, sentía que la noche que se avecinaba remodelaría más que solo la historia astronómica.

Después de todo, algunas estrellas brillan con más intensidad justo antes de caer.



Capítulo Siete

LA OSCURIDAD PRESIONABA CONTRA la ventana del dormitorio, interrumpida solo por una fina rendija de luna. Condiciones perfectas para observar el cometa Aletheia.

Elizabeth se deslizó en su abrigo Liberty, sus dedos moviéndose rápidamente sobre los botones plateados.

—¿Te fijaste en Lady Edith durante la cena? —Cybil encontró la mirada de Elizabeth en el reflejo del cristal—. Apenas come lo suficiente para mantener vivo a un gorrión, solo empuja la comida por el plato. La forma en que su hermano y el capitán Bennett la observan... he visto guardias de prisión menos vigilantes. —Metió su cámara Kodak Vest Pocket en su funda de cuero junto a su cuaderno.

Elizabeth recordó a Edith en la cena, sus dedos desmenuzando el pan en trozos cada vez más pequeños. —Parecía particularmente tensa esta noche.

—¿Más de lo habitual, quieres decir? —Cybil comprobó que sus lápices estuvieran seguros en su bolsillo—. ¿La forma en que se sobresaltaba cada vez que alguien mencionaba a Whitaker o al cometa?

Los pensamientos de Elizabeth regresaron a la cocina aquella mañana: Whitaker acorralando a Edith, su agarre feroz alrededor de su muñeca mientras ella intentaba liberarse.

Cybil había demostrado su discreción cuando el conde de Wexford fue arrestado en Francia, eligiendo enterrar la historia hasta que Elizabeth había limpiado el nombre de su primo. —Hay algo que deberías saber... pero necesito tu palabra de que quedará entre nosotras.

—Por supuesto, tienes mi palabra.

Elizabeth compartió lo que había visto y oído esa mañana en la cocina.

—Dios mío. No es de extrañar que Lady Edith hiciera trizas ese pan durante la cena.

—Lo que me desconcierta es por qué se sometería a la presencia de Whitaker viniendo a la isla Ingleby. ¿Seguramente ni siquiera el cometa Aletheia vale semejante tormento?

—A menos que... —Cybil hizo una pausa—. ¿A menos que viniera a la isla esperando pasar tiempo con Bennett?

—Eso se me pasó por la cabeza, pero ha hecho todo lo posible por evitarlo.

—Cierto, quizás Lady Edith encuentre alguna razón para no acompañarnos esta noche. —Cybil miró su reloj de pulsera con el ceño fruncido—. Hablando de eso, tenemos que irnos. El señor Clarke ha insistido bastante en salir a las nueve en punto.

Elizabeth alcanzó el pomo de la puerta. —Entonces no debemos hacerle esperar.

Cybil cogió sus guantes antes de salir, la puerta del dormitorio cerrándose tras ellas con un clic. Cruzaron el pasillo de arriba, deteniéndose cuando la voz de Edith se filtró a través de su puerta entreabierta. —No puedo enfrentarme a él, Thomas. Por favor.

—¿Dejarías que Whitaker creyera que ha ganado? —Las palabras susurradas de Lord Ingleby llevaban el mordisco del mando.

—Deja que crea lo que quiera. No soy fuerte como tú. —La voz de Edith tembló en silencio antes de continuar—. Ojalá me hubiera quedado en Ingleby Rock...

Las botas de Ingleby golpearon contra el suelo de madera mientras caminaba. —¿Y arriesgarte a que descubra la verdad?

—Lady Elizabeth, señorita Hughes. ¿Confío en que ambas están tan emocionadas como yo por el espectáculo?

La puerta del dormitorio de Edith se cerró de golpe.

Elizabeth y Cybil intercambiaron miradas antes de darse la vuelta. Clarke estaba detrás de ellas, balanceándose sobre las puntas de sus pies.

—En efecto, señor Clarke. —Cybil ajustó la correa de su estuche de cámara—. Aunque sospecho que las matemáticas más que la majestuosidad atraen su interés.

—Los cálculos matemáticos por sí solos son fascinantes. —La voz de Clarke se aceleró, su mano flotando en el aire como trazando trayectorias invisibles—. La mecánica orbital necesaria para predecir...

—Me temo que las complejidades de las matemáticas celestes están más allá de mi comprensión, señor Clarke. —Cybil se volvió hacia las escaleras—. ¿Bajamos? No querríamos hacer esperar al Profesor, ¿verdad?

—Dios no permita que hagamos esperar al gran Profesor Whitaker. —Las palabras se escaparon entre dientes apretados.

Cybil frunció el ceño. —¿Disculpe, dijo algo?

—No, no. —Clarke se aclaró la garganta—. Solo estaba de acuerdo contigo.

Los tres se dirigieron abajo, su conversación apagándose mientras entraban en la sala de estar. Bennett se puso de pie de un salto, su mirada ansiosa revelando sus esperanzas antes de que un destello de decepción cruzara sus facciones. —Yo, eh... estaba empezando a pensar que todos me habíais abandonado y os habíais adelantado.

—¿Y hacer que se pierda una oportunidad tan rara? Por supuesto que no, Capitán. —Clarke dio un paso adelante, la rígida postura de sus hombros suavizándose mientras señalaba hacia la extensión negra más allá de la ventana—. Los antiguos griegos documentaron la trayectoria de este cometa con una precisión tan notable que esta noche promete ser extraordinaria.

—Vamos, señor Clarke. —Los ojos de Bennett se arrugaron en las comisuras mientras observaba al académico—. Seguramente esta noche se trata del espectáculo más que de la ciencia.

—Cierto. —Clarke tiró de su cuello, con un toque de color rosado subiendo por su nuca—. Mis disculpas... a veces me dejo llevar un

poco.

—No hay necesidad de disculparse —le aseguró Bennett—. Su entusiasmo es bastante contagioso.

La puerta de la sala de estar se abrió más. Lord Ingleby pasó junto a ellos hacia el gabinete de bebidas. El líquido ámbar salpicó en su vaso, y se lo bebió de un trago antes de volverse para mirarlos.

—¿Nos vamos? —Volvió sobre sus pasos mientras marchaba hacia fuera.

—¿Se unirá Lady Edith a nosotros? —Bennett cambió su peso, su mirada dirigiéndose a la escalera.

La cabeza de Ingleby se giró hacia Bennett, la sospecha oscureciendo sus facciones. —Por supuesto, ¿por qué no lo haría? —Las palabras salieron afiladas y rápidas antes de que su expresión se derritiera en una sonrisa quebradiza—. Pero ya sabes cómo son las mujeres, preocupándose por las cosas más insignificantes.

—Qué afortunadas somos de tener cintas y fiestas de té para dar propósito a nuestros días. —El tono de Cybil goteaba miel, pero su sonrisa contenía todo el calor de una helada de enero.

Elizabeth se encontró con la mirada de Cybil, el arco de su ceja reconociendo la perspicacia de Cybil.

Los ojos de Ingleby se estrecharon cuando la pulla de Cybil dio en el blanco. Sacó su reloj de bolsillo. —¡Edith! —Su voz retumbó escaleras arriba—. Todos estamos esperando.

Edith bajó la escalera con un vestido azul medianoche, su exquisita tela en desacuerdo con su corte anticuado.

El duro resplandor de las luces eléctricas reveló lo que la luz de las velas podría haber suavizado: las oscuras sombras bajo sus ojos, la tensión en su pálido rostro.

Elizabeth observó cómo los ojos de Bennett seguían cada movimiento de Edith, captando el destello de preocupación bajo su contención. Cuando ella pasó sin reconocerlo, el músculo de su mejilla se contrajo, una pequeña traición de todo lo que intentaba ocultar.

Los dedos de Edith encontraron el medallón plateado en su garganta mientras se unía a ellos en el vestíbulo, sus grandes ojos

oscuros evitando la impaciente mirada de su hermano.

—Necesitaremos recoger los faroles de la cocina —dijo Ingleby, liderando el camino. Le pasó uno a Bennett—. Vigilarás a las damas. —El segundo fue para Clarke—. Tú cerrarás la marcha. —Guardó el tercero para sí mismo—. Quizás una de las damas podría manejar la linterna.

—Yo la llevaré. —Elizabeth dio un paso adelante.

—Quédense en el camino. —Ingleby abrió la puerta trasera de un tirón, levantando el farol restante más alto mientras se adentraba en la oscuridad—. Un paso en falso aquí podría resultar fatal.

El estrecho sendero se retorcía hacia arriba a través de manchas de tojo silvestre. El haz de la linterna de Elizabeth captó vislumbres de ramas rotas y zarzas indomables presionando desde ambos lados. El grupo avanzó entre piedras sueltas, la luz de sus faroles creando charcos de ámbar contra la tierra oscura.

El observatorio tomó forma por delante, su cúpula elevándose sobre paredes de madera recortadas contra el cielo nocturno.

Dentro, Whitaker levantó la vista desde el telescopio cuando Ingleby entró. —Por fin, nuestro público ha llegado.

—Ahórranos la teatralidad, Whitaker. —Ingleby extinguió su farol y lo colocó junto a los otros cerca de la entrada.

—Tan agradable como siempre, ya veo, Ingleby. —Whitaker abandonó el telescopio, moviéndose entre los invitados reunidos—. Capitán Bennett, qué bueno que se una a nosotros tan pronto después de su regreso. —Se detuvo ante Edith, las comisuras de su boca torciéndose hacia arriba—. Lady Edith. Sabía que no podría mantenerse alejada.

La barbilla de Edith se elevó. —Por supuesto que no. Solo un tonto se perdería tal rareza.

Ingleby se posicionó entre ellos, cada línea de su cuerpo rígida.

—Señorita Hughes. —Whitaker se volvió hacia Cybil mientras ella sacaba su cámara de su estuche de cuero—. Confío en que su artículo hará justicia al cometa Aletheia. Después de todo, le prometí a Astor una historia digna de primera plana si enviaba a su mejor hombre.

Las manos de Cybil se detuvieron sobre su cámara. —Qué afortunado que tanto Aletheia como yo tengamos hombres tan estimados para cantar nuestras alabanzas.

—Vamos, señorita Hughes. ¿Seguramente aprecia el cumplido?

—Oh, lo aprecio. Casi tanto como usted aprecia que una mujer haga el trabajo de un hombre.

Un destello de incertidumbre ondulaba a través de las facciones de Whitaker. —Eh... exactamente.

Ingleby sacó su reloj de bolsillo del chaleco. —Las nueve y veinte. —Su mirada se deslizó hacia Whitaker mientras cerraba la caja de golpe—. ¿Podemos esperar que este cometa tuyo sea puntual?

—Mis cálculos son meticulosos. —Whitaker se irguió en toda su estatura—. A las diez en punto exactamente, Aletheia aparecerá...

—Veintitrés grados sobre el horizonte.

La mirada de Whitaker se dirigió hacia Helen, sus labios comprimiéndose en una línea exangüe.

—¿Cuáles son los arreglos para la observación, Profesor? —preguntó Cybil, puliendo la lente de su cámara con un paño de seda —. Supongo que no espera que todos compartamos el único telescopio.

—Tendréis una vista perfecta desde la plataforma de observación. —Whitaker se volvió hacia las estrechas escaleras—. Yo, o más bien Lord Ingleby, ha proporcionado generosamente prismáticos para todos. —Lanzó una mirada de autosatisfacción a Ingleby—. Mientras tanto, el telescopio me permitirá capturar una fotografía de larga exposición; la placa revelará detalles más allá de la vista normal.

—¿Le importaría si tomo un par de fotografías? —Cybil levantó su cámara—. ¿Quizás una de usted y la señorita Rice con el telescopio, Profesor? A los lectores de *The Times* les interesaría el equipo detrás de estos cálculos.

—Oh, no. —Helen sacudió la cabeza—. Este es el momento del profesor Whitaker. El mérito es enteramente suyo.

El comportamiento de Whitaker cambió instantáneamente. Se posicionó junto al telescopio, una mano descansando sobre su carcasa de latón. La persona del académico encantador se deslizó sin esfuerzo en su lugar; su sonrisa practicada y postura confiada

hablaban de innumerables fotografías similares: el distinguido astrónomo con su preciado instrumento.

Por el rabillo del ojo, Elizabeth vio cómo los labios de Clarke se apretaban en una fina línea exangüe mientras observaba a su antiguo amigo universitario actuar para la cámara. La misma actuación, se dio cuenta, que había convencido a los catedráticos de Cambridge de desestimar las acusaciones de un estudiante becado todos esos años atrás.

—Perfecto, Profesor. —Cybil tomó la fotografía—. Esto complementará el artículo maravillosamente.

Ingleby extrajo una petaca plateada de su abrigo. —¿Cuánto durará este espectáculo tuyo? —Dio un largo trago, limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—Aproximadamente siete minutos —respondió Helen antes de que Whitaker pudiera hablar—. Según los cálculos.

—Damas y caballeros, aquellos que deseen presenciar el fenómeno de primera mano, les sugiero que tomen sus lugares en la plataforma de observación. —Whitaker señaló una fila de prismáticos sobre el escritorio—. No olviden sus prismáticos.

Edith, Bennett y Cybil recogieron sus prismáticos antes de dirigirse a la plataforma de observación.

—Tengan cuidado con la barandilla —les gritó Helen—. La madera se ha podrido y no querríamos accidentes.

Whitaker se volvió hacia Elizabeth. —¿Quizás le gustaría presenciar la llegada de Aletheia a través del telescopio principal? La vista será bastante extraordinaria.

—En realidad, Whitaker. —Clarke dio un paso adelante—. Como representante del profesor Chambers, yo debería...

—Todo a su debido tiempo, Clarkie. —Whitaker le dio la espalda.

—Eso es muy amable, Profesor, pero el señor Clarke debería tener precedencia. Como representante de la Sociedad Astronómica Real, su evaluación experta tiene prioridad sobre mi curiosidad amateur.

Ingleby sacó su reloj de bolsillo. —Las diez y diez. Tu *maravilla celestial* parece estar un poco retrasada, Whitaker.

—¿Debes marcar cada minuto que pasa, Ingleby? —Los dedos de Whitaker trabajaban el dial de latón del telescopio, cada ajuste

preciso y deliberado. Su mirada se deslizó del instrumento a Elizabeth, aunque sus palabras llegaron a cada rincón del observatorio—. Ya que Aletheia aparece fashionablemente tarde, quizás a Lady Elizabeth le gustaría escuchar sobre la historia más colorida de la isla y los túneles de contrabandistas mientras esperamos.

La petaca de Ingleby se detuvo en el aire.

—¿Túneles de contrabandistas? —La mirada de Elizabeth saltó entre los dos hombres.

—En efecto, justo bajo nuestros pies. —Los ojos de Whitaker nunca dejaron a Ingleby—. Me atrevo a decir que te sorprendería lo que arrastra la marea en estos viejos túneles. ¿No estarías de acuerdo, Ingleby?

—Contrabandistas y túneles secretos... qué fascinante. Todo lo que necesitamos ahora es un pirata con una sola pierna y un loro chillando *piezas de ocho*.

—El profesor Whitaker tiene bastante imaginación. Los túneles fueron sellados hace años, y por una buena razón. Las mareas y el riesgo de derrumbe los hacen bastante traicioneros. —Ingleby sacó su reloj de bolsillo—. Quizás la atención del profesor estaría mejor empleada en el elusivo cometa que en fábulas infantiles.

—Estaría encantado de examinar esos cálculos. —Clarke se dirigió hacia el escritorio de Helen—. Una perspectiva fresca podría arrojar algo de luz sobre...

—Soy perfectamente capaz de revisarlos yo mismo. —Whitaker se interpuso entre Clarke y el escritorio, extendiendo sus brazos ampliamente sobre los papeles en los que Helen estaba trabajando —. ¿Has comprobado las lecturas atmosféricas?

—Las he comprobado tres veces ya. —La respuesta de Helen llevaba un mordisco poco familiar.

—Compruébalas de nuevo.

El reloj del observatorio marcó menos cuarto, luego las once. Whitaker agarró cada hoja de cálculos del escritorio de Helen, sus demandas disolviéndose en agudas acusaciones mientras las cifras permanecían sin cambios. Desde su posición junto a la ventana, Clarke trabajaba en sus propios cálculos, su atención alternando

entre su cuaderno y el acalorado intercambio en el escritorio de Helen.

—Whitaker, si me permites verificar... —Clarke se apartó del alféizar de la ventana.

—Los cálculos son correctos. —Whitaker se enderezó—. Aletheia podría llegar tarde, pero aparecerá. Me juego mi reputación en ello.

Ingleby sacó su petaca plateada, tomando un sorbo sin prisa. —Dime, Profesor, ¿tiene mucho valor la reputación de uno cuando se apuesta a un cometa invisible?

La puerta se abrió, trayendo una ráfaga de aire fresco mientras el capitán Bennett, Cybil y Lady Edith descendían de la plataforma de observación. Edith se acurrucaba en el abrigo demasiado grande de Bennett, sus mejillas sonrojadas por el aire nocturno.

—Pensé que Aletheia debía tomar el centro del escenario a las diez en punto. —Cybil consultó su reloj de pulsera—. Sin embargo, aquí estamos, más de una hora después, sin nada más que cielos vacíos y dedos entumecidos para mostrarlo.

La pluma de Clarke raspaba a través de las páginas de su diario, sus labios apretados en una fina línea de satisfacción.

—Supongo que estás contento ahora, Clarke. Has estado esperando años para una oportunidad de desacreditarme.

Clarke inclinó su diario lejos de miradas indiscretas. —En absoluto. Simplemente documentando las... observaciones de esta noche. —Levantó la barbilla—. Pero quizás si pudiera inspeccionar tus cálculos.

—¿Todavía tratando de demostrar que estoy equivocado después de todos estos años, Clarkie? —La atención de Whitaker se dirigió hacia Helen—. ¿Dónde están esas traducciones que yo... que descubrí? ¿Las que probaban el ciclo de Aletheia?

Los hombros de Helen se elevaron ligeramente, su ceño fruncido. —Yo... no sé a qué se refiere. Todos los documentos están aquí.

—No están. —Los papeles se dispersaron por el escritorio mientras hurgaba en cada pila—. Debes haberlos movido.

Whitaker abrió de golpe los cajones del escritorio, papeles derramándose por el suelo. —Estaban aquí. Las traducciones griegas, las cartas astronómicas. —Sus manos temblaban mientras

hurgaba entre los papeles de Helen—. Los que estabas usando para trazar el curso de Aletheia. —Agarró su muñeca—. ¡Díselo!

Helen arrancó su muñeca de su agarre y tropezó hacia atrás. Bennett se interpuso entre ellos. —Tranquilícese, Whitaker.

Whitaker se volvió hacia Clarke, su compostura haciéndose añicos. —Estás disfrutando esto, ¿no?... mi humillación. —Una risa salvaje brotó de él—. ¿Están tú y Helen compinchados en esto? ¿Vuestra venganza por todos esos años de mediocridad y ser pasados por alto?

—Más bien creo que has orquestado tu propia caída, Whitaker. —Ingleby bajó su petaca plateada.

El labio de Whitaker se curvó. —Tú sabrías todo sobre eso, ¿no? —Su mirada se encontró con la de Ingleby, un desafío silencioso pasando entre ellos—. ¿Cómo está disfrutando Barrington de Sudamérica?

—Creo que deberíamos concluir el entretenimiento de esta noche. —La mirada de Bennett se movió de persona a persona, buscando acuerdo—. Darle al profesor Whitaker algo de soledad para revisar sus cálculos.

—¿Revisar? —Sus dedos se clavaron en su pelo—. Mis cálculos son impecables. —Whitaker giró sobre sus talones, empujando a Clarke fuera de su camino mientras marchaba hacia la puerta. La abrió de un tirón y salió furioso, el portazo resonando desde los cimientos hasta la cúpula.

—Estaba tan seguro. —Las palabras de Helen se entrecortaron—. Estaba convencido de que los cálculos demostraban...

—Los cálculos no demostraban nada. —La boca de Ingleby se torció en una sonrisa burlona—. El hombre no es más que un charlatán, y ahora ha quedado expuesto para que todos lo vean. Toda esta farsa ha sido un desperdicio monumental del tiempo de todos.

—Señorita Rice. —Edith se ajustó el abrigo de Bennett más cerca de sus hombros mientras daba un paso adelante—. Insisto en que vuelva con nosotros a la casa. Está de un humor tan terrible...

—No estamos dirigiendo una pensión, Edith.

—Gracias, Lady Edith. —La barbilla de Helen se inclinó hacia su pecho—. Pero no quiero imponer.

—No lo hará. —Edith mantuvo la mirada de su hermano sin pestañear—. Puede traer sus papeles si lo desea. Estoy segura de que el señor Clarke estaría más que dispuesto a ayudar.

Clarke se hundió de rodillas, recogiendo los papeles caídos. —En efecto. Estaría encantado de revisar los cálculos contigo. Quizás juntos podríamos descubrir dónde está el error.

—Gracias. —La rígida línea de los hombros de Helen se alivió—. Es muy generoso, pero los papeles deben permanecer aquí. Si el profesor regresa y descubre que faltan... —Su mirada se dirigió a la puerta.

—Señorita Rice. —Edith se volvió hacia Helen—. ¿Por qué no recoge lo que necesita? La esperaremos.

Ingleby agarró un farol. —Un completo desperdicio de tiempo. —La cerilla raspó contra el encendedor, la llama estallando. Sin mirar atrás, se adentró en la oscuridad más allá de la puerta del observatorio.

Edith hizo ademán de deslizar el abrigo de sus hombros. —Su abrigo... debe tener frío.

—No, quédeselo. —Su mirada sostuvo la de ella—. Insisto.

Una sombra pasó por el rostro de Edith, su sonrisa desvaneciéndose mientras se alejaba.

Whirr-click. Cybil bajó su cámara, su expresión sin disculpas. —Para el artículo: *The Times* todavía necesita fotografías, incluso si el cometa no apareció.

Elizabeth deambuló por el observatorio, estudiando las cartas de constelaciones que alineaban las paredes, sus bordes curvados y oscurecidos por la edad. El movimiento más allá de la puerta entreabierta donde Helen había desaparecido llamó su atención. Una corbata de seda roja colgada sobre una silla de madera, idéntica a la que Whitaker había llevado esa tarde. Un solo zapato abandonado en medio de la habitación, una cama doble con sábanas arrugadas...

Saltó hacia atrás cuando Helen emergió de la habitación; la puerta cerrándose de golpe tras ella mientras apoyaba su espalda contra

ella. —Lady Elizabeth. —Su voz se encogió—. No me di cuenta de que estaba ahí.

—Perdóneme. No pretendía sobresaltarla. —Elizabeth inclinó la cabeza, su mirada recorriendo las cartas de constelaciones—. Solo estaba admirando estos mapas, el detalle es bastante extraordinario.

—Estamos listos para irnos cuando usted lo esté, señorita Rice. —La voz de Edith llegó a través del observatorio.

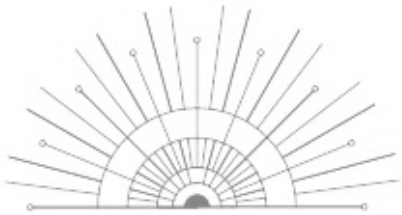
—Sí... por supuesto —respondió Helen.

Elizabeth se unió a Cybil mientras se preparaban para salir, mientras Bennett y Clarke encendían los faroles restantes.

Cybil aseguró su cámara en su estuche. —Toda una actuación, ¿no crees? Aunque sospecho que nuestro protagonista perdió mucho más que su cometa esta noche.

Elizabeth abrochó el último botón de su abrigo. —En efecto, bastante como apostar todo a una mano de cartas que no te han repartido.

La cuestión de la inquebrantable confianza de Whitaker molestaba a Elizabeth. Ningún astrónomo arriesgaría tal humillación pública —la Real Sociedad Astronómica, sus colegas, la prensa, todo el país observando— a menos que una certeza absoluta lo impulsara. Sin embargo, la negación de Helen sobre las antiguas traducciones tocó una nota discordante. Si estos textos contenían la clave para la llegada de Aletheia, ¿por qué afirmaría que nunca existieron? Y ese vistazo a través de la puerta —la corbata de seda roja, la cama arrugada— sugería que la relación de Helen Rice con el profesor se extendía mucho más allá de la colaboración académica.



Capítulo Ocho

ELIZABETH MIRÓ DE REOJO a Cybil, todavía acurrucada bajo las mantas, con su cabello castaño miel esparcido sobre la almohada. Había estado escribiendo hasta bien entrada la noche, capturando cada detalle del drama en el observatorio —la certeza de Whitaker desmoronándose cuando Aletheia no apareció.

Un grito resonó en la distancia. Elizabeth se quedó inmóvil, aguzando el oído. ¿Era humano o simplemente las gaviotas? El incesante zumbido del viento y las olas hacía imposible estar segura. Un segundo grito sonó, ahora más cerca —inconfundiblemente humano.

Balanceó las piernas por el borde de la cama, agarrando su bata del gancho de latón. El grito se repitió, crudo y desesperado.

Cybil se incorporó de golpe, con las mantas acumuladas alrededor de su cintura. —¿Has oído eso?

—Sí —Elizabeth se ciñó bien la bata.

Cybil apartó las sábanas y se deslizó fuera de la cama. Cogió su bata azul marino del poste de la cama, echándosela por encima mientras corrían hacia el rellano.

Bennett abrió su puerta de un tirón y se precipitó al pasillo, con el cuello torcido y el pelo desaliñado. Clarke tropezó tras él, con los dedos luchando por colocarse las gafas.

Lord Ingleby salió tambaleándose de su habitación, apoyándose contra la pared. Su traje arrugado le colgaba suelto, con el olor rancio a whisky adhiriéndose a él mientras parpadeaba con ojos inyectados en sangre.

Edith apareció en su puerta, ciñéndose con fuerza su bata de seda. Su mirada recorrió al grupo reunido. —¿Qué demonios...? —Miró por encima de su hombro hacia su habitación—. La cama de la señorita Rice está vacía.

—Todos permanezcan en sus habitaciones —la mirada de Bennett se desvió entre la ropa arrugada de Ingleby y sus ojos enrojecidos antes de apartarse—. Clarke, venga conmigo.

Elizabeth y Cybil les siguieron, haciendo caso omiso a las instrucciones de Bennett.

Apenas habían llegado a lo alto de las escaleras cuando la puerta principal se abrió de par en par. Helen Rice entró tambaleándose en el vestíbulo, con el rostro desangrado y los ojos desorbitados y desenfocados.

—Es Magnus —cada palabra salía entre respiraciones agudas y superficiales—. Lo encontré... había hecho algo terrible... creo... —tragó con dificultad—. Creo que se ha suicidado.

Edith pasó junto a ellos y bajó rápidamente las escaleras, acogiendo a Helen mientras la guiaba hacia la sala de estar. Elizabeth contempló este nuevo aspecto de Edith emerger —esta no era la misma mujer que normalmente bordeaba los límites de cada habitación.

—Thomas —su voz no contenía la incertidumbre habitual—. Un coñac, por favor.

La mirada de Ingleby se clavó en Edith, su boca una línea rígida. Un destello de irritación cruzó su rostro mientras se giraba hacia el mueble bar, abriendo la puerta con la fuerza suficiente para hacer tintinear las licorera.

Helen se hundió en el sofá, con los hombros encorvados. Edith se sentó a su lado, con la mano sobre el hombro de Helen. —Tómate todo el tiempo que necesites. Y cuando estés lista, cuéntanos qué ha pasado.

Ingleby empujó el vaso hacia Edith, cuyos labios se tensaron cuando el líquido ámbar se derramó por el borde. Ella se apartó, poniendo el vaso en las manos de Helen.

Helen levantó el vaso, dudando antes de tomar un pequeño sorbo. Sus ojos permanecieron fijos en el suelo mientras tragaba con dificultad contra la quemazón.

—Fui al observatorio —las palabras se atoraron en su garganta. Tomó otro sorbo de coñac, más grande esta vez—. Quería comprobar que estaba bien, después de cómo se... —el líquido ámbar ondulaba en el vaso—. La puerta de la plataforma de observación estaba abierta. Llamé, pero no hubo... —su respiración se entrecortó—. No hubo respuesta.

Edith sujetó las manos de Helen con las suyas.

—Cuando llegué a la plataforma de observación —Helen tomó aire mientras miraba fijamente el coñac—. Allí estaba... sobre las rocas debajo.

Los pensamientos de Elizabeth regresaron al observatorio, a Whitaker hurgando en los cajones, esparciendo papeles a su paso mientras su control se hacía añicos. Sus acusaciones sobre traducciones extraviadas y rivalidad profesional aún resonaban en sus oídos. ¿Realmente la pérdida de su reputación y la no aparición del Cometa Aletheia habían sido suficientes para llevarlo a un acto tan final y desesperado?

—Sugiero que nos dirijamos al observatorio y veamos la escena por nosotros mismos —Bennett se volvió de Helen hacia donde Ingleby estaba junto a la ventana, con la palma presionada contra el alféizar mientras observaba el Paso del Diablo agitándose abajo.

Clarke sacudió la cabeza, sus dedos clavándose en los brazos del sillón. —Me temo que no tengo estómago para tales cosas.

La mirada interrogante de Cybil encontró el asentimiento de Elizabeth. —Te acompañaremos.

Bennett se tensó. —Esto no es un espectáculo para señoras.

—Elizabeth tiene bastante reputación como detective, ¿sabes? Y yo trabajé como enfermera durante la guerra.

—Aun así, señorita Hughes, la visión de un cadáver no es algo...

—Le aseguro, capitán, que la muerte no tiene misterios para mí —Elizabeth mantuvo su mirada.

La atención de Bennett se desplazó entre Elizabeth y Cybil, frunciendo el ceño. —Muy bien —se volvió hacia Edith—. ¿Le importaría quedarse con la señorita Rice?

—Por supuesto —la mano de Edith trazaba círculos tranquilizadores en la espalda de Helen.

—Primero, un cambio de vestimenta es necesario, y nos reuniremos abajo en, digamos, un cuarto de hora —el tono de Bennett no admitía discusión—. Hay ciertos preparativos que deben atenderse antes de que Ned...

—Ned no vendrá hoy —la voz de Ingleby llegó desde la ventana—. El Paso está demasiado agitado.

—¿Qué significa eso? —la mirada de Clarke saltó entre Bennett e Ingleby mientras tragaba con dificultad.

—Significa exactamente lo que piensas, Clarke —las palabras de Ingleby tenían un filo cortante—. Hasta que cambie el tiempo, todos tendrán que permanecer en la isla.

Helen levantó el vaso a sus labios con dedos inestables, apurando las últimas gotas. Su mirada se desvió brevemente hacia la ventana antes de fijarse firmemente en la alfombra bajo sus pies.

—Señorita Rice, Helen —Edith le quitó el vaso de los dedos con suavidad—. Déjeme ayudarla a ir a mi habitación, donde podrá descansar.

—Quienes vamos al observatorio deberíamos darnos prisa —Bennett se dirigió hacia la puerta—. Cuanto antes examinemos la escena, antes entenderemos a qué nos enfrentamos.

Edith se levantó del sofá y ofreció su mano. —Ven, vamos a acomodarte —los dedos de Helen se enroscaron alrededor de los de Edith mientras se levantaba, manteniéndose cerca de su lado al salir de la habitación.

Clarke rondaba cerca de la puerta, sus dedos retorciéndose en el borde de su bata mientras su mirada saltaba entre Lord Ingleby y el pasillo. —Yo... debería regresar a mi habitación. Tengo algo de trabajo... —se deslizó hacia el pasillo y subió apresuradamente las escaleras.

Cybil se volvió hacia Elizabeth. —Nosotras también deberíamos subir.

Al entrar en el pasillo, Elizabeth miró a su compañera. —No sabía que fuiste enfermera durante la guerra.

—No lo fui —los labios de Cybil se curvaron en una media sonrisa —. Pero era poco probable que el capitán lo permitiera sin una buena razón.

—Bien jugado —una sonrisa tiró de los labios de Elizabeth mientras se abrazaba contra el frío matutino al subir apresuradamente las escaleras.

Una vez dentro de su habitación compartida, Elizabeth seleccionó un vestido de día gris paloma antes de pasar detrás del biombo de caoba, mientras Cybil cambiaba su bata por un traje azul marino de corte impecable.

—Si me hubieras dicho la semana pasada o incluso ayer que el profesor Whitaker se quitaría la vida, jamás lo habría creído, ni en un millón de años —dijo Cybil, pasándose un cepillo por el pelo—. Pero después de aquel espectáculo en el observatorio...

—Estoy completamente de acuerdo. La manera en que se desmoronó cuando Aletheia no apareció ciertamente pone en duda su estado mental.

—Pasó meses presumiendo de sus hallazgos, haciendo grandes promesas sobre Aletheia —los dedos de Cybil abrocharon el último botón de su chaqueta—. Para un hombre que se alimentaba de reconocimiento como Whitaker, ¿quizás la muerte resultaba más atractiva que la irrelevancia?

—Un pensamiento inquietante, sin duda —Elizabeth se puso su abrigo—. Esperemos que la escena no revele nada más que un trágico accidente. ¿Lista? —puso su mano en el pomo de la puerta —. Estoy segura de que el capitán estará impaciente por marcharse.

—Como siempre —Cybil levantó su cuaderno antes de guardarlo en su bolso.

Bajando las escaleras, Elizabeth divisó al capitán Bennett paseando por el vestíbulo, su agitación visible en cada vuelta. Sus pasos se detuvieron cuando las vio.

—Quizás deberían quedarse en la casa. Lo que encontremos en el observatorio puede ser muy desagradable, y preferiría ahorrarles la angustia.

—Su preocupación le honra, capitán. Pero como señaló su hermano en el Parlamento, bajo nuestros refinamientos sociales se esconde un acero considerable —Cybil se dirigió a la puerta principal y la abrió de par en par—. ¿Vamos?

El frío matutino atravesó el abrigo de Elizabeth cuando salieron. Delante, el sendero se abría camino entre tojos salvajes y zarzas húmedas por el rocío, ascendiendo hacia el observatorio. Siguieron su empinado ascenso hasta la última curva, donde el brazo de Bennett se extendió. Debajo de la plataforma de observación, un cuerpo yacía desplomado en el suelo.

—Por favor, quédense aquí mientras yo... —la protesta de Bennett murió cuando Elizabeth y Cybil pasaron junto a él.

Incluso desde la distancia, el ángulo antinatural de sus extremidades contaba su propia historia.

Whitaker yacía desparramado sobre el terreno irregular, un brazo retorcido bajo él, el otro extendido, mientras sus ojos sin vida miraban fijamente hacia adelante.

Bennett se arrodilló y presionó sus dedos contra el cuello de Whitaker. Su mirada pasó de Elizabeth a Cybil mientras sacudía la cabeza y cerraba los ojos del difunto.

Elizabeth miró hacia arriba, a la plataforma de observación que se alzaba sobre ellos. Un hueco irregular estropeaba la barandilla de madera a unos seis metros por encima, con tablones astillados sobresaliendo hacia el vacío.

—Sus heridas ciertamente parecen consistentes con una caída desde esa altura —Bennett señaló el corte sobre la sien de Whitaker, y luego donde su cabeza había golpeado las rocas, manchando de sangre el suelo polvoriento debajo.

Elizabeth frunció el ceño ante la escasa mancha. Una caída desde tal altura sobre estas rocas irregulares seguramente habría resultado en mayor pérdida de sangre.

—Debemos plantearnos la pregunta —la mirada de Cybil recorrió desde la barandilla rota hasta el cuerpo de Whitaker—. Si esto fue

realmente un accidente, o si el profesor Whitaker...

—¿Saltó? —Bennett sacudió la cabeza—. Si esa fuera su intención, seguramente habría trepado por encima de la barandilla, no la habría atravesado directamente. La señorita Rice nos advirtió justo anoche sobre el estado podrido de la madera y lo peligroso que era. En mi opinión, la barandilla rota cuenta su propia historia: probablemente regresó al observatorio después de que todos nos fuéramos y quizás perdió el equilibrio en la oscuridad y tropezó.

Elizabeth se arrodilló junto al cuerpo, entrecerrando los ojos mientras se centraba en el corte de bordes limpios en la sien de Whitaker. Una herida peculiar para alguien que había caído en un terreno tan escarpado. —A menos que lo empujaran.

Se acercó más. —Esta herida —Elizabeth trazó el aire sobre la sien de Whitaker—. Los bordes son más limpios de lo que esperaría de un impacto contra este terreno irregular. Además, está en el lado opuesto a la herida del impacto, aquí.

—¿Podría haberse golpeado la cabeza contra algo durante la caída? —preguntó Cybil.

—Poco probable —Bennett examinó la distancia entre el cuerpo de Whitaker y el observatorio—. La plataforma de observación sobresale demasiado más allá de la estructura principal.

—¿Cuánto tiempo crees que lleva muerto? —preguntó Cybil.

Elizabeth notó la rigidez de la mandíbula de Whitaker. —Sus facciones han comenzado a endurecerse. Diría que lleva muerto al menos un par de horas.

—Mira aquí —los ojos de Cybil se fijaron en la camisa de Whitaker —. Este botón parece haber sido arrancado.

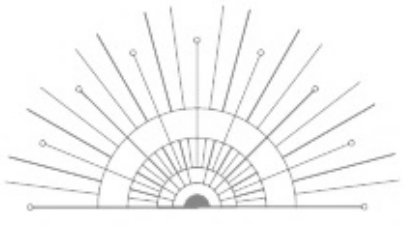
—Tienes razón —Elizabeth inclinó el cuello del profesor. Profundos moratones marcaban su garganta—. A menos que esté muy equivocada, parece que el profesor Whitaker estuvo involucrado en una alteración física antes de su caída.

Bennett se acercó, estudiando las marcas en la garganta de Whitaker. —Creo que habéis dado con algo bastante inquietante, Lady Elizabeth.

—¿Entonces estamos todos de acuerdo? —Elizabeth estudió sus rostros mientras el entendimiento se revelaba. La evidencia no

dejaba lugar a dudas—. La muerte de Whitaker no fue un accidente.

Atrapados a merced del Paso del Diablo, en algún lugar de esta isla, un asesino caminaba entre ellos.



Capítulo Nueve

ATRAPADOS POR EL PASO del Diablo, el aislamiento de la isla, hasta entonces una molestia, se había transformado en algo mucho más siniestro. Cinco desconocidos se habían convertido en cinco sospechosos, cada uno albergando sus propios motivos para desear hacerle daño al profesor.

—¿Así que esto es todo, entonces? —Elizabeth se sobresaltó al oír la voz de Ingleby—. La escena del crimen, por así decirlo.

Oscuras sombras rodeaban sus ojos enrojecidos mientras recorrían con indiferencia el cuerpo de Whitaker—. Las circunstancias hablan por sí mismas, ¿no cree, Bennett? El hombre se quitó la vida.

—Lord Ingleby, con todos mis respetos, señor, hay ciertos aspectos... —la mirada de Bennett pasó del cuerpo de Whitaker a Ingleby.

—Vamos, Bennett. El hombre se enfrentaba a la ruina completa después del fiasco de anoche. Estaba acabado, y lo sabía.

—Estas marcas alrededor del cuello del profesor Whitaker apuntan a un crimen —Cybil sostuvo la mirada de Ingleby—. Creo más bien que las autoridades tendrán una opinión bastante distinta.

—Se está olvidando de su lugar, señorita Hughes —Ingleby se irguió en toda su estatura, proyectando su sombra sobre el rostro de ella—. Esta es *mi* isla, y como el de mayor rango entre vosotros... *yo soy* la autoridad.

—Su isla puede ser privada, pero la ley se aplica incluso aquí.

—No sabía que dar consejos legales entraba dentro de las competencias de una mecanógrafa, señorita Hughes.

El desprecio de Ingleby hacia Cybil, rebosante de desdén aristocrático, despertó la indignación de Elizabeth. Conocía bien esa clase de superioridad: la inquebrantable creencia de que el título estaba por encima de todo. Pero había algo en la manera en que desestimaba tan fácilmente el asesinato de Whitaker, una corriente subyacente que sugería más que una mera arrogancia nobiliaria.

Bennett adelantó su peso, inclinando sus anchos hombros para crear una barrera entre Ingleby y Cybil—. Esto no ayuda a nadie —su mirada cayó sobre la forma arrugada de Whitaker en el suelo rocoso—. Independientemente de cómo haya encontrado su fin el profesor, no podemos dejarlo aquí expuesto a los elementos.

—Estoy de acuerdo con el capitán —Elizabeth se agachó junto a Whitaker, comprobando el rigor mortis en su muñeca—. El rigor ya está comenzando y cuanto más esperemos, más difícil será esa tarea.

Bennett se volvió hacia Ingleby—. Si me permite hacer una sugerencia, podríamos guardar el cuerpo en el observatorio. El aire más fresco lo preservaría mejor hasta que Ned pueda hacer la travesía.

—¿Y cómo supone que lo llevaremos hasta allí? —el labio superior de Ingleby se crispó.

—Bueno, podría ir a buscar a Clarke a la Residencia, pero me atrevería a decir que con nosotros dos sería suficiente.

Las fosas nasales de Ingleby se dilataron, su exhalación fue pesada, antes de que se moviera hacia los pies de Whitaker. Bennett lo agarró por debajo de los hombros y dio una cuenta silenciosa. Al levantarlo, el cuerpo se balanceó entre ellos, su avance fue lento sobre el terreno irregular.

Cybil se adelantó, abriendo de golpe la puerta del observatorio antes de que los dos hombres entraran tambaleándose con su carga.

—¿Dónde sugiere que lo pongamos, Bennett? —los nudillos de Ingleby palidecieron contra el puño del pantalón de Whitaker.

Bennett recorrió la habitación con una sola mirada—. El escritorio.

Cybil retiró los papeles de la superficie, deslizándolos hacia una estantería cercana. Con un último esfuerzo, colocaron a Whitaker sobre el escritorio. Ingleby se desplomó contra la pared, con la respiración entrecortada, mientras Bennett ajustaba la posición del cuerpo—. Habría que cubrirlo.

Elizabeth se deslizó hacia los aposentos de Whitaker, recordando la cama doble que había vislumbrado la noche anterior. Tiró de la arrugada sábana superior y la llevó de vuelta a los demás. Bennett alcanzó la esquina opuesta mientras ella la desplegaba, antes de cubrir la forma inmóvil del profesor.

—Tendremos que dejarlo aquí, por ahora —los hombros de Bennett se tensaron bajo su chaqueta, con la mirada fija en Whitaker—. Pero con el Paso del Diablo tan agitado, es difícil saber cuánto tiempo será.

Elizabeth se situó junto al escritorio—. En ese caso, creo que sería prudente catalogar las lesiones del profesor para ayudar al forense en su investigación. Y quizás fotografiar el lugar donde encontramos el cuerpo.

—Una completa pérdida de tiempo —las palabras brotaron de Ingleby, afiladas y quebradizas—. El hombre se suicidó. ¿Qué propósito podrían tener las fotografías? Dudo que la policía esté siquiera interesada.

—Los detalles importan, Ingleby —dijo Bennett.

—Tengo mi cámara conmigo, pero está en la Residencia.

—¿Cuál es, señorita Hughes? ¿Fotografiar pruebas para la policía o recopilar material para la primera plana de sus lectores?

—Mi interés radica en asegurar que se haga justicia, Lord Ingleby. Aunque encuentro bastante revelador su afán por desestimar una muerte sospechosa.

La voz de Ingleby se redujo a un susurro peligroso—. ¿Cómo se atreve a cuestionar mis motivos en mi propia isla?

—Discutir no nos lleva a ninguna parte —los hombros de Bennett se hundieron mientras exhalaba—. Sugiero que todos volvamos a la residencia y recojamos la cámara de la señorita Hughes para poder documentar todo adecuadamente.

—No me importa quedarme, para poder empezar... —comenzó Elizabeth.

—¡No! —la expresión de Bennett se suavizó—. Perdóneme, Lady Elizabeth, pero por ahora, creo que todos debemos estar en guardia. Nadie va a ningún lado solo.

—Eso es absurdo —las palabras de Ingleby salieron entre respiraciones cortas y airadas mientras cruzaba la habitación—. No permitiré que me dicten órdenes así, ni por usted ni por nadie más —tiró de la puerta para abrirla y desapareció de vista.

Cybil arqueó una ceja—. ¿Qué es lo que dicen? La conciencia culpable no necesita acusador.

—En efecto —Elizabeth encontró la mirada de Cybil—. Su señoría parece bastante alterado.

Los ojos de Bennett se ensancharon—. ¿Creéis que Ingleby lo mató?

—Su afán por desestimar la muerte como suicidio resulta bastante revelador —Elizabeth notó el respingo de Bennett—. Y no ocultó su antipatía por el profesor.

La boca de Cybil se curvó en una media sonrisa—. Me atrevería a decir que apenas hay un alma en Inglaterra que no haya ganado el desagrado de su señoría por su posición o su sexo.

La mirada de Bennett pasó de la puerta al cuerpo.

—¿Qué opina, capitán Bennett? Usted conoce a Lord Ingleby mejor que la mayoría... estuvo comprometido con su hermana, después de todo —Elizabeth estudió el juego de emociones en su rostro—. ¿Cree que es capaz de asesinar?

—Thomas Ingleby es... —Bennett sopesó cuidadosamente sus palabras—. Un hombre complicado, por lo que he oído. Pero si es un asesino, no sabría decirlo.

—¿Complicado? —preguntó Cybil—. ¿En qué sentido?

Bennett cambió su peso—. No me corresponde a mí decirlo.

—Hay un hombre muerto, capitán Bennett —dijo Elizabeth—. Si sabe algo que pueda ayudarnos a entender el porqué, seguramente eso prevalece sobre viejas lealtades, ¿no cree?

La mandíbula de Bennett se tensó mientras el silencio se extendía entre ellos. Por fin, tomó aire lentamente—. Los hijos de los Ingleby

perdieron a su madre cuando eran muy jóvenes. Su padre... bueno, se preocupaba más por sus negocios y su posición social que por su familia. Edith apenas tiene recuerdos de Lady Ingleby, pero Thomas era mayor.

Elizabeth entendía bien ese tipo de pérdida. Los recuerdos de su propia infancia regresaron: tardes descifrando jeroglíficos en el escritorio de su madre y cuentos para dormir salpicados de mitos griegos antes de la prematura muerte de su madre—. ¿Qué le sucedió a Lady Ingleby?

—Pereció en el Paso del Diablo —la voz de Bennett se volvió queda —. Thomas estaba en el barco con ella.

El horror de las palabras de Bennett le robó el aliento a Elizabeth —. Qué terrible para ambos. ¿Y Lady Edith? ¿Estaba ella a bordo ese día?

—No, apenas era más que una niña de pecho... demasiado pequeña para hacer tal travesía. Se había quedado en Ingleby Rock con Martha. Su madre había enfermado en la isla Ingleby y necesitaba atención médica.

Cybil inclinó la cabeza, estrechando sus ojos oscuros—. ¿Y qué hay de Lord Ingleby padre?

—Su señoría eligió quedarse en la isla.

—¿Entonces quién los llevó a través del Paso? ¿Ned? —preguntó Elizabeth.

Bennett negó con la cabeza.

—¿No me digas que el joven Ingleby? —los puños de Cybil se cerraron a sus costados—. No podía ser más que un niño.

—Que sobreviviera fue poco menos que un milagro —la expresión de Bennett se endureció—. He dicho más de lo que debería —se dirigió hacia la puerta—. Deberíamos volver a la Residencia y recoger esa cámara. Hay trabajo que hacer.

Bennett se mantuvo varios pasos por delante mientras regresaban a la residencia, mientras Elizabeth caminaba al ritmo de Cybil.

Cybil se inclinó hacia Elizabeth, manteniendo la voz baja—. ¿Qué podemos pensar de la revelación de Bennett?

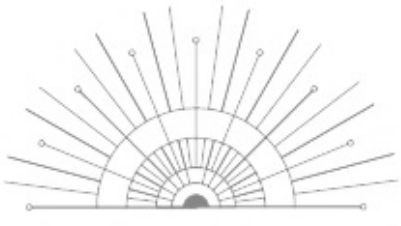
—Ciertamente explica su naturaleza volátil. Tal experiencia marcaría a cualquiera, y más aún a un niño de corta edad.

—Quizás. Aunque me pregunto qué clase de hombre permitiría que su esposa enferma y su hijo cruzaran el Paso del Diablo.

—¿Crees que hay algo más?

—Más bien pienso que un hombre que muestra tal indiferencia cruel hacia los demás podría haber legado más que solo su título a su hijo.

—Ciertamente —Elizabeth sopesó cada palabra con cuidado—. El legado de un padre puede ser una herencia peligrosa... pero si eso lo convierte en un asesino es otra cuestión completamente distinta.



Capítulo Diez

ELIZABETH INCLINÓ EL PARAGUAS contra la llovizna mientras avanzaban por el sendero embarrado detrás del capitán Bennett, con su brazo entrelazado con el de Cybil. El chaparrón repentino había transformado el ya desafiante terreno en un laberinto de piedras resbaladizas y barro pegajoso. Cybil aferraba su bolsa de la cámara, protegiéndola de la lluvia mientras se dirigían de vuelta al observatorio.

—Tenemos que darnos prisa —dijo Bennett, mirando el banco de nubes oscuras que se acercaba—. Si esta lluvia se intensifica, podría borrar cualquier prueba.

—Estoy de acuerdo. —Cybil sujetó su estuche de la cámara con más fuerza bajo su abrigo—. Cuanto antes documentemos todo, mejor.

Se detuvieron en la entrada del observatorio, Elizabeth ajustando el paraguas para protegerse mejor de la lluvia mientras Bennett abría la puerta con llave. —Si me permite tomar prestada su cámara, señorita Hughes, fotografiaré la zona donde encontramos el cuerpo antes de que esta lluvia borre cualquier prueba. —Cybil asintió y le entregó su cámara a Bennett.

Elizabeth sacudió el paraguas antes de entrar. —Y nosotras examinaremos el cuerpo, catalogando adecuadamente las lesiones.

La lluvia golpeaba contra la cúpula de cobre, un sonido hueco que se instalaba en el silencio como un metrónomo. El aire transportaba el rancio olor a madera húmeda, mientras los charcos de luz gris de las ventanas altas hacían poco por disipar la penumbra. En el centro, el cuerpo inmóvil del profesor Whitaker yacía en silencio.

Bennett se volvió cuando se disponía a salir. —Y por favor, estén alerta, señoras. Dadas las circunstancias... —Dejó la advertencia sin terminar.

Elizabeth cruzó la mirada con Cybil mientras los pasos de Bennett se desvanecían. Su significado no requería explicación. Colocó su paraguas contra la pared, quitándose el abrigo salpicado de lluvia. Cybil hizo lo mismo, dejando el suyo sobre el respaldo de una silla de madera antes de sacar su bloc de notas de su bolso.

—Documentemos cada lesión sistemáticamente, empezando por las heridas en la cabeza —dijo Elizabeth.

El lápiz de Cybil se cernía sobre una página en blanco mientras ella asentía brevemente.

Respirando hondo, Elizabeth retiró la sábana. Se inclinó más, moviendo la mirada entre la irregular herida de impacto en la sien del profesor y el corte limpio en el lado opuesto. —Este corte no pudo haber sido causado por la caída; el contorno es demasiado limpio para haber sido provocado por las rocas dentadas donde aterrizó.

Hizo una pausa, observando el lápiz de Cybil moverse por la página antes de continuar.

Su mirada descendió hasta el cuello de Whitaker. Despegó con cuidado el cuello de la camisa, revelando pequeños moretones púrpuras a ambos lados de la garganta. —Marcas de dedos. —Señaló los diminutos puntos rojos diseminados por la piel—. Petequias, vasos sanguíneos rotos. —Se agachó más, levantando suavemente un párpado. Los mismos puntos rojos minúsculos salpicaban el blanco de su ojo—. Como sospechaba. —Su atención volvió a la herida en la sien—. Por supuesto, no soy experta, pero estas marcas, combinadas con el botón que falta, sugieren que lo estrangularon durante una pelea. El golpe en la cabeza

probablemente acabó con él, y eso explicaría la falta de sangre en la escena.

El lápiz de Cybil se detuvo a mitad de trazo. —¿Crees que quien fuera el agresor tenía la intención de matarlo?

—Imposible decirlo, en realidad. Cualquiera de esos métodos podría provocar la muerte, y no digamos los tres juntos.

Elizabeth pasó a examinar las extremidades de Whitaker. —Los huesos rotos son más difíciles de evaluar con el rigor mortis presente, pero los ángulos sugieren múltiples fracturas consistentes con la caída.

—¿Has anotado todo eso? —Elizabeth se enderezó, volviendo a colocar la sábana en su sitio.

Cybil asintió, sus ojos siguiendo las curvas fluidas y guiones de su taquigrafía. —Cada detalle.

—Entonces quizás deberíamos echar un vistazo a sus aposentos. —Elizabeth cruzó hacia la puerta maciza que separaba los aposentos privados de Whitaker del observatorio principal.

Elizabeth se detuvo frente a la puerta, recordando lo que había vislumbrado la noche de la observación del cometa: la corbata de seda roja de Whitaker sobre la silla de madera, su zapato abandonado en medio de la habitación, las arrugadas sábanas de la cama doble... la escena contaba su propia historia.

Empujó la puerta, observando el desorden académico mezclado con la comodidad doméstica. Una falda gris de lana de mujer colgaba en el armario abierto entre trajes de hombre, mientras un cepillo de madera descansaba junto a un peine de caballero en el lavabo. Dos tazas de té reposaban sobre la mesita de noche.

Cybil arqueó una ceja. —Veo que el profesor y la señorita Rice eran algo más que colegas.

Elizabeth cruzó la mirada con Cybil, ambas conocedoras de la rápida condena que la élite de Londres entregaría a tal disposición. —Eso parece.

Dirigió su atención a la pequeña mesa bajo la ventana donde textos académicos compartían espacio con objetos personales y utensilios de cocina.

En la esquina más alejada, filas de latas de corned beef y sardinas se alineaban en las estanterías sobre un hornillo de alcohol, junto a cajas de té.

Elizabeth revisó el armario y los cajones, examinando cada artículo con cuidado, mientras Cybil trabajaba metódicamente en los textos académicos de la estantería, comprobando entre las páginas si había papeles sueltos o notas ocultas. —¿Has encontrado algo interesante?

—Nada que sugiera amenazas o malas intenciones. —Elizabeth dio un último vistazo a la habitación—. ¿Y tú?

—Solo arreglos domésticos y papeles académicos. —Cybil cerró el último libro—. Nada que insinúe por qué alguien querría verlo muerto.

—En ese caso, quizás deberíamos trasladar nuestro examen a la plataforma de observación.

—Estoy de acuerdo. —Elizabeth siguió a Cybil hacia fuera, cerrando la puerta tras ella—. Después de todo, parece ser allí donde más probablemente tuvo lugar el altercado.

Cybil le entregó su abrigo a Elizabeth, sus dedos trabajando rápidamente con los botones mientras se acercaban a la estrecha escalera.

—El paraguas. —Elizabeth giró, agarrándolo de al lado de la puerta principal antes de reunirse con Cybil en lo alto de las escaleras.

Elizabeth levantó el paraguas sobre sus cabezas, protegiéndolas de la lluvia mientras salían a la terraza. Las gotas de lluvia se deslizaban por las tablas del suelo mientras un constante redoble sonaba desde la cúpula de cobre de arriba.

El agua se acumulaba en las depresiones de las tablas alabeadas mientras Elizabeth y Cybil avanzaban lentamente hacia el borde lejano donde un hueco irregular estropeaba la barandilla. Trozos astillados de madera sobresalían en el aire en ángulos agudos donde presumiblemente el profesor se había estrellado contra ella.

Elizabeth envolvió sus dedos alrededor de la sección sólida de la barandilla y se inclinó con cuidado sobre las tablas resbaladizas por la lluvia. La lluvia salpicaba su rostro mientras se estiraba hacia

adelante, lo suficiente para vislumbrar el lugar donde había yacido el cuerpo de Whitaker.

—Una caída desde esta altura sobre esas rocas... —Retrocedió y se volvió hacia Cybil. Su voz se quebró al continuar—: No habría tenido ninguna posibilidad, incluso sin las otras lesiones.

La mirada de Cybil se desvió hacia la izquierda. Asintió hacia el telescopio, su cuerpo de latón arrancado de su soporte y tumbado de través en la plataforma. Profundos arañazos estropeaban su superficie, y el ocular colgaba suelto, apenas sujeto. —A juzgar por los daños, diría que aquí es donde tuvo lugar la pelea.

—Y una bastante violenta, por cierto. —Elizabeth se agachó para examinar varias manchas carmesí en el suelo. Su mirada se desvió, captando un soporte cercano—. Una vez que regrese el capitán, debemos fotografiar todo esto.

Cybil se acercó, entrecerrando los ojos mientras estudiaba los contrapesos. —Esos pesos parecen extrañamente dispuestos.

Elizabeth señaló el espaciado desigual en la alineación. —Tienes razón. Debería haber seis, pero... —Se detuvo, sus ojos moviéndose entre el telescopio desplazado y el soporte—. Uno sigue unido al telescopio, pero otro parece haber desaparecido por completo.

Cybil inclinó la cabeza, los ojos ensanchándose mientras miraba de los pesos a Elizabeth. —Un peso pesado de latón —dijo, con voz tensa—, aproximadamente del tamaño de la herida en su sien.

—Precisamente. —Elizabeth se puso de pie, sus ojos recorriendo la cubierta resbaladiza por la lluvia—. Si pudiéramos encontrarlo...

Un golpe sordo resonó desde el piso inferior, enviando temblores a través de las tablas de madera bajo sus pies.

—Debe ser el capitán que vuelve con la cámara.

—¿Capitán Bennett? —La voz de Cybil resonó por la escalera—. Su momento es perfecto, hemos encontrado...

El eco de sus palabras se desvaneció en el vacío. Ningún paso respondió, ninguna voz contestó. Solo el constante golpeteo de la lluvia contra el cobre llenaba el vacío.

—Qué extraño. —Elizabeth señaló hacia la puerta abierta de Whitaker mientras descendían las escaleras—. Recuerdo perfectamente haberla cerrado.

Elizabeth y Cybil intercambiaron una mirada mientras se acercaban a la habitación de Whitaker, sus pasos medidos y cautelosos.

Su mirada recorrió el espacio, catalogando cada detalle hasta que se detuvo en algo nuevo, algo que no había estado allí antes. Una hoja de papel doblada yacía sobre la mesa junto a la ventana.

Se movió hacia ella, tocando el grueso papel vitela color gris paloma. Se volvió hacia Cybil, con los ojos muy abiertos. —¿Cómo demonios...?

Elizabeth desdobló el papel, sus ojos recorriendo la elegante caligrafía. Tomó aire y comenzó a leer:

Tras la humillación de esta noche, me encuentro sin alternativa. El fracaso del cometa en aparecer ha destruido todo por lo que he trabajado. Mi reputación yace en ruinas, mi carrera terminada. No puedo afrontar la vergüenza de lo que está por venir.

—Está firmado por *Magnus Whitaker*.

Cybil se inclinó, con las cejas fruncidas. —Esto parece una nota de suicidio.

—Pero, ¿cómo diablos llegó aquí? Escudriñamos cada centímetro de esta habitación hace apenas media hora, y no había ni rastro de ella.

—Un momento. —Cybil giró sobre sus talones—. Ese portazo que escuchamos desde la plataforma de observación... quizás alguien se coló mientras estábamos arriba.

Elizabeth salió rápidamente de los aposentos de Whitaker hacia el aseo y abrió la puerta de par en par. Solo el vacío la recibió. Cruzó hasta el nicho, la cortina crujiendo al apartarla de un tirón. Nada más que un par de estanterías.

—No hay nadie.

La puerta principal chirrió al abrirse. El capitán Bennett llenaba el umbral, el agua de lluvia goteando de su empapado abrigo sobre el entarimado.

—Capitán. —Cybil dio un paso adelante—. ¿Se ha cruzado con alguien fuera?

Bennett negó con la cabeza, enviando gotas de agua por el suelo. —Ni un alma.

La mirada de Elizabeth cayó al suelo, sus ojos siguiendo las huellas embarradas de las botas de Bennett. —Cualquiera que entrara desde el exterior habría dejado huellas con este tiempo.

—Entonces, ¿de dónde salió esa nota de suicidio?

—¿Nota de suicidio? —Bennett le entregó a Cybil su estuche de la cámara antes de quitarse el abrigo mojado y colgarlo de un gancho en la pared.

Elizabeth le pasó el papel vitela gris paloma, la mandíbula de él tensándose mientras sus ojos recorrían la página.

—Bien. —Bajó el papel—. Esto da un giro bastante diferente a la muerte de Whitaker, ¿no creen?

—¿Seguro que no considera esta nota auténtica? —La incredulidad bordeaba las palabras de Elizabeth.

—No veo razón para dudarlo.

—Capitán. —Cybil colgó la correa de la cámara del respaldo de la silla—. Mientras estábamos arriba, oímos un portazo. Cuando regresamos, encontramos la puerta de la habitación del profesor abierta, y esta nota había aparecido, como por arte de magia.

La mirada de Bennett se desvió hacia la forma cubierta por la sábana de Whitaker. —Dado que tenemos un cadáver y hablamos de asesinato, quizás...

—Puedo asegurarle, capitán Bennett —la barbilla de Cybil se elevó desafiante—, que ni Elizabeth ni yo somos dadas a tales fantasías.

—Sea como sea, señorita Hughes, creo que esta nota resuelve el asunto. El hombre se quitó la vida.

—La naturaleza de sus lesiones demuestra lo contrario —dijo Elizabeth.

—Ni siquiera sabemos si el profesor la escribió. —Cybil inclinó la cabeza hacia el papel en la mano de Bennett—. Deberíamos comparar la caligrafía. Hay un cuaderno en su mesita de noche.

Elizabeth dio un paso adelante, con palabras en la punta de la lengua, pero Cybil le tocó el brazo. —Capitán Bennett, ¿le importaría?

—Por supuesto. —Bennett le pasó la nota a Elizabeth, sus labios dibujando una línea firme.

Mientras los pasos de Bennett se desvanecían, Cybil sacó su cámara de su estuche. Elizabeth sostuvo la nota mientras Cybil presionaba el obturador.

—¿Estás segura de que está aquí? —llamó Bennett.

—Oh, me he equivocado. —Cybil volvió a meter la cámara en su estuche, sus dedos trabajando rápidamente para asegurar el cierre —. Está aquí en la estantería.

Cybil se sentó en el borde de una silla, con el cuaderno de Whitaker equilibrado sobre su rodilla. Colocó la nota junto a una página abierta.

Elizabeth estudió ambos documentos. —Mira la M y la W aquí. —Señaló anotaciones en el cuaderno—. ¿Ves cómo se curvan en los picos? Ahora mira las mismas letras en la nota: son afiladas, puntiagudas.

—Discrepancias menores, Lady Elizabeth —respondió Bennett—. Y dado su estado mental cuando escribió la nota, yo diría...

Elizabeth negó con la cabeza. —Nuestra caligrafía es tan única como nuestras huellas dactilares, capitán. La angustia emocional no cambia eso.

—Hasta donde yo puedo ver, la evidencia habla por sí misma. —Bennett pasó sus dedos por su cabello húmedo—. El hombre enfrentaba una humillación completa, su reputación y carrera hechas pedazos. ¿Quizás creyó que esta era su única salida?

—¿Y qué hay de sus lesiones? —Cybil cerró de golpe el cuaderno de Whitaker y se puso de pie—. Los moretones alrededor de su cuello, esa herida en su sien...

—No hay forma de determinar si esas lesiones ocurrieron durante la caída o antes. —Bennett juntó las manos detrás de su espalda, balanceándose sobre las puntas de sus pies.

—Quizás tenga razón, capitán. —Elizabeth se colocó entre ellos antes de que Cybil pudiera responder—. Deberíamos dejar esto a la policía.

—Excelente. —La rígida línea de los hombros de Bennett se relajó —. ¿Hicieron algunas notas que pueda incluir con la nota de suicidio?

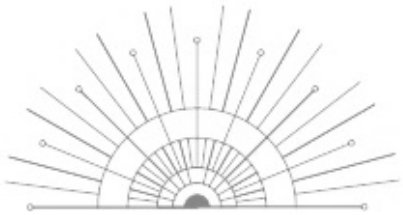
Elizabeth intercambió una mirada con Cybil. —Estábamos a punto de empezar.

—Entonces me llevaré la nota para guardarla. —Bennett extendió su palma. Cybil le entregó el papel—. Esto debería tranquilizar considerablemente a todos. Deberíamos regresar a Ingleby Lodge antes de que empeore el tiempo. —Bennett se dirigió a la puerta principal, poniéndose el abrigo mientras caminaba.

Los dedos de Elizabeth se cerraron alrededor del cuero gastado del cuaderno de Whitaker antes de meterlo en el bolsillo de su abrigo.

Bennett se volvió, con la mano en el pomo de la puerta. —¿Listas?

—Ya vamos, capitán. —Elizabeth se alejó de la puerta, sus palabras susurradas solo para Cybil—. ¿Nota de suicidio? Y un cuerno. Magnus Whitaker no escribió esa nota más que la luna está hecha de queso verde.



Capítulo Once

LA LLUVIA SURCABA LAS ventanas del dormitorio en Ingleby Lodge, difuminando el cielo plomizo más allá. La nota de suicidio había seguido preocupando a Elizabeth desde su regreso del observatorio —su repentina aparición desafiaba toda explicación. Ni ella ni Cybil la habrían pasado por alto, no en una posición tan prominente.

El observatorio solo tenía una entrada, y ella y Cybil habían estado a solo unos metros en la plataforma de observación. Cualquier visitante habría dejado huellas de barro o agua en las losas, o se habría cruzado con el capitán Bennett a su regreso al observatorio.

¿Podría haberlo hecho Bennett? Consideró la posibilidad. ¿Las habría visto en la plataforma y aprovechado la oportunidad para colarse dentro y dejar la nota? Seguramente el entrenamiento militar de Bennett nunca permitiría tal descuido como dejar que una puerta se cerrara de golpe y arriesgarse a ser descubierto. El suelo impoluto presentaba otro enigma. Incluso si se hubiera quitado los zapatos embarrados, los fugaces momentos entre el golpe de la puerta y su descenso no habrían permitido tiempo para tales maniobras.

¿Y por qué esperar hasta que ella y Cybil estuvieran allí? Bennett podría haber regresado fácilmente cuando volvieron a Ingleby Lodge a por la cámara de Cybil. El trayecto no habría supuesto ningún problema para un hombre de su condición física —¿quizás mientras ellas se detenían para tomar una reconfortante taza de té?

—El brusco cambio de Bennett no tiene sentido —dijo Elizabeth, apartándose de la ventana—. Un momento estaba examinando pruebas de asesinato y al siguiente lo descartaba como suicidio.

Cybil presionó su borla de polvos contra la nariz, su mirada encontrándose con la de Elizabeth en el espejo del tocador.

—¿Crees que Ingleby influyó en su decisión?

—El dinero y la posición social han silenciado muchas investigaciones incómodas. Aunque pensaba que Bennett estaba por encima de tales influencias.

—Quizás fue Lady Edith, más que Lord Ingleby, quien ejerció la influencia —Cybil dejó la borla de polvos—. El corazón de un hombre puede cegar su juicio.

—Y la devoción de Bennett hacia ella es evidente —Elizabeth dudó, recordando a Edith atrapada contra la encimera de la cocina, con Whitaker cernido sobre ella, y la palma de ella golpeando su mejilla —. Incluso el más honorable de los hombres podría flaquear cuando se trata de amor.

—¿Y si Bennett conoce la relación pasada entre Lady Edith y Whitaker? —Cybil se volvió desde el espejo—. Si cree que ella tuvo algo que ver con la muerte de Whitaker...

—¿Sospechas que la está protegiendo?

—Su entusiasmo por aceptar esa nota de suicidio, a pesar de las pruebas en contra, ciertamente lo sugiere.

Los pensamientos de Elizabeth se desviaron hacia el cuaderno de Whitaker abierto sobre su cama.

—Si tan solo hubiéramos pensado en conservar esa nota... comparar la letra solo de memoria deja mucho al azar.

—Tenemos la fotografía.

—En efecto, es una lástima que tengamos que esperar hasta regresar al continente para revelarla.

—Quizás no —los ojos oscuros de Cybil brillaron—. Hay productos químicos de revelado en el hueco del observatorio... el cuarto oscuro de Whitaker para su fotografía astronómica, supongo.

—No sabría ni por dónde empezar con esas cosas.

—Entonces afortunadamente para ti, Lady Elizabeth, he aprendido algunos trucos de cuarto oscuro durante mi carrera.

—Qué afortunada coincidencia, sin duda —Elizabeth arqueó una ceja, su expresión iluminándose ante esta solución inesperada.

Cybil apartó hacia atrás un mechón de pelo castaño miel, sujetándolo con un clip plateado.

—Está, por supuesto, el pequeño asunto de la llave.

Elizabeth se deslizó detrás del biombo de caoba para vestirse para la cena, sus pensamientos girando en torno a su dilema. Irrumpir en el observatorio podría atraer una atención no deseada a su investigación... pero esa nota de suicidio seguía acosando sus pensamientos. Su repentina aparición, la herida de bordes limpios en la sien de Whitaker, el contrapeso desaparecido... demasiadas preguntas quedaban sin respuesta.

—Creo que me está entrando dolor de cabeza —la voz de Elizabeth se elevó desde detrás del biombo—. Uno que podría requerir una salida temprana de la cena.

—¿No es terrible lo repentinamente que pueden aparecer estos dolores de cabeza?

—Desde luego, y presiento que el mío llegará en, digamos... media hora —Elizabeth emergió de detrás del biombo—. ¿Puedo contar contigo para mantener ocupados al capitán y al señor Clarke?

—Mencionaré cometas o planetas, y Clarke expondrá sus teorías hasta el amanecer. En cuanto al capitán Bennett —un destello de diversión cruzó el rostro de Cybil— creo que apenas notaría si bailara el Charleston encima de la mesa del comedor. El pobre hombre no ve nada más allá de Lady Edith, pero haré lo que pueda.

Elizabeth cogió su bolso de noche y cruzó hacia la puerta.

—¿Lista?

—Casi —Cybil dio un último vistazo a su apariencia en el espejo antes de unirse a ella, cerrando la puerta tras de sí.

Las voces llegaban desde el comedor mientras descendían las escaleras. La voz áspera por el vino de Lord Ingleby cortaba a través del murmullo de la conversación.

—Imagino que apenas notaron tu ausencia, ¿eh, Clarke? Aunque pronto volverás a tu polvoriento rincón.

Cybil se acercó más, sus palabras destinadas solo a los oídos de Elizabeth.

—De repente, tu inminente dolor de cabeza parece bastante más llevadero que otra velada con Lord Grosero.

—Al menos un dolor de cabeza, a diferencia del temperamento de su señoría, tiene la virtud de ser curable.

Cybil entró con ligereza en el comedor, con Elizabeth a su lado.

—Espero que no les hayamos hecho esperar.

Bennett y Clarke retiraron sus sillas.

—En absoluto, Lady Elizabeth, señorita Hughes —Clarke inclinó la cabeza.

Tarros de cristal con verduras en conserva se alineaban en el aparador junto a lo último de su pan y carnes frías, un sombrío recordatorio de sus menguantes provisiones.

Cybil se deslizó entre Bennett y Clarke, mientras Elizabeth eligió el asiento más alejado del ceño fruncido de Lord Ingleby.

—Qué delicia... verduras encurtidas, otra vez.

Las manos de Edith vacilaron sobre el jamón por una fracción de segundo mientras colocaba las lonchas en la bandeja.

—A menos que el Paso del Diablo se calme pronto, nos veremos reducidos a rebuscar bajo los arbustos para cenar.

—Creo que todo tiene un aspecto espléndido —la ternura en la expresión de Bennett revelaba sentimientos que ni el tiempo ni la distancia habían logrado borrar.

El color invadió las mejillas de Edith mientras bajaba la mirada.

—Ciertamente lo tiene —Clarke se subió las gafas por el puente de la nariz.

—No puedo llevarme todo el mérito —la calidez impregnaba las palabras de Edith mientras señalaba hacia Helen—. La ayuda de la señorita Rice ha sido invaluable.

Helen ofreció una débil sonrisa.

—Probablemente fui más un estorbo que una ayuda.

—Tonterías —Edith apretó el hombro de Helen mientras rodeaba la mesa—. Has sido un apoyo absoluto.

Ingleby agarró la botella y falló el vaso en el primer intento, salpicando el líquido rojo sobre el mantel. Ignoró la mancha que se extendía, inclinando la botella más alto hasta que el vino se agitó peligrosamente cerca del borde. Los dedos de Edith se retorcieron

en su servilleta, su mirada fija en las manos inestables de su hermano.

Elizabeth se llevó los dedos a la sien, permitiendo que un destello de incomodidad cruzara sus rasgos.

—¿Está todo bien? —el tono de Cybil mantuvo el equilibrio perfecto entre preocupación amistosa e indagación casual, preparando el escenario para la salida de Elizabeth.

—Solo un dolor de cabeza —Elizabeth logró esbozar una débil sonrisa—. Estoy segura de que pasará.

—No me sorprende después de los recientes acontecimientos —la cabeza de Edith se inclinó, sus ojos oscuros escudriñando el rostro de Elizabeth—. Quizás debería retirarse temprano.

—No quisiera parecer descortés.

—En absoluto —la voz de Edith bajó a un suave murmullo—. Un buen descanso podría arreglarlo todo.

—Podría traerle algo más tarde, si tiene hambre —ofreció Cybil.

—Lo que necesitas es col en escabeche —la risa de Ingleby cabalgaba sobre un aliento agrio por el vino mientras se balanceaba en su silla—. Cura milagrosa, eso. ¿O era la remolacha? —su mano inestable envió el borgoña derramándose por los lados de su copa.

Las miradas se desviaron entre vasos de agua y bordes de servilletas, a cualquier lugar menos a la cabecera de la mesa.

—Por muy nutritivas que puedan ser las verduras de raíz, creo que el sueño me servirá mejor en este caso —Elizabeth retiró su silla—. Si me disculpáis.

La ceja de Cybil se arqueó, con diversión jugando en la comisura de su boca.

Elizabeth se presionó los dedos contra la sien.

—Buenas noches a todos —sus pasos se mantuvieron mesurados a través del comedor, pero una vez fuera de su vista, aceleró el paso mientras subía las escaleras.

Una rápida mirada alrededor del rellano confirmó que estaba sola.

Se deslizó dentro de la habitación de Bennett, cerrando suavemente la puerta.

La distribución reflejaba sus propios aposentos al otro lado del rellano —incluso las camas de estructura metálica estaban en

posiciones idénticas. Cruzó hacia la mesita de noche y encendió la lámpara eléctrica.

Un platillo plateado para bagatelas descansaba sobre la mesita más cercana a la puerta —el lado de Bennett, a juzgar por la precisión militar de las esquinas hospitalarias de la manta. El platillo solo contenía un juego de gemelos de cuello y media corona.

La lluvia golpeaba contra el cristal mientras se movía hacia el tocador. Sus manos se deslizaron por la superficie, sin encontrar nada más que un cepillo de ebano y un bote de brillantina. Los cajones revelaron solo ropa cuidadosamente doblada —su breve estancia prevista se reflejaba en el escaso contenido.

La voz elevada de Lord Ingleby llegaba desde abajo, instándola a apresurar su búsqueda.

La chaqueta marrón de tweed de Bennett colgaba de un gancho junto al armario, la lana todavía húmeda por su anterior visita al observatorio. Deslizó la mano en el bolsillo derecho, luego en el izquierdo, sus dedos rozando el frío metal. La llave.

La chaqueta se deslizó del gancho mientras la retiraba. Un sobre cayó del bolsillo interior, aterrizando boca abajo en el suelo. Elizabeth lo recogió rápidamente, volteándolo entre sus dedos. Un matasellos de South Kensington estampaba la esquina del sobre, sin dirección de remitente en su superficie. Elizabeth extrajo el papel muy gastado.

Capitán Bennett:

Como alguien que valora el buen nombre y la reputación de su familia, me siento obligado a advertirle sobre su prometida. El profesor Magnus Whitaker ha sido visto reuniéndose con Lady Edith en privado en múltiples ocasiones. Su comportamiento sugiere una intimidad impropia tanto de una mujer comprometida como de un hombre casado.

Le escribo para evitarle el escándalo público que seguramente seguiría si sus indiscreciones salieran a la luz.

Un amigo preocupado que le desea lo mejor.

¿El profesor Whitaker... casado?

El cristal se rompió abajo, sobresaltándola y poniéndola en acción.

Elizabeth devolvió la carta al sobre, metiéndola de nuevo en el bolsillo de la chaqueta de Bennett. Apagó la lámpara y salió de la habitación, con la llave del observatorio presionada en su palma.

Apenas había cerrado la puerta de su habitación cuando Cybil irrumpió, con una mancha oscura extendiéndose por la falda de su traje de lana azul marino.

Cybil agarró la toalla de mano del lavabo.

—¿Qué ha pasado?

—Ingleby derribó una jarra entera de vino cuando intentaba servirse otra copa —la tercera, según mi cuenta —se dejó caer al borde de su cama, dando toques a la mancha oscura que se extendía por su falda—. Clarke saltó hacia atrás tan rápidamente que envió su propia copa estrellándose contra el suelo.

Cybil se detuvo a medio secado.

—¿La encontraste?

Elizabeth mostró la llave.

—Pero eso no es todo lo que encontré.

—¿Oh? —Cybil dejó a un lado la toalla.

Elizabeth relató la advertencia de la carta a Bennett sobre las indiscreciones de Whitaker y Edith.

—¿Sabías que Whitaker estaba casado?

Cybil negó con la cabeza.

—Desde luego nunca actuó como un hombre casado. ¿Había alguna dirección de remitente?

—Solo un matasellos de South Kensington.

—Eso es interesante —Cybil reanudó el secado de su falda.

—¿Por qué?

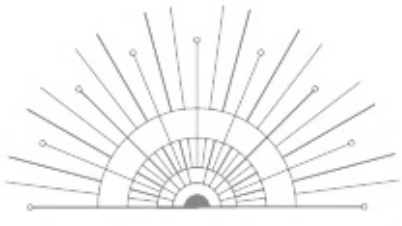
—En South Kensington está la Royal Astronomical Society. ¿No es allí donde trabaja Clarke?

—El señor Clarke ciertamente albergaba malos sentimientos hacia el profesor, pero ¿arriesgaría dañar la reputación de Lady Edith solo para satisfacer su rencor?

—Quizás tengas razón —Cybil se volvió hacia Elizabeth—. Esa carta ciertamente nos da una idea de quiénes tenían motivos para desear el mal a Whitaker... Lady Edith entre ellos.

Elizabeth recordó el rostro de Edith en la cocina horas antes de la muerte de Whitaker —el terror crudo en sus ojos antes de que la furia la llevara a golpearlo.

—Por mucho que me duela admitirlo, creo que podrías tener razón.



Capítulo Doce

LOS RONQUIDOS DE LORD Ingleby ascendían desde el salón a medida que se acercaba la medianoche, siendo el único sonido que rompía el silencio de Ingleby Lodge. Elizabeth cerró los dedos alrededor de la llave del observatorio en su bolsillo —la llave que había cogido de la habitación de Bennett durante la cena. Cybil comprobó de nuevo su estuche de cámara. En su interior descansaba la película que podría revelar pistas sobre el autor de la nota de suicidio de Whitaker.

Elizabeth guió su descenso hacia la oscuridad, midiendo cada paso para no perturbar a los durmientes de la casa.

El viento sacudía las ventanas de la cocina, silbando a través de las rendijas bajo los alféizares mientras la lluvia golpeaba el cristal.

Cybil cogió la linterna de la estantería de la cocina mientras Elizabeth recuperaba un paraguas de su soporte junto a la puerta trasera. —¿Lista?

—Todo lo que puedo estar. —Cybil se subió el cuello mientras se aventuraban en la intemperie.

El agua serpenteaba entre las piedras, brillando bajo la luz de la linterna mientras avanzaban por el sendero empapado.

Una ráfaga repentina arrancó el paraguas, casi arrebatándolo de las manos de Elizabeth. A su lado, Cybil giró la linterna en un amplio arco, revelando rocas resbaladizas por la lluvia que caían a ambos

lados. Una sombra cruzó su camino, atrayendo su mirada hacia arriba, donde formas oscuras se desplazaban entre la lluvia, cazando entre las ramas.

—Cuidado con... —La advertencia de Elizabeth murió cuando el tobillo de Cybil se torció en una piedra suelta. Se agarró al brazo de Elizabeth, haciendo que el haz de la linterna girara salvajemente mientras las espinas enganchaban sus medias. A través de la maraña de tojos, finalmente apareció a la vista la cúpula del observatorio.

La grava crujía bajo sus pies mientras subían el último tramo hasta el observatorio. Elizabeth introdujo la llave en la cerradura, girándola hasta que el mecanismo cedió.

Abrió la puerta con cuidado, con gotas de agua cayendo del paraguas mientras entraba. Cybil la siguió, y su linterna encontró el cuerpo de Whitaker en la oscuridad. La forma cubierta con una sábana yacía exactamente como la habían dejado, aunque la noche y el silencio del observatorio conferían a aquella vista familiar una cualidad inquietante y perturbadora que le produjo un involuntario escalofrío.

Una corriente de aire frío agitó el borde de la sábana mientras Cybil aseguraba la puerta. —La muerte lleva una máscara diferente en la oscuridad, ¿no crees?

Elizabeth se abrazó a sí misma, con el frío filtrándose a través de su abrigo. —Desde luego que sí.

Cybil pasó la linterna por los bancos de trabajo y estanterías hasta que el haz captó el brillo metálico de una lata de Bryant and May entre los instrumentos astronómicos. Encendió una cerilla, cuyo siseo cortante rompió el silencio al acercar la llama a dos mechas de farol rojas. Una luz carmesí se extendió por las losas, suficiente para iluminar su trabajo sin delatar su presencia.

Cybil levantó uno de los faroles rojos y se lo pasó a Elizabeth. —Necesitaremos apagar la linterna una vez que empecemos. Su brillo arruinaría la película —explicó, señalando el farol—. La emulsión no es sensible a la luz roja.

—No tenía idea de que fueras tan versada en fotografía. Pareces una mujer de muchos talentos.

—La necesidad es la madre de la invención. —Inclinó la barbilla, con la luz roja del farol iluminando la curva de su media sonrisa—. Y las mujeres parecen ser sus eternas hijas.

—Ciertamente. —Elizabeth inclinó la cabeza, apreciando tanto la sabiduría como la ironía en las palabras de Cybil.

Cybil la guió hacia el nicho. —El proceso de revelado requiere paciencia. ¿Qué tan familiarizada estás con el trabajo de cuarto oscuro?

—Confieso que sé poco más allá de presionar el obturador.

—Entonces te espera toda una educación. Necesitaremos unos treinta minutos para extraer una imagen de los negativos: revelado, baño de paro, solución fijadora. Aunque no sabremos realmente lo que tenemos hasta que se hayan secado adecuadamente.

—¿Y el tiempo de secado?

—Varias horas, me temo. —Cybil cerró la cortina antes de comenzar sus preparativos—. Tendremos que dejarlas secar durante la noche. Sugiero que volvamos al amanecer, antes de que el resto de la casa se despierte.

Los minutos pasaban, marcados solo por el suave chapoteo de las soluciones químicas y las tranquilas instrucciones de Cybil. Justo cuando se preparaban para colgar la última copia para que se secara, una ráfaga de aire frío entró, golpeando la cortina contra sus piernas.

—¿Has oído...? —El susurro de Elizabeth se apagó cuando unos cajones se abrieron y cerraron de golpe.

—Parece que están buscando algo.

Los pasos se hicieron más fuertes, acercándose a su escondite. La mano de Cybil agarró el brazo de Elizabeth mientras retrocedían lentamente, enviando una botella de cristal al suelo con estrépito.

Su cabeza se giró hacia Cybil, reflejando su mirada de ojos abiertos.

—¿Quién está ahí? Estoy... estoy armada. Muéstrese de inmediato.

—Es la señorita Rice. —Elizabeth apartó la cortina.

Helen Rice estaba ante ellas, blandiendo el paraguas goteante de Elizabeth como una espada, mientras su otra mano sostenía una lámpara de aceite.

—¿Lady Elizabeth? ¿Señorita Hughes? —El paraguas se deslizó de su mano, golpeando contra el suelo de piedra—. ¿Qué estáis...? —Su atención se dirigió al cuarto oscuro detrás de ellas.

Cybil intercambió una rápida mirada con Elizabeth, antes de volver su atención a Helen. —Podríamos preguntarle lo mismo.

La lámpara tembló en manos de Helen mientras retrocedía hacia la puerta, su mirada dirigiéndose al cuerpo del profesor. —Yo... solo estaba... —Las palabras se atascaron en su garganta mientras su compostura se fracturaba, con lágrimas derramándose por su rostro.

Elizabeth se acercó a su lado. —Quizás deberíamos continuar esto en el... —Se detuvo, consciente de los arreglos de vivienda de Helen y el profesor—. Señorita Rice... permítame prepararle un té. Estoy segura de que a todas nos vendría bien una taza. —Colocó su brazo alrededor de los hombros de Helen, cogiendo la lámpara de aceite y pasándosela a Cybil.

Elizabeth guió a Helen a los aposentos del profesor, donde ella se sentó en la esquina del lecho mientras Cybil ocupaba una de las sillas de madera junto a la mesa. Elizabeth encendió una cerilla, acercando la llama al hornillo de alcohol. La tetera traqueteó contra el trébede metálico mientras la ponía a calentar.

El vapor se elevaba en espirales perezosas mientras ella medía las hojas de té en la tetera. Los hombros de Helen se relajaron gradualmente, su respiración encontrando su ritmo. Cuando Elizabeth le puso la taza en las manos, la mirada de Helen se dirigió hacia el par de tazas en la mesita de noche. —Supongo que habrán sacado sus propias conclusiones sobre mi convivencia con Magnus. —Levantó el té hacia sus labios, su voz suavizándose—. Pero no es lo que imaginan. Somos... éramos marido y mujer.

—¿Estaban casados? —Elizabeth y Cybil hablaron al unísono.

Elizabeth recordó la carta que había encontrado en el bolsillo de Bennett. Mencionaba que Whitaker era un hombre casado, pero jamás en su vida habría imaginado que Helen Rice era su esposa.

Los dedos de Helen recorrieron el borde de su taza. —Casi siete años ya. Después de dejar el Observatorio Real, acepté cualquier puesto que pude. Entonces conocí a Magnus. —Una sonrisa amarga tocó sus labios—. Era tan encantador, tan interesado en mis teorías.

Apenas podía creer que un hombre de su posición se fijara en alguien como yo.

Hizo una pausa, mirando fijamente su té. —El matrimonio fue privado, por supuesto. Él insistió en que mantuviera mi apellido de soltera; afirmaba que me otorgaría mayor reconocimiento en círculos académicos que ser conocida meramente como su esposa. Fui lo bastante ingenua como para creerle.

—Comenzó con pequeñas cosas. Atribuyéndose mis cálculos, mis teorías. Pronto se publicaron artículos completos bajo su nombre, como si yo no existiera. —Su voz se endureció—. Sin duda sus numerosas admiradoras no habrían sido tan generosas con su... patrocinio de haber conocido la existencia de su esposa.

—La gota que colmó el vaso fue encontrar mi investigación sobre composiciones estelares en su escritorio, presentada como su propio descubrimiento revolucionario. —El té se derramó por el borde y bajó por los lados de la taza, acumulándose en el platillo—. Esa misma semana, leí sobre un antiguo pergamino descubierto en Delfos. Contenía cálculos astronómicos y menciones de Aletheia, un cometa que aparecía cada quinientos años. No sé qué me pasó, pero falsifiqué los cálculos orbitales, hice que pareciera que Aletheia volvería esta primavera. Utilicé la mención del pergamino de Delfos sobre la estrella Sirio, alteré su posición en relación con la supuesta trayectoria del cometa. Las matemáticas eran lo bastante sólidas para convencer a cualquier astrónomo que no profundizara demasiado en el material de origen.

—¿Qué pensaba que ocurriría? —Las palabras de Cybil no mostraban piedad.

—Sé que ahora suena absurdo, pero en aquel momento, no había considerado las consecuencias. Solo pretendía humillarlo... pero Magnus... no pudo evitarlo. No pudo resistirse a proclamar su notable predicción a cualquiera que quisiera escuchar. Pronto su nombre estaba en todos los periódicos, en todas las revistas científicas. Y para entonces... era demasiado tarde... las cosas habían ido demasiado lejos. No fue hasta que Magnus me confrontó con la gravedad de lo que había hecho después de que Aletheia no

apareciera. Por eso volví aquí esta noche, para destruir esos malditos cálculos.

Elizabeth miró a Cybil. Su entendimiento compartido no necesitaba palabras: Magnus lo sabía.

—Pero usted volvió a Ingleby Lodge con nosotras antes de que el profesor regresara —presionó Elizabeth.

—En efecto, pero el sueño no llegaba, no con la culpa royéndome por dentro. Así que esperé hasta que Lady Edith se durmiera, y luego regresé al observatorio en la madrugada. Pensé que podría hacerle entender... pero Magnus estaba más allá de la razón. Desvarió sobre cómo yo había arruinado todo, cómo nunca debería haberse casado conmigo.

—Pero pensaba que el profesor ya estaba muerto cuando usted regresó.

—No, no en mi primera visita.

—Disculpe. —Cybil se inclinó hacia adelante en su silla—. ¿Debemos entender que hizo varias visitas de regreso?

Helen asintió. —Después de nuestra discusión, volví a la Lodge, pero no podía calmarme. Y no quería molestar a Lady Edith, no después de su amabilidad al compartir su habitación, así que me quedé en el salón, tratando de encontrar alguna manera de arreglar las cosas. —Hizo una pausa, con los hombros hundidos.

—Debí quedarme dormida en la silla, porque lo siguiente que recuerdo fueron las voces de Lady Edith y el Capitán Bennett en el pasillo. Esperé hasta que sus pasos se desvanecieron antes de regresar al observatorio por segunda vez. Pensé que Magnus podría estar más calmado ahora, que me escucharía. Pero cuando llegué... simplemente estaba allí, en el suelo... y todo es culpa mía. Yo le maté.

Los hombros de Helen se doblaron hacia dentro mientras el peso de su confesión la abrumaba, cada sollozo rompiendo su fachada cuidadosamente construida.

Elizabeth se sentó junto a Helen, su palma moviéndose en suaves círculos sobre su espalda. Detrás de su gesto de consuelo, su mente tiraba de los hilos. Un matrimonio secreto, pero solo la palabra de

Helen para probarlo. Ya había urdido una magistral estratagema con el Cometa Aletheia. ¿Podría ser esta otra?

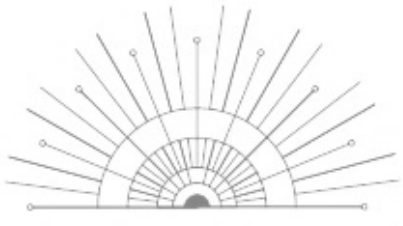
La cronología la inquietaba. Helen afirmaba haber hecho dos visitas al observatorio aquella noche. ¿Pero quién las había presenciado? Alguien lo suficientemente inteligente para fabricar la aparición de un cometa podría construir con la misma facilidad una coartada.

Le maté. ¿La angustiada culpa de una viuda, o el remordimiento de una asesina?

Y luego estaba la excursión nocturna de Edith y Bennett. Aún más preocupante: ¿por qué ninguno de los dos la había mencionado?

La mano de Elizabeth se detuvo en la espalda de Helen mientras la comprensión la golpeaba: todos en esta isla tenían algo que ocultar.

La única pregunta era: ¿qué secreto valía la pena matar por él?



Capítulo Trece

ELIZABETH SE MOVIÓ EN su taburete de madera mientras Cybil inspeccionaba las copias que se estaban secando. Las fotografías colgaban a la altura de los ojos, suspendidas por pinzas de madera en el reducido cuarto oscuro. Un fuerte olor a revelador le raspaba la garganta a Elizabeth, mezclándose con el sabor metálico de la solución fijadora en el espacio confinado.

La lluvia repiqueteaba contra la cúpula de cobre del observatorio, aunque su intensidad anterior había disminuido.

Más allá de las paredes del cuarto oscuro, Helen se movía por los aposentos de Whitaker. Los cajones se abrían, las bisagras gemían y las patas de las sillas arañaban el suelo de piedra mientras recogía sus pertenencias.

Elizabeth recapacitaba sobre las revelaciones de Helen: un matrimonio oculto, fraude astronómico y el encuentro nocturno entre Edith y Bennett. Nada relacionado con la muerte del profesor Whitaker era exactamente lo que parecía.

Echó un vistazo a su reloj de pulsera: las cuatro y media. Necesitaban marcharse antes de que la casa despertara y descubriera sus actividades nocturnas.

—Casi terminado —los dedos de Cybil flotaban sobre la última copia.

La imagen revelaba cada detalle de la nota de Whitaker. Cada trazo de su pluma captado con una claridad prístina: los puntos de presión, las curvas distintivas, el ángulo preciso de su firma.

—Perfecto —Elizabeth estudió las letras precisas—. Podemos compararla con las entradas de su cuaderno. Cada peculiaridad de su letra contará su propia historia.

—¿Deberíamos enseñársela? —la mirada de Cybil se desvió hacia la cortina del cuarto oscuro—. Si alguien puede verificar su escritura...

—Después de todo lo que ha admitido sobre su matrimonio secreto y la falsificación de la investigación... —Elizabeth se quedó inmóvil, con los labios apretados—. No estoy completamente segura de que podamos confiar en ella.

—Es cierto. La señorita Rice, o debería decir, la señora Whittaker, está resultando ser todo un enigma.

Elizabeth desprendió las copias de sus pinzas de madera.

—Necesitamos encontrar a Helen. La casa se despertará pronto, y preferiría no tener que explicar nuestra ausencia.

Cybil descorrió la cortina del cuarto oscuro. Elizabeth se detuvo a medio paso, llevándose la mano al pecho.

—Señorita Rice, ¿está todo bien?

Helen se encontraba junto al escritorio de Whitaker, sus temblorosos dedos tirando de las esquinas de la sábana que cubría el cuerpo del profesor.

—¿Creen que sufrió?

Elizabeth dudó. Bennett pensaba que Helen y Whitaker eran meramente colegas, así que no le habría compartido detalles sobre las heridas del profesor.

La sábana se arrugó entre los dedos de Helen, sus palabras entrecortadas por la respiración.

—No soporto pensar que sufrió.

—Las evidencias sugieren que la muerte fue instantánea.

—¿Puedo verlo?

Cybil se adelantó, colocando su mano sobre la de Helen, que agarraba la sábana.

—Es mucho mejor recordarle como era en vida.

—Sí, por supuesto —la mano de Helen se deslizó de debajo de la de Cybil. Se giró para recoger su bolso, su mirada posándose en las fotografías que Elizabeth tenía en las manos—. ¿Son fotografías?

La expresión de Cybil vaciló por un instante, su mirada alternando entre Helen y Elizabeth.

—Solo algunas fotografías para un artículo en el que he estado trabajando. Pensé en aprovechar nuestro confinamiento aquí para adelantar mi trabajo.

Cybil giró los pomos de latón, apagando cada una de las linternas rojas.

Elizabeth metió las fotografías en el bolsillo de su abrigo, se puso los guantes y recogió su paraguas mojado.

—Deberíamos irnos —Cybil se movió contra el marco de la puerta.

—Un momento —Elizabeth inspeccionó el observatorio, asegurándose de que no habían dejado rastro de sus actividades nocturnas.

Satisfecha, se unió a Cybil y Helen fuera, haciendo una pausa mientras Cybil cerraba la puerta con llave y se guardaba la llave en el bolsillo.

Las piedras sueltas se desplazaban bajo sus pies mientras descendían del observatorio, el camino descuidado resultaba peligroso por la lluvia de la noche. El tacón de Elizabeth se enganchó en una raíz expuesta, enviando una cascada de guijarros por la pendiente.

—Respecto a lo que revelé... —Helen se detuvo en la puerta de la cocina—. Sobre mi matrimonio y mi visita anterior al observatorio. Preferiría que quedara entre nosotras.

—Mantendremos su confidencia, señorita Rice —Elizabeth sostuvo su mirada—. A menos, por supuesto, que estos asuntos surjan durante la investigación policial.

—Lo entiendo —sus hombros se hundieron, la resignación asentándose en sus facciones mientras atravesaba la cocina y desaparecía por la escalera.

Elizabeth y Cybil pasaron de puntillas por el salón, donde Lord Ingleby seguía desplomado en el sillón, sus constantes ronquidos enmascarando sus pasos mientras subían las escaleras.

Dentro de su dormitorio, Elizabeth cerró la puerta con llave y cruzó hacia el tocador, con Cybil a su lado. Extendió las fotografías que llevaba en el bolsillo del abrigo y luego sacó el cuaderno de Whitaker de su mesita de noche.

—¿Qué te ha parecido el comportamiento de la señorita Rice...? Parecía un poco desequilibrada.

—Quizás —Elizabeth colocó la fotografía junto al cuaderno—. Pero sus revelaciones demuestran que es más calculadora de lo que pensábamos al principio.

Elizabeth estudió los elegantes bucles y curvas que fluían por las páginas de Whitaker, luego colocó la fotografía de la nota de suicidio al lado para compararlas.

—Algo no está bien aquí —pasó un dedo por encima de la firma en la nota de suicidio—. Mira cómo están formadas estas letras.

Cybil se acercó, estudiando las dos muestras.

—¿A qué te refieres?

Elizabeth pasó varias páginas del cuaderno.

—Observa la *M* y la *W* de Whitaker: los picos son redondeados, fluidos. Pero aquí en la nota... —señaló la firma en la nota de suicidio—. Cada pico es afilado, preciso.

—¿Como si alguien estuviera intentando imitar en lugar de escribir con naturalidad?

—Precisamente —Elizabeth trazó los trazos finales de Whitaker en el cuaderno—. Mira cómo terminan sus letras, especialmente la *y* y la *g*. Hay una curva ascendente, una elevación natural de la pluma —se desplazó a la fotografía—. Pero aquí terminan abruptamente. Planas.

—Y la *t* —Elizabeth señaló otra línea en el cuaderno—. Las barras transversales se sitúan más cerca del centro del trazo vertical. Pero en la nota... —señaló la carta de suicidio—. Están colocadas más arriba, casi en la parte superior.

—¿Podría ser una simple variación? ¿La misma persona escribiendo en momentos diferentes?

—No —Elizabeth negó con la cabeza—. No son variaciones, son diferencias fundamentales en cómo se forman las letras. El empuje

natural de la pluma frente al tirón —estudió de nuevo las curvas ascendentes, comprendiendo—. Whitaker era zurdo.

—¿Cómo puedes estar segura?

—Estos picos redondeados, los trazos ascendentes al final de las palabras, incluso la ligera inclinación hacia la izquierda... todas características de la escritura de un zurdo —Elizabeth señaló las columnas de cálculos—. ¿Ves cómo ha organizado su trabajo? Los números, los signos de igual... todo posicionado para evitar mancharse mientras su mano se movía por la página.

—¿Y el autor de la nota?

—Diestro. A pesar de su habilidad, no pudo ocultar la memoria muscular. Una persona diestra tira de la pluma a través de la página, mientras que un escritor zurdo la empuja.

—Así que estamos buscando a alguien diestro, alguien con acceso a la escritura de Whitaker...

—Alguien que conocía su letra lo suficientemente bien como para intentar tal falsificación —dijo Cybil.

—Y lo bastante confiado como para falsificar una nota de suicidio para encubrir un asesinato.

—O lo bastante arrogante.

—Cierto —dijo Elizabeth, estudiando la fotografía.

—Clarke tendría acceso a todos los papeles académicos de Whitaker: notas de investigación, revisiones por pares.

—Pero la arrogancia no es un rasgo que asociaría con nuestro tímido señor Clarke.

—En efecto —Cybil hizo una pausa—. Clarke carece del nervio necesario para tal engaño.

—¿Crees que Lord Ingleby?

—Ciertamente es lo bastante arrogante y ejerce una influencia considerable.

Elizabeth dejó la fotografía a un lado.

—Así es.

Cybil inclinó la cabeza.

—O quizás alguien que planea estar lejos de aquí cuando la verdad emerja. ¿Alguien con destino a la India, tal vez?

—El capitán Bennett mencionó que su regimiento parte hacia Bombay el mes que viene —la mandíbula de Elizabeth se tensó—. Y tiene todos los motivos para querer a Whitaker muerto, dada su historia con Lady Edith.

—Quizás deberíamos considerar otra posibilidad —Elizabeth se enderezó—. Que nuestro asesino y falsificador no sean la misma persona.

Cybil se acercó a la ventana y luego regresó a su cama, la rigidez de sus hombros delatando su inquietud.

—Elizabeth... tengo una confesión —sus dedos se curvaron contra su palma—. El cometa no fue mi única razón para conseguir una invitación a la Isla Ingleby.

Elizabeth había percibido que el interés de Cybil en la observación del cometa ocultaba motivos más profundos.

—¿Ah, sí?

—Una mujer me visitó en *The Times*. La señora Edgar Barrington —Cybil sacó un portafolio de cuero de su maleta, extendiendo metódicamente recortes de periódicos y notas sobre la cama—. Los periódicos afirmaban que había robado de las cuentas de los clientes. Pero la señora Barrington insiste en que su marido descubrió irregularidades en las cuentas de Lord Ingleby: transferencias sospechosas desde Barings Bank en Londres al Banco do Brasil.

Elizabeth examinó los titulares extendidos sobre la cama, cada uno más condenatorio que el anterior.

—¿Qué opinaron los policías de su historia?

—Se negaron a investigar —Cybil descartó el asunto con un brusco movimiento de dedos—. Afirmaron que no había suficientes pruebas para seguir con el caso. La señora Barrington cree que la influencia de Lord Ingleby jugó un papel significativo en su decisión. La misma influencia que impidió a mis colegas periodistas tocar la historia.

—¿Qué te hizo seguirla?

—Su absoluta creencia en la inocencia de su marido —la mirada de Cybil se fijó en las evidencias dispersas—. Habló del carácter de su marido: un hombre devoto que iba a la iglesia todos los domingos y enseñaba en la escuela dominical. Un respetado contable jefe

conocido por sus principios escrupulosos. Difícilmente el perfil de alguien que abandonaría a su familia y huiría a Sudamérica.

—¿Qué has descubierto hasta ahora?

—Barrington confrontó a Ingleby sobre las discrepancias y fue convocado a Ingleby Rock para una reunión —la voz de Cybil se endureció—. Pero según Ingleby, nunca llegó —sus ojos se encontraron con los de Elizabeth—. Y con tan pocos sirvientes en la casa, ¿quién podría disputar su palabra?

Los hombres del rango de Ingleby ejercían una tremenda influencia, su palabra rara vez era cuestionada.

—Una explicación conveniente.

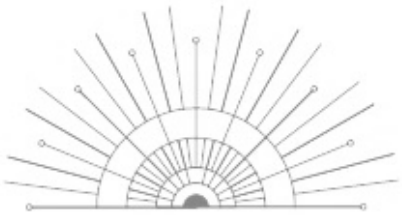
—Una que salvó la reputación de Ingleby mientras destruía la de Barrington.

—¿Qué respuestas esperabas encontrar en Ingleby Rock?

—Si Barrington era inocente, su familia merece justicia. Y ahora, con el asesinato de Whitaker, estoy más convencida que nunca de que Ingleby estuvo involucrado en la desaparición de Barrington.

Elizabeth miró a Cybil con un respeto renovado. Nunca había dudado de la tenacidad profesional de la periodista, pero pocos hombres se atreverían a investigar a un hombre de la posición de Ingleby, y menos aún una mujer. Sin embargo, ahí estaba Cybil, arriesgando su reputación y carrera para descubrir la verdad, no por titulares o gloria, sino por una viuda afligida a quien la sociedad había olvidado.

¿Pero a qué precio?



Capítulo Catorce

ELIZABETH MOVIÓ SUS HOMBROS para aliviar el dolor, desviando su atención de los recortes de periódico de Cybil y las dispersas notas de investigación hacia el banco de nubes oscuras que rozaban el horizonte. La marea crecía a través del Paso del Diablo, sin duda atrapándoles en la isla por otro día más.

En el reflejo del espejo, Cybil yacía acurrucada sobre la colcha, su traje arrugado por un sueño inquieto. Mientras Cybil encontraba refugio en el sueño, la mente de Elizabeth bullía con sus descubrimientos – el matrimonio de Helen con Whitaker, la nota de suicidio falsificada y ahora la desaparición de Barrington.

Los artículos pintaban a Barrington como un ladrón que había huido a Sudamérica con el dinero de sus clientes. Una simple historia de codicia y traición que había satisfecho a la policía, la prensa y el público. Sin embargo, Cybil creía lo contrario – lo suficiente como para arriesgar su carrera persiguiendo la verdad.

Elizabeth estudió los recortes de periódico y las notas mecanografiadas de entrevistas esparcidas sobre la cama. Entre ellas, una fotografía de Edgar Barrington dando clases en la escuela dominical, su semblante afable en desacuerdo con la imagen que los periódicos daban de un despiadado malversador. La fe inquebrantable de la señora Barrington en la inocencia de su marido había desencadenado la investigación de Cybil. Ahora, meses

después, esa misma investigación la había conducido a la Isla Ingleby.

Si Ingleby había orquestado la desaparición de Barrington para protegerse de ser descubierto, ¿podría haber asesinado a Whitaker por razones similares?

Pero, ¿qué motivo podría tener para asesinar al profesor?

A menos que, quizás, hubiera descubierto la indiscreción de Whitaker con su hermana.

Aun así, ¿era motivo suficiente para un asesinato?

Cybil se movió, estirando el brazo hacia el reloj de pulsera en la mesita de noche. —¿Todavía en ello?

Elizabeth dejó a un lado el recorte de periódico con un suspiro. —Sí, pero el motivo de Ingleby para querer muerto a Whitaker sigue eludiéndome. Organizar Aletheia aquí habría aportado cierto prestigio al apellido Ingleby... no tiene sentido.

—¿Incluso si Aletheia resultara un fracaso? —Cybil se incorporó, apoyándose en un codo.

—Seguramente cualquier fracaso mancharía la reputación del profesor, no la de Ingleby.

—Cierto. —Cybil balanceó las piernas sobre el borde de la cama—. Me pregunto, ¿podría Ingleby haberse enterado del romance de Whitaker con Lady Edith?

Elizabeth negó con la cabeza. —Eso pasó por mi mente, pero la reputación de Lady Edith parece intachable, lo que más bien elimina el motivo, ¿no crees?

—Todo este asunto es decididamente extraño. —Cybil cruzó hacia la ventana—. Ingleby ha sido francamente descortés desde nuestra llegada a Ingleby Rock. Y ahora que estamos varados aquí, su humor solo ha empeorado. Lo cual plantea la pregunta: ¿por qué aceptó ser anfitrión del evento?

—Debo confesar que me he estado preguntando lo mismo.

La mirada de Cybil se posó en el horizonte lejano. —Apostaría a que Ned no vendrá a buscarnos hoy, no con esas nubes. —Se volvió hacia Elizabeth, con una sonrisa irónica en los labios—. Qué deliciosa situación en la que nos encontramos: atrapadas en una isla con

nuestro encantador anfitrión y su asesino invitado. No puedo decidir qué está en mayor riesgo: nuestra cordura o nuestras vidas.

—Supongo que eso depende de si son simplemente dos caras de la misma moneda. Aunque si el Paso del Diablo no se calma pronto, el hambre podría vencer a ambas.

—El racionamiento de comida puedo soportarlo. —Cybil pellizcó su falda arrugada con el ceño fruncido—. Pero lo que no daría por una taza decente de café y un cambio de ropa.

—Un *café serré* ciertamente me animaría esta mañana.

—Ah, veo que estás familiarizada con el café francés. —Cybil cerró los ojos e inhaló profundamente—. *Gitanes* y *café serré*: la savia vital de todo periodista parisino.

—Por desgracia, por ahora, tendremos que contentarnos con Earl Grey y asuntos más urgentes. Esa llave tiene que volver a la habitación de Bennett.

—¿Qué propones?

—Esperaremos hasta que se presente una oportunidad. Una vez que Bennett esté ocupado, tú puedes entretener a Clarke hablando de su trabajo mientras yo me escabullo arriba para devolver la llave.

—Seguramente sería mejor si intercambiáramos los papeles. —Un dejo de diversión cruzó las facciones de Cybil—. Tu conocimiento de astronomía y eruditos griegos antiguos haría una conversación mucho más convincente que cualquier cosa que yo pudiera improvisar.

Elizabeth sopesó la sugerencia de Cybil. Quizás su repentino interés en las teorías astronómicas de Clarke podría levantar sospechas. —Muy bien, pero asegúrate de devolverla exactamente donde la encontré: bolsillo izquierdo de su chaqueta de tweed marrón, la que tiene parches de cuero en los codos.

—En ese caso, supongo que deberíamos presentarnos de manera presentable antes de bajar. —Cybil tiró de las arrugas de su falda—. O tan presentables como se pueda estar en estas circunstancias.

—En efecto. No estaría bien llegar como si hubiéramos estado despiertas toda la noche.

Elizabeth se acercó al lavabo y llenó la palangana con la jarra de porcelana. Se salpicó agua fría en la cara antes de secarla con una

toalla suave. Tomando su cepillo con mango de plata, alisó su melena negra corta.

—¿Vamos? —preguntó Cybil.

—Sí. —Elizabeth dejó su cepillo—. ¿La llave?

Cybil palmeó el bolsillo de su chaqueta. —Sana y salva.

Salieron al rellano, Elizabeth cerrando la puerta tras ellas antes de dirigirse abajo.

Apenas habían alcanzado el último escalón cuando Lady Edith apareció en el vestíbulo. —Aquí estáis. Estamos a punto de dar un paseo, ¿os apetecería acompañarnos?

—¿Un paseo? —preguntó Elizabeth, contemplando las nubes que se acumulaban más allá de la ventana.

Edith cruzó la mirada con Bennett, el rubor tocando sus mejillas. —Fue sugerencia del capitán Bennett.

El paso de Bennett vaciló al advertir a Elizabeth y Cybil. Un músculo titiló en su mejilla. —Eh, sí... pensé que un poco de aire fresco nos vendría bien. —Su atención se desplazó de Elizabeth a la ventana y de vuelta—. Aunque me temo que no llegaremos muy lejos, no si esas nubes se salen con la suya.

—Incluso un paseo corto sería un agradable respiro. No es bueno estar encerrados en el interior todo el tiempo —dijo Lady Edith.

Elizabeth miró a Cybil, su oportunidad clara.

—Lamentablemente, debemos declinar. —Cybil ofreció una sonrisa de disculpa—. Tenemos correspondencia que poner al día.

—En otra ocasión, quizás.

Edith se volvió hacia Bennett. —Iré a buscar mi abrigo.

Bennett hizo una pequeña reverencia, su mano extendida invitando a Edith a precederle mientras subían las escaleras.

Elizabeth y Cybil continuaron hacia la cocina. La estufa ofrecía poco calor, sus llamas ardiendo bajas.

—Estoy hambrienta. —Cybil rebuscó en los armarios. Apartó una lata de huevos en polvo con desagrado, luego sostuvo un paquete de galletas—. Aunque quizás aún no estoy lo bastante desesperada para esto.

Clarke empujó la puerta de la cocina, sus hombros encogidos contra el frío matutino. —Ah, Lady Elizabeth, señorita Hughes. —Se

demoró en el umbral—. Esperaba tomar un té.

—Justo a tiempo. —Elizabeth alcanzó la tetera—. Estaba a punto de preparar uno fresco.

—Eso me recuerda. —Cybil puso los ojos en blanco mientras se acercaba hacia la puerta—. Necesito buscar algo de mi bolso.

Elizabeth se ocupó con los utensilios del té mientras Clarke se balanceaba sobre sus talones, puliendo las lentes de sus gafas con el borde de su jersey.

—Confío en que haya dormido bien, señor Clarke.

—¿Qué? Oh. Sí. Lo suficiente. —Volvió a colocarse las gafas, ajustándolas dos veces antes de dejar caer las manos—. Aunque la lluvia...

Elizabeth preparó la bandeja del té. Clarke dio un paso adelante cuando ella la levantó, pero ella negó con la cabeza. —¿Le importaría abrir la puerta?

Se dirigieron hacia el salón. Clarke respiró hondo para hablar, pero voces desde arriba le detuvieron en seco. Edith apareció en las escaleras, Helen siguiéndola de cerca.

—Ernest. —Los ojos oscuros de Helen encontraron los de Clarke antes de posarse en Elizabeth, su mano apretándose alrededor del pasamanos.

—Helen, Lady Edith. —Clarke inclinó la cabeza.

—La señorita Rice ha accedido a unirse a nuestro paseo. ¿Qué hay de usted, señor Clarke? —Lady Edith miró hacia la escalera—. Capitán Bennett, justo le estaba diciendo a los demás: la señorita Rice nos acompañará.

Un destello de decepción cruzó el rostro de Bennett antes de que volviera su sonrisa. —Es muy bienvenida, señorita Rice.

Edith desapareció en la cocina, emergiendo momentos después con un paraguas en mano. —Qué extraño. —Sus dedos rozaron la lona—. Está completamente mojado.

Los ojos de Helen se dirigieron a los de Elizabeth, el color abandonando sus mejillas.

Elizabeth mantuvo su mirada.

—¿Señorita Rice? Le preguntaba si estará lo suficientemente abrigada sin abrigo.

—Disculpe, capitán Bennett... mis pensamientos estaban en otra parte.

—Bastante comprensible, dadas las circunstancias. —Cruzó hacia la puerta principal, abriéndola de par en par—. ¿Vamos?

Elizabeth cambió la bandeja del té contra su cadera mientras la puerta se cerraba tras el trío. Un pensamiento flotaba justo más allá de su alcance, burlándose a través de la niebla de su cansancio, negándose a tomar forma.

La idea a medio formar carcomía sus pensamientos mientras seguía a Clarke al salón. Colocó la bandeja en la mesa baja entre ellos y sirvió el té.

Clarke añadió leche y dos terrones de azúcar, removiendo su taza. —Lady Elizabeth, algo me ha estado preocupando sobre la noche de la muerte de Whitaker. —Dejó su taza, sus dedos encontrando un hilo suelto en el brazo del sillón—. Me desperté de madrugada necesitando agua, y cuando pasé junto a la cama de Bennett, estaba vacía.

Las tablas del suelo crujieron arriba, seguidas por el suave clic de una puerta al cerrarse. Elizabeth ocultó una tos en su palma. —Este aire de la mañana... —Levantó la taza de té a sus labios y dio un sorbo.

Los ojos de Clarke se dirigieron hacia el techo antes de posarse nuevamente en el hilo entre sus dedos. —Por supuesto, no puedo estar seguro de cuánto tiempo estuvo fuera. Pero sé que pasó bastante tiempo antes de que regresara.

Las palabras de Helen resonaron en la mente de Elizabeth: las voces de Bennett y Lady Edith en el pasillo oscurecido, poco antes de que encontraran el cuerpo de Whitaker. Presionó los dedos contra su sien mientras fragmentos de verdad y mentiras se entrelazaban.

¡Por supuesto! La niebla se disipó, ese pensamiento persistente tomando forma finalmente. La chaqueta de tweed marrón de Bennett, la que tenía parches de cuero en los codos, la que se había llevado puesta hace apenas unos minutos. La misma chaqueta que Cybil ahora buscaba arriba.

—¿Lady Elizabeth? ¿Se encuentra bien?

—Sí, solo cansada. Lectura nocturna. —Elizabeth forzó una sonrisa.

—¿Cree usted...? —Clarke bajó la voz de nuevo—. ¿Debería mencionar esto a la policía?

—Debería contarles todo lo que sabe, señor Clarke. Si el capitán Bennett no tiene nada que ocultar, pronto llegarán al fondo del asunto.

Elizabeth dejó su taza. —Si me disculpa, acabo de recordar algo bastante urgente.

Sin esperar su respuesta, se levantó y subió apresuradamente las escaleras, su mente fija en Cybil y la llave.

Elizabeth golpeó en la puerta de Bennett, con la oreja pegada a la madera. Silencio. Lanzó una mirada cautelosa a lo largo del pasillo. El rellano se extendía vacío ante ella, pero no se atrevía a quedarse, Clarke o Lord Ingleby podrían aparecer en cualquier momento. Se metió en su habitación, esperando encontrar a Cybil.

Pero la habitación estaba desierta.

Elizabeth caminó de un lado a otro entre la ventana y la puerta mientras los minutos transcurrían lentamente, cada crujido de la casa poniendo sus nervios de punta.

Las primeras gotas de lluvia golpearon el cristal de la ventana.

¿Dónde estaba Cybil?

Bennett y los demás podían regresar en cualquier momento.

Las bisagras gimieron cuando la puerta se entreabrió, permitiendo a Cybil deslizarse dentro.

—¡Por fin! —Elizabeth se detuvo a mitad de paso—. He estado casi frenética... Bennett lleva puesta la chaqueta. —Sus palabras se atropellaban.

—Eso deduje por su ausencia, pero dejé la llave en el suelo debajo del gancho. Con suerte, pensará que se cayó del bolsillo de la chaqueta. Pero... hay algo más. —Cybil se hundió en la cama mientras Elizabeth ocupaba el taburete del tocador—. Descubrí manchas de sangre en la alfombra junto a la ventana. Más a lo largo del fleco del otomana.

Elizabeth contuvo la respiración. —¿Sangre? ¿Estás segura?

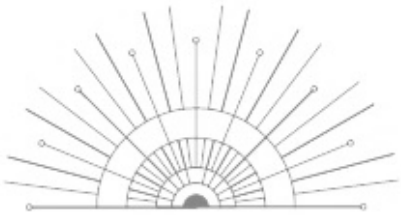
—Segurísima. Encontré manchas dentro del otomana, manchando las sábanas. —Cybil bajó la voz—. Y enterrado debajo de todo estaba el contrapeso que faltaba del observatorio, envuelto en una funda de almohada. —Sostuvo sus manos separadas casi veinticinco centímetros—. Aproximadamente de este tamaño.

—¿Podría ser...?

—¿El arma homicida? Eso creo. —La voz de Cybil bajó—. La sangre está seca, pero la forma en que estaba escondido... quien hizo esto actuó con prisa.

La mente de Elizabeth aceleró con las implicaciones del descubrimiento de Cybil. El contrapeso manchado de sangre escondido en la habitación de Bennett dejaba poco lugar a dudas: el profesor Whitaker había sido, efectivamente, asesinado.

¿Podría el capitán Bennett ser su asesino?



Capítulo Quince

LA LLUVIA AZOTABA LA ventana del dormitorio mientras Elizabeth, con su aliento empañando el cristal, lidiaba con las revelaciones de Cybil. Una explosión de risas llamó su atención hacia el sendero de abajo, donde Bennett escoltaba a Edith y Helen bajo el aguacero, con su chaqueta de tweed oscureciéndose mientras mantenía el paraguas inclinado para proteger a las damas. Elizabeth reprimió un bostezo mientras lo observaba guiarlas por las piedras resbaladizas por la lluvia, anticipando los pasos inestables de Edith antes de que ocurrieran. Cuando ella tropezó, su respuesta fue inmediata —su mano encontrando el codo de ella en un instante, sin que el paraguas se desviara nunca de su ángulo protector.

Elizabeth se frotó los brazos ante un repentino escalofrío.

¿Cómo podía este caballero considerado ser el mismo hombre que había abatido al profesor Whitaker a sangre fría?

Elizabeth se apartó de la ventana, encontrándose con la mirada de Cybil. —¿Qué opinas de la revelación de Clarke sobre la cama vacía de Bennett esa noche? El momento parece confirmar la afirmación de Helen sobre haberle oído a él y a Lady Edith, ¿no crees?

—¿Helen Rice? —Sus labios se curvaron en una leve sonrisa burlona, arqueando una ceja—. ¿La mujer que ocultó su matrimonio con Whitaker y falsificó los datos del cometa?

—¿Sospechas que ella y Clarke podrían estar conspirando contra Bennett?

—Su historia compartida y resentimiento mutuo hacia Whitaker forman una alianza convincente.

—Ciertamente, pero ¿por qué atacar a Bennett?

—A menos que... ¿No creerás que Helen Rice escribió esa carta anónima que encontraste en el bolsillo de Bennett?

—Es posible. Solo Helen y Whitaker parecen conocer su matrimonio, y es improbable que Whitaker revelara su propia indiscreción.

—¡Por supuesto! Primero, informa a Bennett sobre la aventura de Edith, creando su motivo para la venganza. Luego ella y Clarke asesinan a Whitaker y lo disponen todo para hacer recaer las sospechas sobre Bennett —los ojos de Cybil se entrecerraron—. Bastante astuto, en realidad.

—Por otro lado —reflexionó Elizabeth, esforzándose por mantener su concentración—. ¿Y si Lady Edith descubrió el matrimonio de Whitaker con Helen? O quizás estamos complicándonos demasiado; el motivo de Bennett es lo bastante convincente por sí solo.

—Todas las teorías nos llevan directamente a Helen Rice, lo que nos deja en un aprieto.

—¿Demasiados sospechosos y no suficientes pruebas para ninguno en particular?

—Exactamente. Aunque me atrevo a decir que no resolverás nada en tu estado actual. Pareces a punto de desplomarte.

—Difícilmente puedo discutir esa valoración —dijo Elizabeth, reprimiendo un bostezo.

—Entonces te sugiero que descanses. Una mente despejada podría ayudarnos a ver lo que estamos pasando por alto.

—¿Y tú? —Elizabeth contuvo otro bostezo.

—Pensaba revisar algunas notas sobre el caso Barrington.

Elizabeth se acercó a su cama, hundiéndose el colchón bajo su peso. —Despiértame si encuentras algo interesante —su cabeza se hundió en la almohada mientras sus ojos se volvían pesados.

—¿Recuerdas el nombre de esa mina de oro brasileña, Lady Edith...

La voz de Cybil se volvió distante mientras Elizabeth se sumergía en el sueño.

Unas voces sacaron a Elizabeth de su sopor. Se incorporó de golpe, parpadeando hacia el reloj de la repisa. Las tres y media. La tarde se había esfumado; incluso había dormido durante el almuerzo. Las voces se elevaron nuevamente, seguidas de risas y un triunfante «¡Snap!».

Elizabeth balanceó las piernas sobre el borde de la cama, mientras las voces amortiguadas desde abajo despertaban su curiosidad. En el lavabo, se echó agua fría en la cara, lavando la neblina del sueño.

Las voces la llevaron escaleras abajo hasta el salón, donde Cybil, Clarke y Helen se inclinaban sobre su juego de cartas. —¿Se encuentra mejor, Lady Elizabeth? —Edith levantó la vista desde su asiento bajo la ventana, donde ella y Bennett se sentaban en extremos opuestos de una pequeña mesa, sus ojos brillantes con entusiasmo infantil mientras él trazaba otra fila de guiones—. La señorita Hughes mencionó que tenía otro dolor de cabeza.

Elizabeth captó la mirada rápida de Cybil. —Mucho mejor, gracias.

Clarke dejó sus cartas boca abajo y se volvió hacia Elizabeth. —¿Le gustaría unirse a nosotros? Otro jugador haría el juego más interesante.

—No, gracias. Un libro me llamó la atención a principios de semana —Elizabeth se acercó a la estantería, sus dedos encontrando un ejemplar gastado de *La piedra lunar* de Wilkie Collins anidado entre dos volúmenes encuadernados en piel, antes de acomodarse en uno de los sillones orejeros.

Elizabeth se sobresaltó cuando Cybil golpeó con la palma sobre las cartas dispersas. —¡Snap! —Su grito triunfante resonó en las paredes del salón mientras recogía sus ganancias en su creciente montón. Helen volteó su siguiente carta sobre la mesa, la mirada de Clarke moviéndose entre sus propias cartas y los montones crecientes.

La lluvia caía a intervalos, reflejando la inquietud de Ingleby mientras giraba su vaso de whisky entre los dedos. Apoyó la palma contra la repisa de la chimenea, con los hombros rígidos mientras miraba fijamente las llamas.

Clarke se apartó de la mesa de cartas, dejando a Helen y Cybil con su partida. Se acomodó en el sillón frente a Elizabeth. —Espero no molestarla, Lady Elizabeth.

—En absoluto. Imagino que perder ante la señorita Hughes por tercera vez podría llevar a cualquiera a buscar refugio en otra parte.

—Ciertamente —la boca de Clarke se torció en reconocimiento antes de que su mirada se desviara hacia Helen, su expresión tornándose sobria.

Elizabeth bajó su libro. —Parece distraído, señor Clarke. ¿Hay algo que le preocupe?

—¡Snap! —Clarke se sobresaltó cuando Cybil reclamó otra victoria.

—Helen, la señorita Rice, me habló sobre Aletheia —Clarke mantuvo la voz baja—. Sobre lo que hizo con los datos. Y aunque no puedo aprobar sus acciones, puedo entender sus frustraciones, habiendo estado yo mismo en el extremo receptor de la apropiación de crédito por parte de Whitaker. Pero ella nunca pretendió que terminara así.

—El ahorcado... ¡Gano yo! —Los ojos de Edith bailaron mientras arrancaba el lápiz de los dedos de Bennett.

Lord Ingleby se acercó al mueble bar. La licorera tembló contra su vaso mientras otro grito de «¡Snap!» estallaba desde la mesa de cartas. Sus nudillos se blanquearon alrededor del cuello de la licorera mientras el líquido ambarino salpicaba dentro del vaso.

—¿Qué cree que le sucederá? —Clarke se inclinó más cerca.

Elizabeth ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—Por lo de Aletheia, quiero decir —Clarke tropezó con las palabras —. Si se supiera lo que hizo, ninguna institución en Inglaterra tomaría en serio su trabajo de nuevo.

Elizabeth lanzó una mirada rápida a Helen, sopesando cada palabra. —Puede que cause ondas en círculos académicos, pero no estoy segura de que lo que hizo fuera ilegal. Sería su palabra contra la del profesor Whitaker, y... —Su voz bajó aún más—. Él ya no está aquí para refutarlo.

El alivio suavizó las facciones de Clarke, la tensión abandonando sus hombros. —Eso es... reconfortante de oír. La señorita Rice ha sufrido bastante, ¿no cree?

—Quizás —Elizabeth notó su ansiedad por defender a Helen. Su retrato de una mujer desesperada llevada al límite parecía contradecir a la Helen que había observado estos días: alguien bastante capaz de fraude y engaño. Si ese engaño se extendía al asesinato era otra cuestión completamente distinta.

—Es bastante irónico cuando lo piensas, ¿verdad? Cómo el cometa Aletheia —nombrado por la diosa de la verdad— ha expuesto tales decepciones —dijo Elizabeth, estudiando cuidadosamente la reacción de Clarke, notando el leve tic en su mejilla—. Los griegos tenían una fascinación por la verdad y su precio.

—Ah, los griegos y su hybris —una sonrisa tiró de los labios de Clarke mientras asentía—. No muy diferente de los mitos celtas que mi madre me contaba de niño. Uno en particular me viene a la mente sobre una poderosa hechicera llamada Cerridwen, que usaba su caldero mágico para preparar una poción de verdad y sabiduría, aunque los resultados rara vez eran amables. ¿Mencioné que mi madre era...

—¡El ahorcado!

Ingleby se apartó bruscamente de la chimenea, con una vena pulsando en su sien. Sus ojos se movieron entre ellos, las pupilas dilatadas en su rostro enrojecido. —¡Por Dios, ¿tenéis que chillar como niños?! —El vaso tembló en su mano antes de estrellarse contra la repisa. Nadie se movió, nadie respiró mientras él salía marchando, la puerta golpeando contra la pared.

Edith se levantó, retorciendo sus dedos. —Pido disculpas por el... comportamiento de mi hermano. Estar confinados aquí, lejos de la sociedad habitual y la rutina... —Su mirada siguió a Ingleby mientras pasaba por la ventana, desapareciendo por el sendero empapado por la lluvia—. Estoy segura de que entendéis lo difíciles que son estas circunstancias para todos nosotros.

—Quizás todos podríamos aprovechar una tetera fresca —Elizabeth buscó la mirada de Cybil—. Señorita Hughes, ¿le importaría echarme una mano?

—Por supuesto —Cybil se puso de pie—. Me vendría bien estirar las piernas.

Elizabeth cerró la puerta del salón tras ellas.

—Eso ha sido todo un espectáculo —Cybil se acercó—. Una reacción exagerada para unos simples juegos de salón, ¿no crees?

—Sin duda lo fue —la mirada de Elizabeth se dirigió hacia la entrada—. Y precisamente por eso necesito seguirlo y ver adónde va. ¿Te importaría preparar el té?

—Por supuesto que no.

Elizabeth subió corriendo las escaleras, regresando momentos después con su abrigo.

Cybil dejó la caja de té mientras ella entraba. —Por favor, ten cuidado, Elizabeth. Un temperamento así rara vez se enfría rápidamente.

—No te preocupes, seré discreta —Elizabeth se subió el cuello del abrigo y salió a la lluvia. Divisando a Ingleby unos cuarenta metros adelante, avanzó con cuidado por el terreno empapado, sorteando charcos y piedras resbaladizas mientras seguía su camino.

Elizabeth adaptó su paso al andar irregular de Ingleby, manteniendo tres curvas del sendero entre ellos. Se deslizó entre los árboles azotados por el viento, cuyas ramas desnudas ofrecían poco refugio a lo largo del fangoso camino.

Cerca de la cima, Ingleby giró hacia la casa. Elizabeth se escondió tras una barrera de tojos, los zarzales enganchándose en sus medias mientras se adentraba más en la vegetación. A través de huecos en las ramas espinosas, lo observó, ignorando el helado hilo de lluvia que se colaba por su cuello.

Las ramas se separaron bajo sus dedos, revelando solo un camino vacío donde Ingleby había estado momentos antes.

Elizabeth siguió sus huellas, avanzando lentamente por las rocas hacia una grieta abierta en la pared rocosa. Se aventuró más cerca, con la marea creciente golpeando contra las rocas parcialmente sumergidas, amenazando con sellar la entrada. Una tos rebotó en las paredes y, más adelante, una llama de farol reveló el camino de Ingleby hacia la oscuridad.

La boca de la cueva se alzaba ante ella mientras consideraba su próximo movimiento. Sin una antorcha, estaría tropezando a ciegas sin idea de lo que había más adelante. Y como nadie conocía su

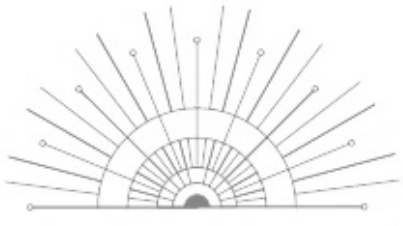
paradero, había pocas posibilidades de rescate si se metía en problemas.

Luego estaba la cuestión de la presencia de Lord Ingleby.

Presionó su palma contra la roca húmeda, con la advertencia de Cybil resonando en su mente: Un temperamento así rara vez se enfría rápidamente.

La marea se acercaba.

Aventurarse a ciegas sería una locura, pero dar marcha atrás ahora...



Capítulo Dieciséis

ELIZABETH SE APARTÓ DE la ventana del dormitorio, su mente aún dándole vueltas a los acontecimientos de la tarde anterior y al extraño comportamiento de Lord Ingleby. Su arrebato en la sala de estar y su dramática salida habían sido una reacción desproporcionada ante unos simples juegos de salón.

Y luego estaba la cuestión de su desaparición en aquella cueva. ¿Por qué alguien se aventuraría en un lugar así con la marea subiendo y la oscuridad acercándose?

Nada de eso tenía sentido.

—Debería haberle seguido —dijo Elizabeth, posando la mirada en su abrigo Liberty colgado en el armario, aún húmedo por el aguacero del día anterior.

—Menos mal que no lo hiciste —Cybil daba vueltas a la chaqueta de su traje entre las manos, con las arrugas marcando cada día no planificado en Ingleby Lodge—. ¿Y si te hubiera pasado algo? No habríamos sabido dónde buscar —bajó la chaqueta, endureciendo su expresión—. Y con Ingleby en ese estado de ánimo... ¿y si te hubiera visto? No quiero ni pensarlo.

—Quizás tengas razón —la mirada de Elizabeth se posó en sus zapatos cubiertos de barro junto a la puerta—. Algo ocurrió ayer por la tarde en la sala que desencadenó su arrebato. Y creo que tiene algo que ver con esa cueva. ¿Por qué otro motivo habría ido allí?

—Conozco esa mirada... estás planeando volver a la cueva, ¿verdad?

—Vaya, señorita Hughes, es casi como si me leyeras el pensamiento —Elizabeth alcanzó el abrigo—. ¿Me acompañarás?

—¿De verdad necesitas preguntarlo?

—Esperaba que dijeras eso —Elizabeth se puso el abrigo frío por la lluvia—. No es lo ideal, pero tendrá que servir.

—Al menos tú trajiste un abrigo —Cybil miró la mancha de vino que afeaba su falda azul marino—. Estoy tentada de cobrarle a Ingleby por arruinar mi único traje decente. Aunque visto su humor actual, quizás sea mejor esperar hasta que estemos lo más lejos posible de la isla de Ingleby.

Elizabeth agarró el pomo de la puerta.

—Cuando volvamos a Londres, le pediré a Mary que lo examine. Es toda una experta con las manchas... aún no he encontrado una que la haya vencido —abrió la puerta una fracción, a punto de salir, cuando la voz de Edith llegó desde el otro lado del rellano.

—Thomas, por favor. Sabes que tengo responsabilidades en Ingleby Rock.

Agarró el brazo de Cybil y la hizo retroceder al interior. Se apretaron contra la puerta, captando cada palabra a través de la estrecha rendija.

—El Paso del Diablo está demasiado agitado. Es imposible —el rechazo de Ingleby llevaba el peso de su autoridad absoluta.

—Pero lo he comprobado yo misma. Está mucho más tranquilo esta mañana...

—Oh, lo siento, no sabía que de repente te habías convertido en una experta.

—No lo soy, no es eso...

—Tú mejor que nadie sabes lo que puede hacer el Paso... la destrucción que ha provocado.

—Lo sé, de verdad que lo sé... pero si pudieras llamar a Ned... o dejarme tener la pistola, yo podría... —el temblor en la voz de Edith revelaba su creciente desesperación.

—Lo siento, Edith, pero no. No voy a consentir tal egoísmo.

—¿Egoísmo? ¿De verdad crees que es eso? Sabes por qué tengo que volver.

—Con más razón para esperar hasta que el Paso sea seguro. Es mi última palabra.

Se cerró una puerta de golpe, seguida de otra que se cerró con un chasquido mientras las pisadas se desvanecían. Elizabeth cruzó una mirada con Cybil cuando la misma revelación las golpeó a ambas: alguien más había estado escuchando.

—¿Quién crees que estaba escuchando a escondidas? —preguntó Cybil—. Tiene que ser Bennett o Clarke. La habitación de Lady Edith está demasiado lejos para que haya sido la señorita Rice.

—Estoy de acuerdo, pero sea quien sea, parece que Lady Edith está muy interesada en abandonar la isla de Ingleby de repente —Elizabeth recordó el juego de Edith y Bennett y cómo ella había resplandecido bajo su atención—. Ayer parecía bastante contenta.

—Cierto. Me pregunto qué motiva su repentino deseo de marcharse. ¿Está huyendo de algo de aquí, o hay algo que la atrae de vuelta a Ingleby Rock?

—Lady Edith está resultando ser casi tan enigmática como su hermano —Elizabeth miró su reloj—. ¡Dios mío! ¿Ya es esta hora? Será mejor que nos demos prisa antes de que cambie la marea otra vez.

—Necesitaremos recoger la linterna y un quinqué de la cocina —Cybil abrió su bolsa.

—Y cerillas.

—Por una vez, me he adelantado —Cybil mostró una cajita de cerillas del Savoy mientras salían al rellano.

Ernest Clarke merodeaba en lo alto de la escalera, balanceándose sobre los talones, con una mano metida en el bolsillo del pantalón mientras las observaba acercarse.

—Lady Elizabeth, señorita Hughes. Bonita mañana, ¿verdad? Bastante mejor que el tiempo de ayer.

—Sin duda lo es.

Él hinchó las mejillas, exhalando profundamente.

—Aunque tengo entendido que debemos permanecer en la isla, de todos modos.

Cybil ladeó la cabeza, frunciendo el ceño.

—¿Quién le ha dicho eso, señor Clarke?

Clarke se tiró del cuello de la camisa.

—Alguien lo mencionó en el desayuno, creo —sus ojos se movieron nerviosamente entre Elizabeth y Cybil—. Si me disculpan... tengo unos papeles que atender.

Elizabeth siguió con la mirada el apresurado descenso de Clarke, esperando hasta que desapareció de vista antes de volverse hacia Cybil.

—Creo que hemos encontrado a nuestro compañero de escucha, ¿no crees?

—Creo que podrías tener razón —Cybil mantuvo la voz baja mientras descendían por la escalera.

En la puerta de la cocina, Cybil vigiló mientras Elizabeth recogía la linterna y un quinqué.

—Todo listo —Elizabeth se asomó por la puerta.

Tras una última mirada al pasillo, salieron sigilosamente por la puerta trasera.

Elizabeth avanzó por el sendero delante de Cybil, volviendo a trazar la ruta que había seguido la tarde anterior cuando siguió a Ingleby. El agua turbia llenaba sus huellas, el espeso lodo adhiriéndose a sus zapatos mientras subían por la pendiente.

—Cuidado con las aliagas —Elizabeth se detuvo en la cresta, su mirada recorriendo las rocas de abajo—. Ahí está.

Elizabeth avanzó por las rocas, con la bruma salada envolviéndole los pies.

—Ten cuidado dónde pisas —le advirtió a Cybil, mientras sus propios pies resbalaban contra la piedra húmeda. La boca de la cueva partía el acantilado como una herida antigua, sus paredes pulidas por incontables mareas.

Cybil encendió una cerilla, acercándola a la mecha del quinqué. Lo levantó, iluminando la caverna.

—Esto explica cómo las generaciones pasadas de los Ingleby ocultaban su botín —su voz resonó en la oquedad—. Una pequeña barca cabría fácilmente aquí.

Elizabeth encendió la linterna. El haz de luz atravesó las sombras, el frío de la cueva calándole los huesos mientras se adentraban más. La humedad y el fuerte olor a algas marinas le llenaron la nariz, y sus pasos cambiaron de chapoteos húmedos a suaves roces sobre la arena. El agua goteaba desde el techo, un pulso constante en la oscuridad.

El túnel se estrechó, las paredes de piedra áspera cerrándose hasta que Elizabeth podía tocar ambos lados con los brazos extendidos. El haz de su linterna reveló una bifurcación en el pasaje: por delante, un túnel oscuro se curvaba hacia la negrura, mientras que unos toscos escalones tallados en la roca ofrecían un camino alternativo.

Cybil alzó el quinqué, estudiando los escalones con los ojos entrecerrados.

—¿Adónde crees que conducen?

—Solo hay una forma de averiguarlo —captó la mirada de Cybil, con un atisbo de desafío en su sonrisa—. ¿Qué me dices...? Ya hemos llegado hasta aquí.

Elizabeth encabezó la subida por los escalones, con Cybil pisándole los talones.

En lo alto, una pesada puerta de madera bloqueaba su camino, asegurada por una gruesa tranca.

Elizabeth levantó la barra, cuyo peso requirió que ambas maniobrarán para liberarla. La puerta se abrió hacia dentro revelando el interior familiar del observatorio.

El aliento de Cybil se cortó, con la mirada fija en la forma cubierta del profesor.

—El señor Eliot tenía razón sobre la muerte como única certeza en la vida —dijo—. Aunque dudo que el profesor Whitaker esperara que la suya llegara tan pronto.

—La muerte puede ser cierta, pero la forma en que llega suele ser una cruel sorpresa.

—En efecto —la atención de Cybil se desvió del cuerpo de Whitaker a la puerta—. ¿Crees que el portazo que oímos desde la plataforma de observación fue esta puerta?

—Exactamente lo que estaba pensando —Elizabeth señaló hacia donde la puerta se unía con la pared—. ¿Ves cómo es prácticamente invisible desde este lado? Apuesto a que alguien usó este túnel para dejar esa nota de suicidio en los aposentos de Whitaker.

—Ingleby es nuestro sospechoso más obvio, aunque su presencia en la cueva ayer sigue siendo un misterio —Cybil hizo una pausa—. Lady Edith puede que conozca la existencia de estos túneles, pero ¿se atrevería a usarlos sola?

Los ojos de Elizabeth se entrecerraron al captar el significado de Cybil.

—¿Sospechas que Lady Edith y Bennett están trabajando juntos?

—Es posible. Ninguna de las dos vio a Bennett cuando afirmó estar fuera documentando la escena.

—Podría haberse colado por los túneles, dejado la nota y desaparecido por el mismo camino, supongo.

—Y se apresuró bastante a insistir en que la nota era auténtica cuando regresó.

—Odio decirlo, pero todo apunta a Bennett —Elizabeth negó con la cabeza—. Primero esa carta anónima sobre la... indiscreción de Edith y Whitaker. Luego su insistencia en dictaminar esto como un suicidio a pesar de las claras evidencias en contra. Y ese contrapeso manchado de sangre que encontraste en sus aposentos.

—Parece que hemos tenido un zorro en nuestro gallinero desde que llegamos a la isla de Ingleby —un escalofrío recorrió a Cybil—. Creo que es hora de irnos, pero con la puerta del observatorio cerrada, tendremos que afrontar el túnel de nuevo. Esperemos no cruzarnos con nuestro asesino.

—Tienes razón.

Abandonaron el observatorio, deteniéndose para asegurar la barra de madera a través de la puerta antes de descender por los escalones, sin dejar rastro de su visita.

Elizabeth perdió pie en el último escalón, la linterna golpeando la arena con un golpe sordo mientras se agarraba al brazo de Cybil para mantener el equilibrio.

—¿Estás bien? —los dedos de Cybil se curvaron alrededor del codo de Elizabeth.

—Solo perdí el equilibrio, pero no ha pasado nada —se agachó a por la linterna, cuyo haz captó un destello metálico enterrado en la arena.

—¿Qué demonios? —Cybil se inclinó más cerca mientras Elizabeth removía la arena con los dedos.

—Toma, sujeta esto —le entregó la linterna a Cybil, limpiando los granos de una pequeña caja metálica. La plata, antes pulida, se había oscurecido con el deslustre, sus bordes corroídos donde la sal y el tiempo habían carcomido el metal.

—Es un reloj de bolsillo.

—Quizás sea de los días de corsario de los Ingleby —un atisbo de diversión coloreó la voz de Cybil mientras Elizabeth giraba el reloj en sus manos.

—No... es demasiado moderno —pasó el pulgar por el borde, donde la bisagra debería haberse mantenido firme. En cambio, el metal corroído cedió, la tapa trasera se soltó, abriéndose.

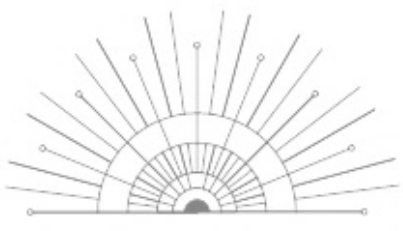
—Hay una inscripción —Elizabeth inclinó el reloj hacia la luz—. Pero no puedo distinguirla bien... *Mientras el tiempo*... algo, algo, *mi*...

—*El amor perdura* —las palabras cayeron como piedras en la oscuridad.

Elizabeth se volvió hacia Cybil.

—Sí, tienes razón, pero cómo...

—Porque... —el aliento de Cybil se cortó, brusco y repentino—. Porque ese reloj pertenece a Edgar Barrington.



Capítulo Diecisiete

ELIZABETH CERRÓ LA PUERTA de su habitación, con los dedos aún cosquilleándole por el metal corroído del reloj de Barrington. Cybil caminaba de un lado a otro entre la ventana y la cama, con el reloj apretado en su mano.

—La señora Barrington tenía razón. Sabía que algo le había pasado a su marido cuando se reunió con Ingleby.

—Cybil...

—Barrington no podría haber llegado solo a la isla de Ingleby, no con el Paso del Diablo. Así que Ingleby debió atraerlo hasta aquí —giró para enfrentarse a Elizabeth—. Él conocía las cuevas y los túneles secretos. ¿Y qué mejor lugar para ocultar tanto el crimen como a su víctima?

—¿Crees que Ned estuvo involucrado?

Cybil negó con la cabeza.

—No descarto su participación, pero sospecho que Ingleby actuó solo... no es la primera vez que la desesperación le ha llevado a cruzar el Paso del Diablo.

—¿Lady Barrington? Pero seguramente eso fue diferente. Era su madre y necesitaba tratamiento médico urgente.

—¿Pero no lo ves? La desesperación le llevó a intentar cruzarlo entonces, y no se me ocurre mayor motivación que la soga del verdugo.

—Necesitamos pensar esto detenidamente —Elizabeth mantuvo la voz baja, consciente de que Clarke había estado escuchando a escondidas anteriormente—. El reloj podría pertenecer a Barrington, pero no demuestra realmente que estuviera aquí en persona.

—¿Cómo explicarías entonces su presencia en un lugar tan recóndito? —Cybil acercó el reloj a Elizabeth—. Wenna, la señora Barrington, aceptó trabajos de costura para pagarlo. Fue un regalo de aniversario. Nunca se separaba de él —retomó su ir y venir—. La única forma en que este reloj pudiera haber llegado al túnel es si Barrington hubiese estado allí.

—Aun así, no podemos simplemente enfrentarnos a Ingleby —Elizabeth sujetó el brazo de Cybil cuando pasó junto a ella—. Piénsalo. Si mostramos nuestras cartas ahora, ¿qué le impediría destruir cualquier otra prueba?

—Tienes razón. Necesitamos pruebas.

Elizabeth miró hacia la puerta.

—Ingleby pasa sus noches bebiendo en la biblioteca.

—Hasta altas horas, lo he notado —la expresión de Cybil se agudizó—. ¿Estás sugiriendo lo que creo que estás sugiriendo?

—Su habitación podría contener respuestas —Elizabeth bajó aún más la voz—. Sobre Whitaker y Barrington.

—Es arriesgado, pero se nos acaba el tiempo. Ned podría llegar cualquier día, y una vez que abandonemos la isla... —Cybil se volvió hacia Elizabeth—. La influencia de Ingleby podría enterrar cualquier investigación antes de que comience.

—Precisamente por eso debemos actuar esta noche.

Cybil se detuvo en seco.

—Me pregunto qué está pasando ahí abajo.

Elizabeth se acercó a la ventana. Abajo, el capitán Bennett y Edith estaban juntos en el camino de grava.

Las manos de Edith se retorcían mientras Bennett hablaba. Cuando él intentó alcanzarla, ella retrocedió, con la palma presionada contra el medallón de su garganta. Bennett dio un paso adelante, pero Edith retrocedió, con la cabeza inclinada. Se giró hacia la casa, cubriéndose la cara con una mano mientras se apresuraba a entrar, dejando a Bennett mirándola fijamente.

—Debería ver si está bien —Elizabeth apoyó la mano en el pomo de la puerta—. Y quizás... bueno, podría dejar escapar por qué ella y Bennett estaban fuera de sus habitaciones la noche del asesinato del profesor. Podría ser relevante para nuestra investigación.

—Algo le preocupa claramente —los ojos de Cybil se entrecerraron —. ¿Una conciencia culpable, quizás?

Elizabeth se deslizó al pasillo y se dirigió a la habitación de Edith al final del rellano. Se detuvo ante la puerta y llamó.

—Lady Edith, ¿está usted bien?

Se oyó un sollozo desde dentro.

—Soy Elizabeth. No he podido evitar observar a usted y al capitán Bennett... pensé que quizás le gustaría algo de compañía.

—Pase.

Dentro, Edith estaba sentada al borde de su cama, con los dedos enredados alrededor de su medallón. Sus ojos enrojecidos se encontraron brevemente con los de Elizabeth.

—Quería asegurarme de que estaba bien.

—Estoy perfectamente bien —Edith intentó sonreír, aunque sus ojos seguían preocupados—. De verdad, no es nada.

—No parece estar perfectamente bien.

—He sido una tonta. Un imprudente momento de debilidad y...

—¿Tiene esto algo que ver con el capitán Bennett?

—Estábamos prometidos —las palabras de Edith salieron suaves y frágiles, con la mirada fija en algún punto distante más allá de la ventana—. Se suponía que me uniría a él en la India después de casarnos —la ternura en su voz desapareció—. Pero entonces conocí a Magnus Whitaker.

—Tenía una forma de ser tan especial —la amargura se entrelazaba en sus palabras—. Me dejé llevar creyendo que era amor y rompí mi compromiso con Arthur.

Su mano se posó sobre su vientre, un movimiento inconsciente y fugaz.

—Entonces supe la verdad —exhaló, como si se estuviera estabilizando—. Él lo terminó. Dijo que su trabajo tenía que ser lo primero, que no tenía tiempo para una relación —se dio la vuelta—.

Me avergüenza admitirlo ahora, pero le supliqué, le rogué que reconsiderara, pero no quiso escuchar.

Por supuesto, todo tenía sentido ahora. Los pasillos oscuros y vacíos de Ingleby Rock, donde debería haber habido sirvientes atareados. Esos penetrantes gritos de medianoche que había descartado como la caza de un gato. El fuerte olor a anís del frasco derramado de Martha —agua de menta— y la cacerola de leche caliente en la cocina. La ansiedad de Edith por volver a sus responsabilidades en el continente. El constante giro del medallón entre sus dedos. La ansiedad de Edith por volver a sus responsabilidades en el continente. El constante giro del medallón entre sus dedos.

Y, quizás lo más revelador de todo, su mano flotando sobre su vientre.

Elizabeth encontró su mirada, sopesando cuidadosamente cada palabra.

—Edith, perdone que le pregunte... pero, ¿hubo... hubo un niño?

La mirada de Edith cayó a su regazo, un leve asentimiento confirmando la verdad.

—Pero por favor, se lo ruego... aparte de mi hermano, mi cuñada y esos pocos de confianza que han guardado mi secreto...

—Le aseguro, Lady Edith, que su secreto está a salvo conmigo, pero dígame, ¿sabía Whitaker lo del niño?

Negó con la cabeza.

—Cuando se lo conté a Thomas, me envió a Ingleby Rock en menos de una semana y me prohibió contactar con Magnus de nuevo. Su aislamiento ocultó mi... situación —su pulgar rozó el borde del medallón—. Martha y Ned se quedaron para ayudar. Han estado con mi familia durante años, pero los demás fueron despedidos para asegurar que el nombre de los Ingleby no quedara manchado por mi vergüenza.

—Entonces, por alguna razón inexplicable que nunca podré comprender... Thomas le permitió organizar su gran evento astronómico en nuestro observatorio. Incluso compró equipos nuevos a gran coste.

—Qué extraño —¿Por qué Lord Ingleby invertiría tanto en equipos para un solo evento? ¿Podría Whitaker haber estado utilizando su relación con Edith como influencia? Aunque eso tenía poco sentido si no sabía nada del niño—. ¿Qué dijo su hermano cuando le preguntó?

—Thomas se negó a discutirlo. La mera mención le provocaba un ataque de ira.

Elizabeth frunció el ceño.

—Pero seguramente tener a Whitaker aquí, en el observatorio, arriesgaba exponer su secreto.

—En efecto... ¡oh! Ojalá nunca hubiera puesto los ojos en Magnus Whitaker —Edith retorció las manos en su regazo—. ¿He mencionado que el capitán Bennett me ha pedido que me case con él? Quiere que me una a él cuando regrese a su regimiento.

—Aquella noche, después de la decepción con Aletheia, no podía dormir. Cuando bajé a la cocina por leche caliente, Arthur estaba allí. Hablamos y él... —la voz de Edith se suavizó—. Me dijo que aún me amaba.

—¿Y usted quiere casarse con él?

—Más que nada —por un momento, sus ojos se iluminaron, luego se nublaron, mientras se giraba—. Pero, ¿cómo podría?

El sonido estrepitoso de cristales rotos llegó desde el cuarto de baño. Edith se tensó, desviando la mirada entre Elizabeth y la puerta.

Elizabeth se apresuró al baño y abrió la puerta para encontrar a Helen Rice mirando el mar de fragmentos de cristal que rodeaban sus pies.

Edith se levantó de un salto, con la respiración entrecortada.

—¿Cuánto has oído?

La mirada de Helen se dirigió bruscamente hacia Elizabeth, palideciendo.

El ceño de Edith se profundizó, su mirada pasando de una mujer a otra.

—¿Qué está pasando? ¿Qué no me estáis contando?

—Magnus y yo éramos más que colegas —Helen respiró profundamente antes de continuar—. Él es, era, mi marido.

—¿Su marido? Pero... no entiendo... —su mano voló a su boca—. ¿Cuánto tiempo llevaban casados?

—Casi siete años... mucho antes de que usted le conociera.

—¿Usted lo sabía?

—Las aventuras de Magnus difícilmente eran un secreto para mí. Pero debo confesar que tenía mis dudas sobre usted. Era diferente a las otras. Joven, bonita y adinerada, sin mencionar su propio observatorio. Por eso tomé medidas... para acabar con la situación.

—¿Tomó medidas? —preguntó Elizabeth, mientras en su mente giraba la idea de que Helen hubiera sido quien acabó con la vida de Whitaker al descubrir su aventura con Edith—. ¿A qué se refiere?

—Escribí al capitán Bennett informándole sobre usted y Magnus. Me arrepentí en el instante en que la envié, pero estaba tan enfadada con él.

Edith se aferró al poste de la cama, dejándose caer sobre el colchón.

—¿Arthur lo sabe?

Helen asintió, con los hombros encorvados hacia dentro.

—Lo siento mucho, Lady Edith, por mentirle, especialmente después de que haya sido tan amable. Debería habérselo dicho.

Edith levantó una mano.

—No tiene nada por lo que disculparse. Soy yo quien debe pedirle perdón.

—No podía saberlo. No fue la primera, ni la última —Helen se hundió en el colchón junto a Edith, tomando sus manos entre las suyas—. Nos engañó a ambas.

Helen tenía razón. Ella y Edith eran simplemente víctimas de la traición de Magnus Whitaker, dos de muchas, sospechaba.

—Tenéis mucho de qué hablar —se dirigió hacia la puerta—. Os dejaré a solas.

Elizabeth se detuvo en el rellano, procesando todo lo que había descubierto. El embarazo de Edith arrojaba nueva luz sobre el descuidado Ingleby Rock: el personal mínimo, las alas sin usar, los jardines descuidados. Todo formaba parte del desesperado intento de su hermano por evitar que el escándalo tocara el nombre de los Ingleby.

Entonces, ¿por qué Ingleby no solo había permitido que Magnus Whitaker organizara un evento tan público en el observatorio, sino que había invertido fuertemente en nuevos equipos para ello? La visualización del cometa había atraído atención de todo el mundo. Después de todos sus esfuerzos por mantener oculto el secreto de Edith, ¿por qué arriesgarse ahora? Especialmente por un hombre como Whitaker.

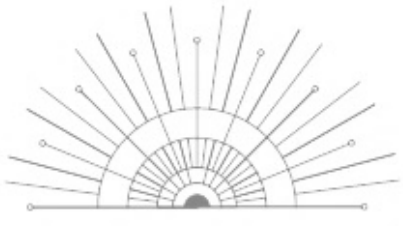
¿Y qué hay de Helen Rice? Su lista de engaños seguía creciendo: falsificación de los datos del cometa, su matrimonio secreto con Whitaker, y ahora esta confesión sobre la carta anónima al capitán Bennett.

¿Hasta dónde llegaba realmente su red de mentiras?

Aunque Edith había explicado sus deambulaciones nocturnas y las del capitán Bennett, Elizabeth no podía descartar a ninguno de los dos como sospechosos.

Luego estaba el propio capitán Bennett. Su devoción por Edith seguía intacta, a pesar de su compromiso roto y su aventura con Whitaker. Ahora le había propuesto matrimonio, ofreciendo un nuevo comienzo para ambos.

Pero, ¿se extendería esa misma devoción a criar al hijo de otro hombre?



Capítulo Dieciocho

HABÍA PASADO UNA HORA desde que el último invitado se retiró. Tiempo suficiente, esperaba Elizabeth, para que toda la casa estuviera profundamente dormida antes de comenzar su registro del dormitorio de Ingleby. Una puerta se abrió y se cerró —la de Bennett, por el sonido—. Elizabeth retrocedió de la puerta del dormitorio y se acomodó en una esquina de su cama.

—Alguien sigue moviéndose por ahí. Deberíamos esperar quince minutos más para estar seguras.

—Esta espera es interminable —respondió Cybil, moviéndose en el taburete del tocador—. Aunque no tan insoportable como la cena. Si tengo que aguantar otra velada de conversación forzada y verduras en vinagre, podría sentirme tentada a cruzar el Paso del Diablo a nado para escapar.

—Ingleby parece disfrutar atormentando al pobre señor Clarke. El hombre simplemente preguntó si el Paso estaría lo suficientemente tranquilo para cruzarlo mañana e Ingleby le atacó. No es de extrañar que esté tan desesperado por marcharse.

—Después de esa cena, sospecho que todos estamos contando los minutos hasta poder dejar atrás esta maldita isla.

—¿Qué piensas hacer con tu historia sobre Barrington cuando regreses a Londres? ¿Se la llevarás a tu editor para presionar a la policía a reabrir la investigación?

—Eso depende bastante de lo que encontremos en la habitación de Ingleby.

—Necesitaremos algo sustancial para obligar a la policía a investigar. Ingleby tiene amigos muy influyentes, y no será fácil desafiarle.

—Entonces debemos asegurarnos de que lo que encontremos no les deje otra opción.

—Deberíamos moderar nuestras expectativas, Cybil. Si Ingleby tiene algo que ocultar, dudo que lo guarde aquí.

—Al contrario. Esta isla es perfecta para esconder secretos. Nadie viene sin el consentimiento de Ingleby, y el Paso del Diablo mantiene alejados a los curiosos.

—Cierto —Elizabeth consideró las palabras de Cybil. El Paso del Diablo aseguraba que la isla fuera prácticamente una fortaleza. Sin embargo, aquí estaba Ingleby, abriendo su santuario para la observación del cometa de Whitaker—. Lo que hace aún más extraño que permitiera organizar este evento aquí. ¿Por qué lo haría si estuviera ocultando algo?

—Por lo que dicen, el profesor tenía libertad total en el observatorio durante su cortejo a Lady Edith. ¿Quizás descubrió algo sobre Barrington y lo utilizó como presión contra Ingleby? —Cybil se inclinó hacia delante, su concentración intensificándose a medida que cada pieza encajaba en su lugar—. Lo que también le daría un motivo para querer silenciar a Whitaker.

—Asumiendo que Ingleby sea nuestro asesino —Elizabeth se levantó de su asiento—. Comprobaré si no hay moros en la costa.

Se acercó a la puerta y miró hacia el rellano. No se veía luz bajo ninguna puerta, y la casa había quedado en silencio salvo por los ronquidos de Ingleby, que subían desde el salón. —Creo que ya podemos proceder.

—Le distraeré si se despierta, aunque por la decantadora vacía en la cena, lo dudo mucho.

Cybil bajó al salón donde Ingleby dormitaba en su sillón.

Elizabeth esperó hasta que Cybil desapareció de su vista, luego cruzó el rellano hasta el dormitorio de Ingleby. Una última mirada confirmó que estaba sola antes de deslizarse dentro.

La cama doble dominaba una pared, su cabecero de madera oscura haciendo juego con el pesado armario y la cómoda. Un pequeño escritorio ocupaba el espacio bajo la ventana.

Elizabeth cruzó hasta la mesita de noche y encendió la lámpara. Su mirada recorrió la habitación, deteniéndose en la chimenea donde bolas arrugadas de vitela gris perlado llenaban la rejilla, idénticas a la nota de suicidio de Whitaker. Recogió una, alisándola contra la repisa. Las palabras reflejaban su mensaje final, con sutiles variaciones que la marcaban como un borrador.

Alcanzó una segunda bola, desdoblandola cuidadosamente. Esta versión tenía una redacción similar a la anterior, pero con ligeras alteraciones.

El bloc de notas gris perlado sobre el escritorio llamó su atención. Elizabeth lo acercó a la lámpara, inclinando la página hasta que surgieron leves hendiduras en la superficie. Rebuscó en el cajón del escritorio, encontró un lápiz y lo pasó suavemente por el papel. Aunque borrosa, la impresión se reveló. Las palabras exactas de la nota de suicidio de Whitaker estaban marcadas en la página inferior.

Elizabeth estudió la evidencia ante ella: los borradores descartados, la vitela gris perlado y las palabras marcadas en el bloc de Ingleby. Ingleby había escrito la nota de suicidio, la evidencia era irrefutable. Pero falsificar la nota de suicidio de Whitaker no le convertía en un asesino.

Sin embargo, si no había asesinado al profesor, ¿por qué tomarse la molestia de falsificar la nota?

Elizabeth separó la página del bloc y se la guardó en el bolsillo. Mejor asegurar la evidencia ahora que encontrar una rejilla vacía más tarde. Su atención se dirigió a la cómoda mientras abría suavemente el cajón superior.

Unas cuantas corbatas de seda yacían enredadas en una esquina del cajón, por lo demás vacío. Lo cerró y pasó al segundo cajón, su mano deteniéndose a medio tirar. Algo no cuadraba. La longitud interna del cajón era notablemente más corta que la del primero, a pesar de ser iguales por fuera.

Retiró el escaso contenido —un par de guantes de cuero y ballenas de cuello— y luego pasó los dedos por el panel trasero

hasta encontrar un ligero reborde. La presión directa no produjo nada, pero al cambiar el ángulo de su toque, se escuchó un suave clic.

Elizabeth metió la mano en la cavidad, sus dedos avanzando hasta tocar algo sólido. Su mano se cerró alrededor del objeto, extrayendo un delgado libro de cuentas encuadernado en piel. Al abrirlo, hojeó las páginas, cada una revelando pulcras columnas de cifras y fechas. ¿Registros contables, quizás? ¿O algo más deliberado?

Un golpe fuerte seguido de cristales rompiéndose resonó desde abajo.

Ingleby estaba despierto.

Los dedos de Elizabeth trabajaron para volver a colocar el panel en su sitio, preciosos segundos escapándose mientras luchaba por alinear los bordes. Uno de los guantes se le escapó de las manos y lo recogió rápidamente, metiéndolo en el cajón junto a las ballenas de cuello.

Examinó cada rincón de la habitación. Un hombre que guardaba sus secretos tan celosamente como Ingleby no perdonaría a un intruso en sus aposentos privados.

Satisfecha de que no quedara rastro de su búsqueda, apagó la lámpara. Con el libro de cuentas firmemente presionado contra su costado, abrió suavemente la puerta y miró alrededor del marco. El rellano se extendía ante ella, la puerta de su dormitorio tentadoramente cerca, hasta que la figura de Ingleby apareció en lo alto de las escaleras.

Contuvo la respiración mientras las opciones corrían por su mente. En su estado de embriaguez, podría llegar a su habitación sin ser notada. ¿Pero y si se equivocaba? ¿Y si la veía...? No quería ni pensarlo.

Se deslizó de nuevo dentro de la habitación mientras los pasos irregulares de Ingleby resonaban por el rellano, cada paso seguido por una pausa. Su mirada osciló entre el estrecho armario y las cortinas que colgaban sin llegar al suelo. Ninguno la ocultaría.

Elizabeth se dejó caer de rodillas y se deslizó bajo la cama, aferrando el libro contra su pecho. El polvo le hizo cosquillas en la nariz mientras retrocedía hasta que sus hombros tocaron la pared.

Atrapada, contuvo la respiración mientras el picaporte hacía clic sobre ella.

La lámpara eléctrica se encendió, iluminando la habitación mientras Ingleby tropezaba hacia la cama. Los muelles crujieron bajo su peso, el colchón presionando cerca de la espalda de Elizabeth. Enterró la cara en su manga, luchando contra el impulso de toser mientras motas de polvo giraban alrededor de su cabeza.

—Culpa de Barrington —balbuceó Ingleby—. Principios... —Un zapato golpeó el suelo cerca de la cara de Elizabeth—. Preciosos principios —Otro golpe cuando el segundo zapato se unió al primero —. Debería haber... aceptado el dinero.

Algo pequeño y brillante cayó al suelo —un gemelo— girando bajo la luz de la lámpara hasta detenerse frente a ella. La rodilla de Ingleby golpeó el suelo, su mano recorriendo a ciegas las tablas del suelo a centímetros de su cara antes de que ella lo empujara hacia sus dedos.

—Ah —Los dedos de Ingleby agarraron el gemelo antes de izarse sobre la cama. El somier crujió mientras cambiaba de posición. Elizabeth se apretó contra el suelo mientras el colchón se hundía sobre ella. Esperó pacientemente, aguardando hasta que cada ronquido se hizo más largo, más pesado, hasta finalmente convertirse en un profundo rumor.

El espacio bajo la cama la aprisionaba mientras se desplazaba lateralmente sobre los codos, con cada músculo tenso por el esfuerzo de mantenerse en silencio. Su corazón retumbaba en sus oídos mientras se arrastraba hacia la puerta, sincronizando cada movimiento con los ronquidos de Ingleby.

—Barrington... —El nombre se deslizó de sus labios mientras se daba la vuelta con un gruñido. La sangre de Elizabeth se congeló, su palma inmóvil contra el picaporte mientras los muelles de la cama protestaban. Un momento interminable se extendió hasta el siguiente hasta que sus ronquidos llenaron el silencio una vez más. Se escabulló de la habitación, cerrando suavemente la puerta tras ella. Con el libro de cuentas bajo el brazo, cruzó rápidamente el rellano y entró en su dormitorio.

Cybil se dio la vuelta. —Gracias a Dios —Las palabras se le atascaron en la garganta—. He estado tan preocupada... Ingleby dejó caer su vaso y el ruido lo despertó... Intenté detenerlo pero ya sabes cómo es —Se interrumpió, mirando fijamente la ropa de Elizabeth—. ¿Qué diablos es eso?

—Polvo —Elizabeth se quitó una telaraña de la falda—. Tuve que esconderme debajo de la cama.

Le contó a Cybil que había encontrado las notas descartadas en la rejilla. —Mira —Sacó la copia que había hecho de su bolsillo, inclinándola bajo la lámpara para revelar la superficie marcada—. Un calco de la página superior de su cuaderno. Las palabras coinciden exactamente. Había escrito borrador tras borrador hasta que quedó satisfecho.

—Esto demuestra que Ingleby es culpable.

—Solo demuestra que escribió la nota de suicidio, no que cometió un asesinato.

Los hombros de Cybil se hundieron mientras asimilaba las palabras de Elizabeth. —¿Había algo más?

—De hecho, sí —Elizabeth levantó el libro de cuentas—. Encontré esto detrás de un panel falso en su cómoda.

—¿Qué es?

—Un libro de contabilidad —Elizabeth lo abrió—. Fechas y cifras, todo documentado. Necesito tiempo para estudiarlo adecuadamente, pero a juzgar por estas entradas y fechas, creo que coinciden con el escándalo de malversación en el banco de Ingleby.

—¿Crees que pertenecía a Edgar Barrington?

—Posiblemente —Elizabeth pasó la página—. Cuando estaba en la habitación de Ingleby, él no dejaba de murmurar sobre los preciosos principios de Barrington y cómo debería haber aceptado el dinero.

La expresión de Cybil se agudizó. —Entonces, Barrington descubrió la verdad. Ingleby intentó comprar su silencio, pero cuando eso falló... —Dejó que las palabras quedaran en el aire.

Elizabeth cerró el libro. —Sigue siendo una especulación. No tenemos pruebas de lo que le ocurrió al señor Barrington. Todo lo que podemos hacer es reunir todas las pruebas posibles para la policía.

—Cierto... pero no podemos permitir que se salga con la suya, Elizabeth.

—Si Ingleby es culpable, mi hermano se asegurará de que se haga justicia. Ahora, ¿por qué no nos preparas un té mientras reviso estas entradas del libro? Tenemos una larga noche por delante.

—Excelente idea —Cybil se detuvo en la puerta, arqueando una ceja—. Té, el perfecto acompañamiento inglés para todo, desde fiebres hasta delitos.

A solas con las pruebas, Elizabeth se sumergió en el libro de contabilidad. Página tras página detallaba transferencias sospechosas, cuentas de clientes vaciadas a través de una compleja red de transacciones. Las meticulosas notas trazaban el flujo de dinero desde el Barings Bank, y luego hacia el *Banco do Brasil*. Cada entrada documentaba fechas, cantidades y números de cuenta, revelando un patrón de robo sistemático disfrazado de transacciones rutinarias de clientes. Una semana en particular destacaba: tres cuentas de clientes separadas, cada una mostrando transferencias de más de diez mil libras.

Elizabeth se estiró, aliviando la rigidez de sus hombros por estar inclinada sobre el libro. Sonaron pasos en el rellano —Cybil que regresaba con el té. Cuando nadie apareció, se levantó para comprobar. Cybil estaba en lo alto de las escaleras, con la bandeja del té en la mano.

Los pasos de momentos atrás... solo su imaginación, embotada por las interminables columnas de números y la falta de sueño.

Cybil puso la bandeja en el tocador junto al libro y sirvió el té. —¿Has descubierto alguna irregularidad?

—Varias, pero destacan tres transacciones, todas en la misma semana, cada una por diez mil libras. Fueron transferidas desde el Barings Bank al *Banco do Brasil* —Elizabeth giró el libro hacia Cybil, deteniéndose para sorber su té—. En Río de Janeiro... Brasil.

—¿Brasil? —Los ojos de Cybil se agrandaron—. ¿No posee Ingleby una mina de oro en Brasil? —Dejó su taza y se acercó a su maleta, sacando una carpeta familiar. Se acomodó de nuevo en la cama, extendiendo sus notas sobre la colcha.

—Sí, en *Minas Gerais* —Elizabeth observaba mientras Cybil hojeaba sus papeles—. ¿Ocurre algo?

—Según la declaración de Wenna... —Cybil pasó los dedos por sus papeles, examinando cada página—. Parece que estas transferencias ocurrieron... cuatro días antes de que el señor Barrington saliera para su reunión en Ingleby Rock.

—¿Wenna?

—La señora Barrington.

—Qué nombre tan inusual.

—Sí, es el diminutivo anglicizado de su nombre —Cybil continuó revisando sus notas—. Cerridwen es bastante difícil de pronunciar.

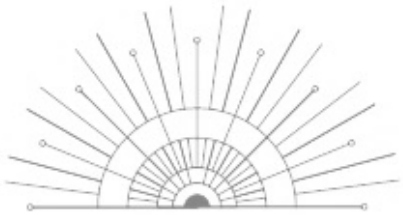
¿Cerridwen? Recordó su conversación con Clarke. Oír un nombre tan inusual dos veces en tan pocos días, seguramente no podía ser una coincidencia.

—Cybil, ¿la señora Barrington tiene hermanos?

—Sí, tiene una hermana, con quien vive, y creo que también hay un hermano, si no recuerdo mal.

—¿Por casualidad, sabrías si...?

¡Crack! Sonó el disparo.



Capítulo Diecinueve

ELIZABETH SE LEVANTÓ DE un salto de su asiento y cogió su maletín, sacando la pistola de bolsillo Browning de su funda de cuero escondida bajo su ropa.

—¿Una pistola? —Cybil ya estaba en la puerta—. No tenía ni idea de que compartía habitación con Annie Oakley.

—Difícilmente. —Elizabeth arqueó una ceja, sus dedos moviéndose hábilmente sobre el seguro de la pistola—. La solución de mi hermano a mi aparente talento para encontrar problemas. —Se volvió hacia Cybil con la mano lista en el pomo de la puerta—. Quizás deberías quedarte aquí.

—¿Y dejarte enfrentar esto sola? Ni hablar.

Elizabeth abrió la puerta con cuidado, examinando el descansillo. Bennett estaba despeinado en su puerta, con la camisa desarreglada y el pelo oscuro revuelto por el sueño.

—¿Alguien más ha oído eso? —Edith apareció en su puerta, sus dedos ajustándose el cinturón del batín, con Helen cerca de su hombro. Su mirada ansiosa recorrió el descansillo—. ¿Thomas? ¿Dónde está mi hermano? —Dio un paso hacia su habitación.

—Edith, por favor. —Bennett le bloqueó el paso—. Quizás debería volver a su habitación. ¿Señorita Rice, podría...?

—Por supuesto. —Helen guio a Edith de vuelta hacia su dormitorio, con una mano suave en su codo.

Bennett se volvió hacia Elizabeth y Cybil.

—Quizás vosotras deberíais...

La mirada que Elizabeth le dirigió le hizo callar.

—Veo que estoy perdiendo el tiempo. —Su mirada se posó en la Browning—. Veo que venís preparadas.

—Por supuesto, nunca viajo sin ella. —Elizabeth sostuvo su mirada con firmeza—. Y como parece que soy la única armada, ¿quizás debería yo tomar la delantera?

—De ninguna manera. —Bennett se puso delante de ellas—. Pero por favor, señoras, haced lo que os digo y quedaos detrás de mí.

Bennett las guio por el descansillo, pero se detuvo fuera de la habitación de Ingleby, indicando a Elizabeth y Cybil que esperaran.

Empujó la puerta, entrando precipitadamente, con Elizabeth y Cybil pisándole los talones.

—¿Pero qué demonios?

La lámpara de la mesilla estaba volcada, su pantalla torcida. La ropa de cama enredada se derramaba sobre el suelo, evidencia de una lucha reciente.

Clarke estaba detrás de Ingleby, con un brazo apretado contra su garganta y una pistola presionada contra su sien. La ropa de noche de Ingleby estaba arrugada y aplastada, el cuello torcido.

—Está loco... completamente loco. —La voz de Ingleby se tensó—. Desperté y lo encontré... intentó forzarme a coger la pistola. Quería que pareciese como si yo hubiese...

—No es más de lo que mereces. —La voz de Clarke se quebró—. Edgar Barrington era un hombre de principios, un buen hombre, un buen marido.

Bennett frunció el ceño.

—¿Edgar Barrington?

—Le dio a tu banco veinte años de servicio leal. —Algo cambió en el tono de Clarke—. Y tú lo destruiste a él y a su familia para salvarte... para encubrir lo que habías hecho.

—Este hombre está loco. —El sudor perlaba la frente de Ingleby mientras se retorcía contra el agarre de Clarke—. Te encerrarán. Me aseguraré de que te pudras por esto.

—¡Deja de hablar! —El brazo de Clarke se apretó alrededor del cuello de Ingleby—. Toda mi vida he visto cómo tú y los de tu clase os escondéis detrás de la riqueza y el privilegio mientras la justicia se marchita.

Bennett dio un paso adelante, con las palmas levantadas.

—Piensa en lo que estás haciendo, Clarke. Este no es el camino.

—Quédate donde estás. —Clarke apuntó con la pistola hacia Bennett—. No te das cuenta del daño que ha causado. Barrington y su esposa dedicaron sus vidas a los demás. —El dolor enronqueció su voz—. Pilares de la iglesia, extendiendo ayuda a cualquier alma necesitada. Y ahora, ella *lo* ha perdido todo por su culpa. —La amargura impregnaba las palabras de Clarke—. Su marido, su hogar, su salud. Esas mismas personas que una vez buscaron su caridad ahora apartan la mirada. Los acreedores la acosan constantemente... pero ya no le queda nada que dar.

La feroz protección en la voz de Clarke, su conocimiento íntimo del sufrimiento de la señora Barrington... confirmaba sus sospechas.

—La señora Barrington y usted son hermanos, ¿verdad?

La pistola tembló contra la sien de Ingleby.

—¿Cómo ha...?

—Cerridwen. —Elizabeth se acercó más a Clarke—. Un nombre tan inusual. Cuando lo escuché primero en nuestra conversación, y luego de nuevo de la señorita Hughes... no podía ser solo coincidencia.

—Entonces entiende por qué tengo que hacer esto. —Sus hombros se hundieron.

La punta del zapato de Bennett avanzó un poco.

—¿Qué es lo que cree que él descubrió?

—No conozco los detalles, pero sé que vino aquí esa noche con las pruebas para enfrentarse a Ingleby.

—Por última vez, nunca llegó. —Los dedos de Ingleby arañaron el brazo de Clarke presionado contra su garganta—. Si tal evidencia existiera, ¿dónde está? La policía no encontró nada.

Cybil se apartó detrás de Elizabeth antes de escabullirse de la habitación.

—Señor Clarke, este no es el camino. —Elizabeth se acercó más, con sus ojos fijos en los de él—. Deberíamos seguir los canales apropiados. Dejar que las autoridades se encarguen de esto.

—¿Quién me va a escuchar? —La voz de Clarke se endureció—. Hombres como él, hombres con dinero e influencia... escapan de la justicia mientras la gente honesta sufre. ¿Dónde estaba la justicia para Barrington? ¿Para mi hermana?

Cybil regresó, sosteniendo el libro de cuentas y el reloj.

—Pero esta vez, señor Clarke, tenemos pruebas sólidas.

—El reloj de Edgar. —La voz de Clarke se quebró—. Mi hermana se lo regaló para su aniversario de bodas.

—¿De dónde habéis sacado ese libro? —Ingleby luchó contra el agarre de Clarke, las palabras raspando desde su garganta.

—La señorita Hughes tiene razón. La evidencia habla por sí misma. —Elizabeth se movió hacia Clarke—. Mi hermano, Lord Hawthorne, es magistrado. Él se asegurará de que la policía investigue correctamente esta vez. Ingleby enfrentará la justicia. —Dio otro paso—. Déme la pistola, señor Clarke.

—Agradezco su oferta, Lady Elizabeth, y estoy seguro de que mi hermana estará agradecida de finalmente limpiar el nombre de su marido. Pero... —El agarre de Clarke se apretó sobre la pistola—. Me temo que es demasiado tarde para mí.

—No es demasiado tarde. —Elizabeth dio otro paso hacia Clarke—. Solo déme la pistola.

—No lo entiende. He hecho algo terrible, Lady Elizabeth, y bien podría colgar por dos asesinatos como por uno.

—¿Dos asesinatos? —Todo encajó en su lugar. El escándalo de plagio en Cambridge, los años siendo ignorado en su carrera, el contrapeso torpemente escondido en el otomano—. Fue usted, ¿verdad? Usted asesinó al profesor.

—Una vez más, Lady Elizabeth, está en lo cierto. —Clarke retrocedió ante el lento avance de Bennett, arrastrando a Ingleby con él—. No quería... fue un accidente. Fui al observatorio para enfrentarme a él por robar el crédito del trabajo de Helen. Pero él simplemente se rio en mi cara, me preguntó qué iba a hacer al respecto.

Cuando Bennett dio otro paso, Clarke tiró de Ingleby más cerca.

—Lo amenacé con exponerlo. Se burló de mí, dijo que nadie creería mi palabra sobre la suya... era Cambridge otra vez. —Su espalda golpeó la pared—. Había sido demasiado cobarde para enfrentarme a él entonces, pero esta vez estaba decidido a asegurarme de que todos descubrieran qué fraude era. Me golpeó primero... hubo una lucha... y yo, no sé qué me pasó, pero... lo golpeé.

Ingleby echó la cabeza hacia atrás contra la barbilla de Clarke. El agarre de Clarke falló, dando a Ingleby la apertura que necesitaba. Un fuerte golpe con el codo y el control de Clarke se rompió por completo. Tropezaron contra el tocador, enviando la pistola al suelo con un estrépito.

Ingleby se lanzó hacia la pistola, y por una fracción de segundo, nadie se movió... entonces Bennett saltó hacia adelante, pero demasiado tarde. Ingleby la agarró y se volvió hacia Clarke.

—Todos lo habéis visto. —El pecho de Ingleby subía y bajaba mientras apuntaba la pistola hacia Clarke—. Me atacó. Amenazó mi vida. Fue en defensa propia. —Su mirada recorrió la habitación, exigiendo complicidad.

—Baje el arma, Ingleby. —Bennett dio un paso adelante—. Antes de que alguien resulte herido.

—¿Herido? Iba a matarme. —Ingleby amartilló la pistola—. Solo estaba defendiéndome.

Elizabeth apuntó su Browning a Ingleby.

—Suelta la pistola.

—Bájela, Lady Elizabeth. —La mirada de Ingleby se dirigió a su pistola antes de volver a Clarke—. No es un juguete.

—Le aseguro, Lord Ingleby, que mi puntería es bastante precisa. Y a diferencia de esa pistola de fogueo que está sosteniendo, mi Browning hará considerablemente más que un moretón.

La incertidumbre centelleó en el rostro de Ingleby. Su agarre sobre la pistola vaciló, el tiempo suficiente para que Bennett lo derribara al suelo.

La pistola de fogueo se deslizó por el suelo mientras los dos hombres forcejeaban. Bennett sujetó los hombros de Ingleby, pero

la rodilla de Ingleby le golpeó en las costillas. Cuando el agarre de Bennett se aflojó, Ingleby se liberó, clavando su codo en la barbilla de Bennett. Bennett retrocedió, luego golpeó. Su puño conectó con la mandíbula de Ingleby con un crujido espantoso, e Ingleby se desplomó.

Bennett giró a Ingleby sobre su estómago.

—Necesitamos algo para asegurar sus manos.

Elizabeth miró hacia el tocador, su pistola de bolsillo aún apuntando a Ingleby.

—Cajón superior —dijo, recordando la colección de corbatas de seda que había descubierto durante su búsqueda anterior.

Cybil recuperó un trozo de seda roja, pasándoselo a Bennett. Él ató las muñecas de Ingleby, luego comprobó el pulso del hombre inconsciente.

—Tendrá un buen dolor de cabeza cuando despierte, pero vivirá.

Clarke se desplomó contra la pared, toda su fuerza abandonándole. Miró sus manos.

—Nunca quise nada de esto... Dios mío, ¿qué he hecho?

Elizabeth lo estudió. A diferencia de la malicia calculada de Ingleby, los crímenes de Clarke surgieron de un retorcido sentido de la justicia: defender el honor de su hermana y confrontar el fraude de Whitaker. Seguía siendo un asesino, pero uno quebrado por las circunstancias en lugar de corrompido por la codicia o el beneficio personal.

Bennett se puso de pie.

—Vigilaré a ambos hasta la mañana. —Se volvió hacia Elizabeth—. ¿Puedo pedir prestada tu Browning?

—Por supuesto. —Elizabeth le entregó la pistola.

Bennett miró a Clarke.

—¿Necesito asegurar también sus manos?

Clarke negó con la cabeza, toda la lucha abandonándole.

Elizabeth recuperó la pistola de fogueo.

—Tengo que hablar con Lady Edith. Mencionó que tienen una señal para llamar a Ned desde el continente.

—Gracias, Lady Elizabeth. Cuanto antes dejemos esta isla y la investigación en manos de la policía, mejor para todos los

implicados.

Elizabeth miró a Clarke desplomado contra la pared, y luego a Ingleby atado en el suelo.

—Le dejamos con ello, entonces, Capitán. —Siguió a Cybil hacia el descansillo.

Se detuvieron fuera de la puerta del dormitorio.

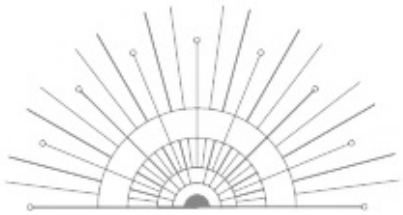
—Pondré esto en un lugar seguro hasta que regresemos a Londres y tu hermano pueda examinarlos adecuadamente.

—En efecto. —Elizabeth asintió, sus pensamientos en otra parte—. Aunque esta evidencia fortalece el caso contra Ingleby, me temo que hará poco para ayudar a Clarke.

Dos asesinos, pero dos caminos vastamente diferentes hacia el mismo destino. Clarke había actuado en el calor del momento, un sentido de injusticia que había estallado en violencia. Un defensor de los oprimidos que había cruzado una línea imperdonable.

Ingleby, sin embargo, estaba cortado de una tela diferente. Sus acciones habían sido precisas, calculadas. Cada movimiento orquestado para proteger su riqueza y posición. Había eliminado a Barrington con la misma fría precisión con la que había robado a sus clientes.

Sin embargo, a pesar de sus diferentes caminos hacia la ruina, ambos hombres enfrentaban el mismo final: la soga del verdugo.



Capítulo Veinte

ELIZABETH SE DETUVO EN el embarcadero, protegiéndose los ojos del sol primaveral mientras contemplaba la isla por última vez. La característica cúpula de cobre del observatorio coronaba el lado más alejado, donde aún yacía el cuerpo del profesor Whitaker.

La barca de Ned apenas podía acomodar a todo el grupo, y mover el cuerpo por segunda vez podría comprometer pruebas vitales. Por ahora, el profesor tendría que permanecer en la isla hasta que llegara la policía e hiciera los preparativos necesarios para transportar el cuerpo de vuelta al continente.

El cometa Aletheia, llamado así por la Diosa de la Verdad y la Luz, ciertamente había hecho honor a su nombre, incluso sin adornar el cielo nocturno. Su prometida llegada había expuesto el lado más oscuro de la naturaleza humana: la avaricia, la envidia, los celos, el engaño y, lo más atroz de todo, el asesinato.

Las palabras de Clarke de una conversación anterior resonaron en la mente de Elizabeth: Ah, los griegos y su hybris. Qué apropiado que la propia hybris de Ingleby —su arrogante convicción de que la riqueza y la posición lo situaban por encima de la justicia, que las reglas eran para hombres inferiores— hubiera provocado su caída. Como en tantas tragedias griegas, su intento de controlar el destino solo había acelerado su destrucción.

Ernest Clarke no era un criminal. Era simplemente un académico empujado a enfrentarse a los likes de Whitaker e Ingleby cuando la justicia convencional había fallado. La ironía final residía en su arma elegida: una pistola de fogueo. La misma pistola de fogueo que Cybil y Lady Edith habían utilizado para llamar a Ned a la isla esa misma mañana.

Elizabeth observó cómo Bennett se dirigía hacia el embarcadero; el breve respiro del desayuno había hecho poco para aliviar la fatiga de su noche en vela. Con el Browning en la mano, indicó a Ingleby y Clarke que avanzaran, vigilándolos mientras recorrían el camino irregular.

La pipa de Ned colgaba entre sus dientes cuando Lord Ingleby pisó el embarcadero. Sus dedos palidecieron sobre la cuerda de amarre al ver las muñecas de su señor atadas con la corbata de seda roja.

Ingleby se tambaleó ligeramente, con un movimiento rígido e inestable. La dura luz matinal no le favorecía: un lado de su mandíbula mostraba la tenue floración púrpura de un hematoma, en marcado contraste con el tinte amarillento bajo sus ojos. Una marca más oscura, medio oculta por su cuello, trazaba la curva de su garganta donde el brazo de Clarke se había tensado la noche anterior.

Entrecerró los ojos ante la luz diurna, la profunda línea entre sus cejas revelaba algo más que resentimiento. Los aromas nítidos de tierra lavada por la lluvia y la brisa marina flotaban en el aire matutino, pero Elizabeth sospechaba que el rancio sabor del whisky de anoche aún se aferraba a su aliento. Sus labios se separaron, quizás para protestar, pero las palabras que pretendía pronunciar no le salieron.

Clarke seguía a Ingleby, con la cabeza inclinada y las gafas agrietadas torcidas. Su chaqueta de tweed, normalmente tan meticulosamente planchada, mostraba las señales de su lucha. Sus manos colgaban sueltas a los costados, tan atadas por las consecuencias como Ingleby lo estaba por la seda.

Detrás de ellos, Bennett mantenía el Browning fijo en una mano, flexionando distraídamente los nudillos magullados de la otra. Captó

la mirada de Elizabeth y le hizo el más mínimo gesto de reconocimiento; cualquier dolor que persistiera en su mano, no se quejaba.

Helen acompañó a Edith a través del embarcadero hacia la popa, las tablas de madera moviéndose bajo sus pies. Mientras se acomodaban, la mirada de Edith se detuvo en las muñecas atadas de su hermano. Cerró los ojos, un ligero temblor recorrió sus manos enguantadas mientras las apretaba con fuerza en su regazo.

Elizabeth observó cómo las dos mujeres se acercaban. Ambas habían sufrido a manos de Whitaker: una a través de sus falsas promesas de matrimonio, la otra a través de un matrimonio construido sobre mentiras. Su dolor compartido había forjado una alianza improbable.

Sin Ingleby para protegerla, el secreto cuidadosamente guardado de Edith destruiría su posición entre la élite de Londres, si alguna vez se revelara; una madre soltera encontraría cerradas todas las casas respetables de Londres. Y Helen... su reputación académica pendía de un hilo. La exposición de sus datos falsificados destruiría su carrera, aunque reclamar su propio trabajo sin el nombre de Whitaker podría resultar igualmente condenatorio en los dominios académicos dominados por hombres.

—¿Tienes el reloj de Barrington y el libro de cuentas? —preguntó Elizabeth cuando Cybil se unió a ella en el borde del embarcadero.

Cybil palmeó su bolso de cuero.

—Sí, ambos a buen recaudo —echó un vistazo hacia Ingleby—. Todavía no puedo entender por qué escribió esa nota de suicidio. Si no mató a Whitaker, ¿por qué esforzarse tanto en hacer que pareciera autoinfligido?

—Quizás pensó que llamaría menos la atención. Después de la controversia de Aletheia, el suicidio parecería perfectamente plausible —Elizabeth bajó la voz—. Lo último que quería Ingleby era que alguien registrara esta isla demasiado a fondo. ¿Quién sabe qué otros secretos podrían desenterrar?

—Pobre señora Barrington —la voz de Cybil se suavizó—. Espero que lo que descubra la policía le traiga algo de paz, aunque con su

hermano enfrentándose a la horca... —miró la figura derrotada de Clarke.

—Ciertamente.

—Lo preocupante es que podría haberse salido con la suya si no hubiera sido por ti y tu perspicacia investigadora.

—Por *nosotras*, Cybil. Si no hubiera sido por *nosotras*.

—Será mejor que nos marchemos ya —llamó Ned, alcanzando el encendido. El motor tosió y luego arrancó.

Bennett y Clarke tomaron asiento en el banco de madera, haciendo espacio mientras Elizabeth y Cybil embarcaban. Ingleby se dirigió a popa, sentándose junto a Ned en el timón.

La barca se balanceó contra el embarcadero mientras se acomodaban. La mirada de Elizabeth se desvió hacia Clarke. Sus hombros se curvaban hacia dentro bajo el peso de lo que había hecho, y lo que seguramente seguiría.

—Nunca pretendí que ocurriera nada de esto... Solo tenía la intención de enfrentarme a Lord Ingleby por mi cuñado —se quitó las gafas, frotándose los ojos—. Me avergüenza casi admitirlo, pero incapacité deliberadamente a mi superior con polvos para asegurarme de que estuviera demasiado enfermo para viajar y me enviara a mí en su lugar —se volvió a poner las gafas con manos temblorosas—. Pero al menos ahora mi hermana —y el mundo— conocerán la verdad sobre Edgar, y en eso encuentro algo de consuelo.

Ingleby se removió en el banco de popa, con una vena pulsando en su sien mientras probaba la atadura de seda.

La barca se balanceó mientras Ned ajustaba su rumbo.

—Las corrientes están fuertes hoy —Elizabeth se estabilizó, observando cómo la isla Ingleby se empequeñecía en el horizonte. El casco subía y bajaba contra la fuerza de la corriente submarina.

—Cualquier castigo que me espere —Clarke levantó la barbilla—, saber que Cerridwen podrá mantener la cabeza alta en sociedad de nuevo lo hace soportable.

Ingleby se apartó, creando el espacio que pudo dentro de los confines del banco de popa.

—Disculpe, mi señor —dijo Ned, estabilizándose contra el hombro de Ingleby cuando la barca se inclinó contra una ola. La mirada de Ingleby se dirigió rápidamente a Ned, intercambiando una mirada fugaz.

Los nudillos de Edith se blanquearon contra el banco de madera mientras otra ola los levantaba, cada subida y bajada dibujando un nuevo terror en su rostro. La atención de Bennett saltaba entre sus dos detenidos y Edith, debatiéndose entre el deber y la preocupación.

—Quizás podríamos compartir un momento de oración —Clarke inclinó la cabeza.

—Por el amor de Dios, hombre —la barca se tambaleó cuando Ingleby se puso de pie, el agua salpicando contra el casco.

—Tranquilo, Ingleby —Bennett se levantó, afirmando más los pies mientras la barca se inclinaba—. Nos harás caer a todos al agua.

—Thomas, *por favor* —suplicó Edith.

—Es él —Ingleby señaló a Clarke—. Siempre parloteando como un santurrón... igual que Barrington. No paraba de hablar... hasta que no pude soportarlo más.

Clarke se abalanzó hacia adelante, haciendo que la barca se balanceara violentamente.

—Lo sabía... asesino...

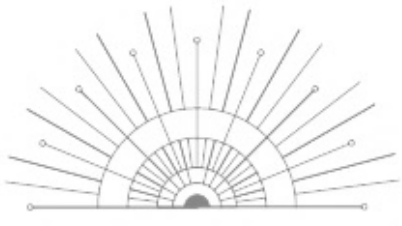
—¡Quietos los dos! —Bennett se interpuso entre ellos, provocando una peligrosa inclinación de la barca.

—¡Arthur, por favor... Thomas, no! —la voz de Edith se quebró de terror.

Elizabeth agarró la regala, su mano libre sujetando el brazo de Cybil.

El agua salpicó por los lados, la bruma marina empañando la visión de Elizabeth. No podía estar segura. La mirada entre Ned e Ingleby fue tan breve que podría haberla imaginado.

La barca dio un último bandazo. Un destello de seda roja golpeó la cubierta mojada mientras Ingleby se precipitaba hacia atrás en el Paso del Diablo.



Epílogo

ELIZABETH ESTABA ENCORVADA SOBRE el periódico matutino en su rincón del Lyons Tea Rooms en Fleet Street. Su té, ya olvidado, había perdido su vapor, y su tenedor había reducido hacía tiempo el pastelito de Lyons Maid a un montón de migas mientras devoraba las columnas. Una cuchara repiqueteó en un platillo cercano, una silla se arrastró contra el suelo de baldosas.

—¿Le gustaría una tetera fresca, señora? —Una Gladys, una de las camareras de Lyons, se detuvo en su mesa.

Elizabeth consultó su reloj de pulsera. —Ahora mismo no, gracias. Estoy esperando a alguien.

Se dirigió a las páginas de sociedad, encontrando el anuncio meticulosamente elaborado del servicio memorial privado de Lord Ingleby, celebrado tres semanas después de aquel fatídico día en Devil's Pass. Una ceremonia digna en la capilla familiar de Cornualles, ya que las aguas habían negado a la familia un entierro apropiado. Lady Ingleby solicitaba donaciones benéficas a la Real Institución Nacional de Botes Salvavidas en memoria de su marido — un tributo apropiado, señalaba el artículo, dadas las circunstancias de su fallecimiento.

Sus ojos se desplazaron hacia el artículo adjunto sobre la señora Edith Bennett, hermana de Lord Ingleby. El anuncio apresuradamente organizado detallaba su inminente partida hacia

Egipto con su marido, el Capitán, y su hijo pequeño. El artículo presentaba una narrativa ordenada — su discreta boda doce meses antes, el distinguido destino en la India, el regreso de la señora Bennett a Inglaterra cuando el clima resultó inadecuado durante su embarazo, y el afortunado nuevo nombramiento del Capitán que les esperaba a los tres en El Cairo. Una obra maestra de discreción, pensó Elizabeth, para aquellos que preferían el consuelo de verdades convenientes.

Elizabeth dejó el periódico a un lado. El destino en el extranjero ofrecía a los Bennett lo que los salones de Londres no podían — distancia y la promesa de reinventarse. Una solución práctica, reflexionó, cuando la reputación pendía de hilos tan delicados.

Un destello de movimiento captó la atención de Elizabeth cuando Cybil se acercó apresuradamente a su mesa, con las mejillas resplandecientes de triunfo a pesar de su estado de agitación.

—Lo siento muchísimo —pero el mismo Astor vino a la oficina para felicitarme. ¿Puedes creerlo? —Cybil se deslizó en su asiento y sacó un ejemplar nuevo de *The Times*—. Mira, mi primera noticia de portada con mi propio nombre. La primera mujer del periódico en conseguirlo.

—¡Cybil, eso es maravilloso! Un triunfo bien merecido, sin duda.

Elizabeth desplegó el periódico. El titular anunciaba la trágica verdad tras la desaparición de Edgar Barrington — su muerte accidental en los túneles subterráneos de la Isla Ingleby, atrapado por la marea creciente. El artículo detallaba su última visita para discutir inversiones de clientes con Lord Ingleby. Sus documentos recuperados revelaban no solo el alcance de estas empresas sino su notable éxito. El banco, aseguraba el artículo, ya había distribuido considerables beneficios a todos los depositantes afectados.

—La señora Barrington parece estar en paz con el acuerdo —Cybil hizo una señal a una Gladys que pasaba—. Una tetera fresca, por favor —Se volvió hacia Elizabeth—. La casa y la pensión ayudan, por supuesto, pero lo que más le importaba era reivindicar la reputación de su marido. La pobre mujer pasó meses defendiendo el carácter de él contra los peores tipos de rumores. Ahora puede mantener la cabeza alta en la iglesia de nuevo.

—Con Lord Ingleby más allá de la justicia terrenal, es el mejor resultado posible que podría esperar.

La Gladys regresó con la tetera fresca, colocando la bandeja sobre la mesa. Con un gesto de agradecimiento, Cybil sirvió para ambas.

—Hablando de los mejores resultados posibles —Elizabeth añadió un terrón de azúcar a su té—. William mencionó que el caso de Clarke se ha resuelto. Homicidio involuntario en lugar de asesinato, con consideración a su expediente anteriormente intachable.

—¿Una sentencia menor? —Cybil bajó su taza—. Me imagino que ciertas partes *influyente*s estaban ansiosas por evitar un juicio largo y público que pudiera llamar la atención sobre los acontecimientos en la Isla Ingleby.

—Mi hermano cree que el resultado sirve a los intereses de todos. Clarke cumplirá su condena, y se verá que se ha hecho justicia. El banco mantiene su posición y ciertos asuntos delicados permanecen en privado.

—Eso me recuerda. He oído que Helen Rice ha aceptado un puesto en el Observatorio de Harvard en Massachusetts.

—Sí, bajo Annie Jump Cannon —La voz de Elizabeth contenía una nota de admiración—. Están haciendo un trabajo fascinante con fotografía estelar y clasificación, según tengo entendido.

—Un nuevo comienzo entre mujeres científicas, donde su trabajo será valorado por sus propios méritos.

—Al menos los americanos parecen más preocupados por la capacidad que por las conexiones sociales.

—Después de todo lo que Whitaker le hizo pasar, si alguien merece una segunda oportunidad, es Helen —Cybil levantó la taza a sus labios, tomando un sorbo.

—Ciertamente. Él pasó años reclamando el trabajo de ella como propio, luego la obligó a ocultar su matrimonio. Estaba destinado a alcanzarle de una forma u otra.

Cybil dejó su taza. —La diosa de la verdad ciertamente tiene una forma interesante de saldar cuentas.

—Así parece. Tengo entendido que varios observatorios han eliminado cualquier mención de Whitaker y Aletheia de sus registros.

Es notable la rapidez con la que una sensación mundial puede convertirse en una nota al pie.

—Sospecho que están aliviados de que la muerte de Whitaker les haya evitado una vergüenza más pública —respondió Cybil—. La declaración de la Royal Society sobre *lamentables errores* en los cálculos originales fue deliberadamente vaga.

—Qué *diplomático* por su parte.

—Eso me recuerda, me enteré de la escapada de tu prima Meli en Wembley mientras estábamos en la Isla Ingleby —dijo Cybil—. El Comité de la Exposición debe haberse angustiado pensando que terminarían con un incidente diplomático entre manos.

—Que Dios me ampare —Elizabeth elevó los ojos al cielo—. Te juro que esa chica me va a poner el pelo cano.

—Chapeau para ella, sin embargo. Encontrar La Lágrima de la Maharaní mientras los mejores de Scotland Yard corrían en círculos persiguiéndose la cola. Fue todo un golpe, según cuentan.

—Sin duda. Aunque si mi tía se entera, redoblará sus esfuerzos para encontrarle un marido a Meli y arrastrarla de vuelta a Atenas.

—¿Y qué hay de ti y tu itinerario, Elizabeth? ¿Tienes planes de partir hacia climas más soleados?

—Me dirijo a Brighton. Mi prima Gigi nos ha invitado a Meli y a mí a quedarnos un par de semanas. Su padre, el tío Auggie, es la oveja negra de la familia. Su único delito real, por lo que puedo determinar, es preferir los salones de artistas a las partidas de caza, y para horror de la tía Beatrice, Gigi ha heredado su espíritu bohemio.

—En ese caso, te deseo la mejor de las suertes —Los ojos de Cybil brillaron con diversión—. Y espero con ansias escuchar todo sobre tu última aventura cuando regreses —Su mirada se desvió hacia el reloj de pared—. ¡Dios mío, ¿es esa la hora? —Vació su taza, tragando el último sorbo mientras apartaba su silla—. Debo irme corriendo. Tengo una reunión con mi editor sobre la columna de la próxima semana.

Elizabeth se puso los guantes mientras veía a Cybil desaparecer entre la bulliciosa multitud de Fleet Street. Unas relajantes vacaciones junto al mar eran justo el tónico después de los

acontecimientos de las últimas semanas. Aunque conociendo a Gigi y a Meli como las conocía, Elizabeth sospechaba que su viaje a Brighton sería cualquier cosa menos relajante.

¿Quieres leer el artículo periodístico de Cybil? Entonces únete a mi boletín para acceder a esta escena adicional exclusiva.

https://dl.bookfunnel.com/xu8y1m5imp

Si disfrutaste *Asesinato en el Observatorio*, entonces no te pierdas el Libro 6 de la serie de misterios de Lady Elizabeth Hawthorne,

Asesinato en el Palace Pier

Arrastrada al deslumbrante mundo de los estudios de artistas y las noches bohemias de Brighton por su prima de espíritu libre Gigi, el verano de Lady Elizabeth da un giro oscuro cuando un reconocido artista aparece muerto en el Palace Pier.

Con el tiempo agotándose, Elizabeth debe exponer a un asesino llevado al crimen por el pincel de un artista. Pero con cada sospechoso ocultando su propio lienzo oscuro, ¿descubrirá la firma del asesino o se convertirá en su obra maestra final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBRDYGK2

Boletín

Únete a mi boletín para recibir GRATIS tu copia de La sombra de la Reina del Desierto y mantenerte al día con todas las novedades sobre nuevos lanzamientos, sorteos, promociones y mucho más.

LA SOMBRA DE LA REINA DEL DESIERTO

ARTEFACTOS, LINAJE Y SECRETOS antiguos.

Cuando un valioso amuleto egipcio desaparece de una exposición en el Museo Británico, Lady Elizabeth Hawthorne se enfrenta a un misterio impregnado en el pasado de su propia familia. La antigua reliquia, que una vez llevó la mismísima reina Neferati, guarda secretos por los que matar —y alguien está vigilando cada movimiento de Elizabeth.

A través de las resplandecientes veladas de Londres y las galerías en penumbra del Museo, Elizabeth persigue a un ladrón fantasma que parece conocer el legado de su padre mejor que ella misma. Cada pista críptica la arrastra más profundamente en una red de engaños donde antiguas maldiciones susurran amenazas modernas, y cada aliado esconde su propia agenda oculta.

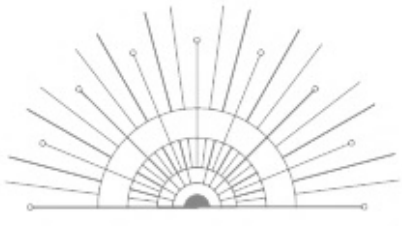
Con el tiempo desvaneciéndose como arena del desierto, Elizabeth debe descifrar enigmas de siglos de antigüedad antes de que el último regalo de su padre desaparezca para siempre. Pero en este peligroso juego donde los misterios egipcios se encuentran con la traición londinense, ¿la conducirá su determinación por descubrir la verdad directamente a una trampa mortal?

https://dl.bookfunnel.com/ig9yci3u7p

Para mi familia alocada, divertida, chiflada e intensa, que me saca de quicio, casi siempre.

Pero no lo querría de ninguna otra forma.

xxx



También de Olivia Rose

ASESINATO EN EL SS ANDRÓMEDA

Champán, caviar y un toque de asesinato.

Cuando la muerte se estrella en la fiesta a bordo del lujoso SS Andrómeda, la misión de Lady Elizabeth Hawthorne de escoltar un valioso artefacto griego hasta Londres da un giro siniestro. El misterioso fallecimiento del capitán sumerge a Elizabeth en un mortífero juego del gato y el ratón, donde cada pasajero es un sospechoso y cada sonrisa podría ocultar intenciones asesinas.

Haciendo equipo con su aliado de toda la vida, el Mayor Sinclair, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos y mentiras. Mientras navegan entre veladas clandestinas y conspiraciones susurradas, la línea entre aliado y adversario se desdibuja. Con cada pista descubierta, el peligro aumenta, y la confianza se vuelve tan frágil como una copa de cristal.

Corriendo contra el tiempo y la astucia de un asesino, Elizabeth y el Mayor Sinclair deben desenmarañar la retorcida red de engaños antes de que el Andrómeda atraque en Liverpool. Pero en este

mundo flotante de fachadas resplandecientes y agendas ocultas, un solo paso en falso podría convertir su investigación en algo mortal.

¿Podrá Elizabeth desenmascarar al asesino que acecha entre la élite, o se convertirá en la siguiente víctima de este peligroso juego de muerte en alta mar?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL9DCSF



ASESINATO EN LA MANSIÓN MAYFIELD

Chantaje, traición y un cadáver en la bañera.

El alegre reencuentro de Lady Elizabeth Hawthorne con su amiga de la infancia Clemmi Mayfield toma un giro siniestro cuando descubre una escalofriante red de secretos: un matrimonio oculto, un cruel chantaje y la Condesa Magdalena von Habsfeld muerta en su baño.

Mientras una implacable ventisca sella la mansión, atrapando a los invitados y sus oscuros pasados dentro de sus heladas paredes, las sospechas recaen sobre todos, incluso sobre la propia Clemmi.

Nuevamente obligada a formar una incómoda alianza con el enigmático Jonathan Ashcroft, Elizabeth se sumerge en un laberinto de secretos antiguos y traiciones recientes. Con cada revelación, el peligro aumenta, y se da cuenta de que en esta casa de mentiras, hasta su amiga más cercana podría ser una enemiga mortal.

Corriendo contra el reloj y los elementos, Elizabeth debe desentrañar los retorcidos hilos del engaño antes de que el asesino ataque de nuevo.

Pero en esta mansión aislada por la nieve, llena de secretos y sombras, ¿podrá Elizabeth desenmascarar al asesino antes de convertirse en la víctima final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8N85D



ASESINATO EN LA RIVIERA FRANCESA

Diamantes, engaño y una mascarada mortal.

Un escandaloso asesinato real destruye las vacaciones de la familia Hawthorne en la Riviera, aplastando las esperanzas de la tía Beatrice de que su sobrino sin recursos, Alexander, el Conde de Wexford, se case con la princesa italiana y salve su ruinosa propiedad.

Ante el escrutinio internacional, el Inspector Jefe apresuradamente culpa del horrible crimen al Conde, tachándolo de cazafortunas asesino.

Negándose a dejar que Alexander sea víctima de las maquinaciones del Inspector Jefe, Elizabeth y su audaz prima Meli se lanzan de cabeza a una investigación de alto riesgo. A medida que desvelan el resplandeciente barniz de la sociedad de la Riviera, descubren un siniestro tapiz de traición, chantaje y alianzas mortales. Con cada revelación, el peligro aumenta, y las primas se encuentran atrapadas en un juego peligroso donde un solo paso en falso podría costarles todo.

Con la libertad de Alexander en juego y un escándalo inminente que amenaza con arruinar la reputación de la familia, Elizabeth debe desenmascarar al verdadero asesino antes de que el destino del Conde quede sellado para siempre.

Pero en esta jaula dorada de lujo y vicio, ¿podrá confiar en alguien?

https://www.amazon.es/dp/B0FBL8C5B2

ASESINATO EN EL GRAND NATIONAL

Caballos, grandes apuestas y un homicidio en los obstáculos.

Cuando el Grand National de 1924 termina en tragedia, Lady Elizabeth Hawthorne se ve envuelta en una conspiración mortal que va mucho más allá del hipódromo.

Mientras el polvo se asienta en el sagrado césped de Aintree, el célebre jockey Reggie Blackwood yace muerto, y Alfie —un antiguo mozo de cuadras de Hawthorne Hall— es acusado de asesinato. Convencida de la inocencia de Alfie, Elizabeth está decidida a descubrir la verdad.

Con un Inspector Jefe ansioso por cerrar el caso y el enigmático Jonathan Ashcroft, cuyos verdaderos motivos resultan cada vez más sospechosos con cada encuentro, Elizabeth debe navegar por un peligroso camino. Cada paso la acerca más a una verdad que poderosas fuerzas quieren enterrar —y la coloca directamente en la mira de un asesino que no se detendrá ante nada para guardar sus secretos.

En un mundo donde las fortunas se ganan y se pierden al ritmo de un casco, Elizabeth está a punto de descubrir que las apuestas más mortíferas se hacen lejos de la línea de meta. ¿Podrá desenmascarar al verdadero culpable antes de que el asesino ataque de nuevo, o su búsqueda de justicia la llevará a un destino peor que el Becher's Brook?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLXLNHG

ASESINATO EN EL OBSERVATORIO

Galaxias, astucia y un cielo nocturno mortal.

Cuando un raro evento celestial termina en tragedia, el retiro isleño de Lady Elizabeth Hawthorne se convierte en un paraíso mortal. El célebre astrónomo Profesor Magnus Whitaker es encontrado muerto —aparentemente un suicidio tras un humillante fracaso. Pero la constelación de pistas señala una verdad más siniestra.

Con cada invitado albergando su propia materia oscura, ella debe navegar por un traicionero laberinto de mentiras y traición. Mientras los susurros de chantaje y secretos enterrados hace tiempo orbitan la aislada isla, la línea entre aliado y adversario se difumina como una nebulosa distante.

Con el reloj cósmico avanzando y el peligro acechando en cada sombra, Elizabeth debe alinear las estrellas de la verdad antes de que el asesino ataque de nuevo. En este mortal juego de ajedrez celestial, ¿podrá superar a un asesino que parece mapear la esfera con precisión letal? ¿O será eclipsada por sus maquinaciones asesinas?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLZHQVJ

ASESINATO EN EL PALACE PIER

Artistas, aristócratas y una clase magistral de asesinato.

Arrastrada al deslumbrante mundo de los estudios de artistas y las noches bohemias de Brighton por su prima de espíritu libre Gigi, el verano de Lady Elizabeth toma un giro oscuro cuando un reconocido artista es encontrado muerto en el Palace Pier. Peor aún, la amiga más cercana de Gigi —una célebre modelo a punto de conseguir un prestigioso compromiso— es acusada de su asesinato.

A medida que Elizabeth profundiza, descubre una obra maestra del engaño que abarca una década —un romance ilícito, un desesperado encubrimiento y una red de falsificaciones que enreda tanto al mundo criminal como a la sociedad aristocrática.

Con sospechosos que van desde un artista rival vengativo hasta un lord chantajeado, Elizabeth debe separar las pistas genuinas de las falsificaciones ingeniosas. Cada revelación pinta un cuadro más oscuro, y alguien está decidido a mantener la verdad oculta tras un lienzo cuidadosamente elaborado de mentiras.

En la brillante escena artística de Brighton, Elizabeth debe desenmascarar a un asesino impulsado al crimen por el pincel de un artista. Pero con cada sospechoso ocultando su propio lienzo oscuro, ¿descubrirá la firma del asesino o se convertirá en su obra maestra final?

https://www.amazon.es/dp/B0FBRDYGK2



LAS DESVENTURAS DE MELI

EL INFORTUNIO DE LA LÁGRIMA DE LA MAHARANÍ

Diamantes, deseo y la maldición de una Maharaní.

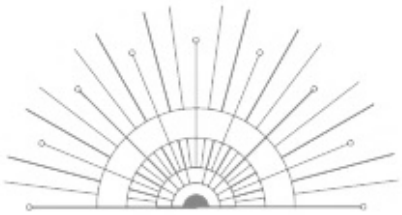
Cuando la Lágrima de la Maharaní —un diamante de incalculable valor impregnado de leyenda y tragedia— desaparece del Pabellón Indio de Wembley, las sospechas recaen sobre un joven inmigrante griego. Pero Meli sabe que no es así.

Reunida con Dimitri, un amigo de su propia desventura a bordo del SS Andromeda, está convencida de la inocencia de su amigo. Con su fiel compañero Winston a su lado, Meli se adentra en un mundo de príncipes indios, matrimonios concertados y antiguas maldiciones.

Mientras navega por las deslumbrantes exposiciones y los rincones sombríos de la Exhibición, comienza a sospechar que la verdad detrás del robo es mucho más compleja de lo que Scotland Yard cree.

Con los temperamentos reales encendidos y la amenaza de una falsa justicia en el horizonte, ¿podrá Meli descubrir la verdad antes de que un inocente se convierta en la última víctima de la maldición de la Maharaní?

https://www.amazon.es/dp/B0FBLYV56K



Sobre la autora

Nacida y criada en Gales, Olivia y su marido se trasladaron a la isla mediterránea de Chipre hace veinte años con sus dos hijos.

Compartir su hogar con cinco gatos, dos perros y una pequeña colonia de bichejos autóctonos significa que la vida nunca es aburrida.

La nueva serie de Olivia, Los misterios de Lady Elizabeth Hawthorne, transporta a los lectores al vibrante y sofisticado mundo de la Inglaterra de los años veinte a través de las cautivadoras historias de Lady Elizabeth Hawthorne. Hija de un lord inglés y una aventurera griega, el linaje de Elizabeth es tan rico como los misterios que descubre. Su pasión innata por la arqueología, un legado de sus padres, la impulsa a un ámbito lleno de secretos antiguos e intrigas de alta sociedad.